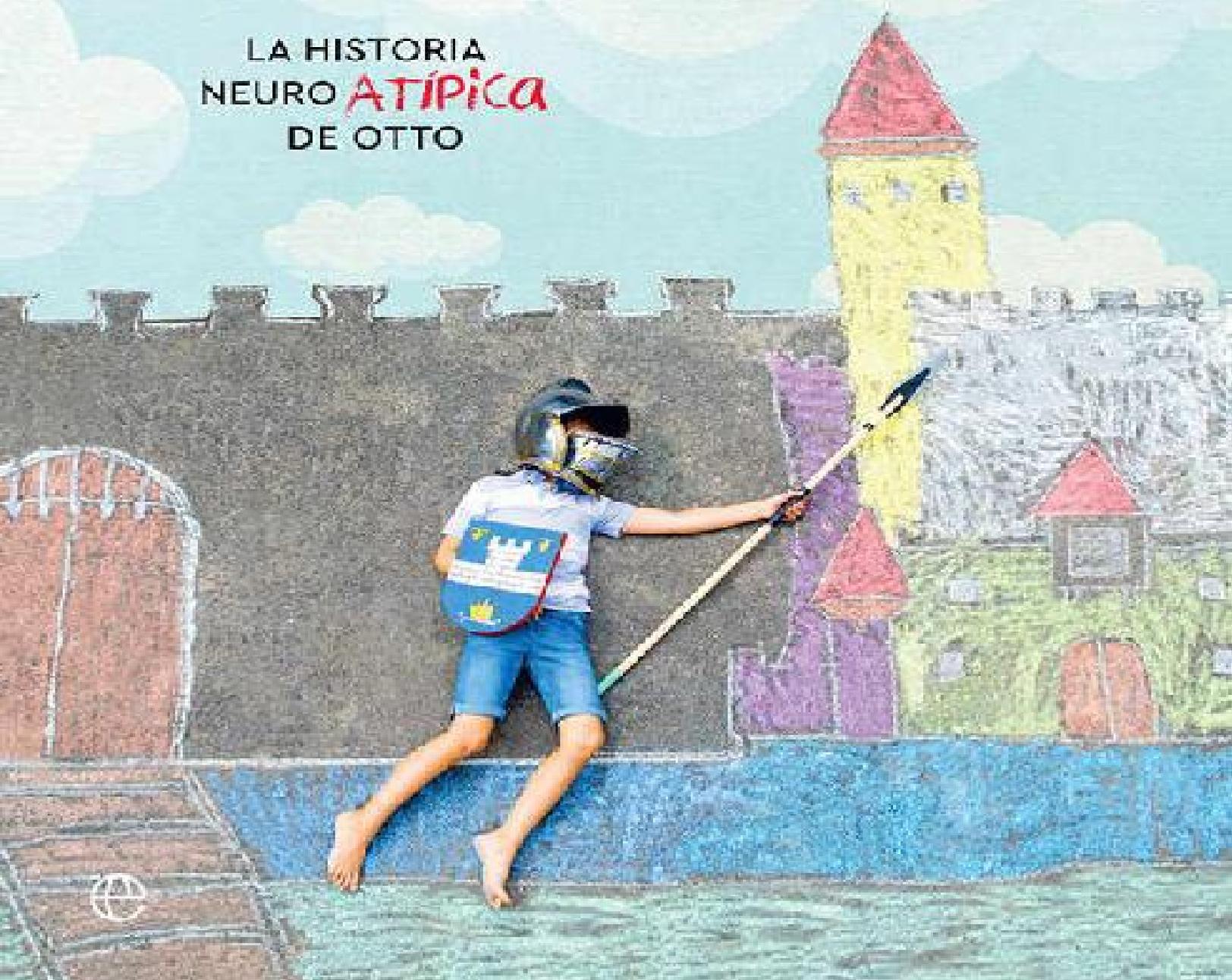


VIVIANA FERNÁNDEZ-PICO

TE DIBUJARÉ UNA ARMADURA

LA HISTORIA
NEURO **ATÍPICA**
DE OTTO



Índice

Dedicatoria

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI
LII
LIII
LIV
LV
LVI
LVII
LVIII
LIX
LX
LXI
LXII
LXIII
LXIV
LXV
LXVI
LXVII

Créditos

Para Otto, para Alejo, para Manuel. Por cada día.

*Para todos los niños neuroatípicos y sus familias,
por su belleza y su ejemplo.*

I

El año en el que nació Otto pasaron por lo menos dos cosas extrañas. La primera, que el ayuntamiento de Villalba, el pueblo de Lugo en el que mi bebé pasó sus tres primeros meses de vida, hizo llegar a todos los hogares el libro *Don Otto de viaxe pola Chaira*. La segunda, que un amigo me regaló el libro *Otto Grows Down (Otto crece al revés)*, sin saber que aquel título sería premonitorio. Todos los niños son un enigma indescifrable, pero Otto lo sería todavía más.

Ottiño fue rescatado de su estrella, o como dicen los adultos cuando hablan entre ellos, fue concebido en Haití, un país del Caribe en el que vivimos dos años. Antes de nacer viajó por muchos países. En Argentina, por ejemplo, Otto se agarró a la vida de la misma forma que nos agarramos a la barra del metro para no caernos. Noté una fuerte contracción en el vientre y enseguida supe que ya nunca más estaría sola, que tenía dos corazones latiendo con fuerza, que una vida habitaba mi cuerpo. Yo también soy, de alguna manera, una mamá peculiar, de esas que no se han olvidado de cuando eran niña y, por eso, a veces no sé o no quiero hacer las cosas que hacen los adultos, entre otras, odio hacer la cama, ser ordenada o prestar atención; en cambio, me gusta mucho leer libros, imaginarme en otros sitios, hacerme preguntas absurdas, despistarme y estudiar idiomas, porque es como aprender a leer y a escribir de nuevo, una y otra vez, en un país y en una infancia nuevos, vivir otra vida. Con los lápices y los cuadernos, los verbos y las fotos de los libros de texto tan sencillas puedo darme un respiro de la fatigosa vida adulta. El papá de Otto, sin embargo, es un adulto de pura cepa, de esos que no es que se hayan olvidado de cuando fueron niños, sino de los que nunca lo fueron del todo. Un niño con mucha prisa por ser mayor y asumir responsabilidades, de los que pasan las tardes estudiando mapas, consultando libros de historia, coleccionando objetos de valor y dando conversación a los adultos sobre temas de interés general.

II

Otto nació por cesárea en La Coruña en abril de 2008, dos semanas antes de lo que se le esperaba. Pesó dos kilos setecientos gramos y no necesitó incubadora. Al parecer, yo tenía la placenta madura y no permitía al bebé crecer con total normalidad, por eso Ottno entró al mundo por la puerta grande, sin las estrecheces ni las incomodidades que ofrecen los úteros más o menos dilatados. Todos estos datos que parecen irrelevantes suelen interesar mucho a los médicos. Tendremos que repetirlos una y otra vez durante años a neurólogos, psiquiatras, psicólogos, logopedas, neuropediatras, gastroenterólogos y muchos otros especialistas que hacen un montón de preguntas, casi siempre las mismas, pero tienen muy pocas respuestas. Lo que realmente importa del nacimiento de Otto es que era, sin lugar a dudas, un bebé precioso, con los ojos más grandes y redondos que la gente neurotípica se pueda imaginar, tenía las pestañas largas, tupidas y rizadas, los pies y las manos minúsculas y un olor hechizante a rosal, caramelo hervido, polvo de talco y manzana verde. No sé en qué proporción exactamente. Lo cierto es que para las personas neurotípicas y adultas como yo es muy difícil describir las cosas mágicas e intangibles, como el olor de los bebés, quizás porque solo hemos estudiado asignaturas como lengua y matemáticas, historia o literatura para las que se memorizan gramática, fórmulas, fechas o títulos que son muy útiles para aprobar exámenes, pero que no sirven para comprender la esencia de las cosas. En eso, las personas neuroatípicas nos llevan mucha ventaja porque ellas son capaces de hacer cosas increíbles como descomponer las formas de los objetos, apreciar la textura de los tejidos con todos los sentidos o maravillarse del color del agua que corre en una fuente. Lo que realmente importa del nacimiento de Otto, además de que era el bebé más bonito del mundo, es que su papá no podía estar en el hospital, sino que se había quedado en Haití, refugiado en la embajada comiendo comida de lata porque algunos haitianos estaban quemando neumáticos, cortando carreteras, saqueando negocios, invadiendo viviendas y creando mucha confusión y caos para protestar ante el gobierno. Los adultos y la gente neurotípica también hacen cosas extrañas, muy difíciles de comprender, a veces, incluso para sí mismos. Así que aunque me tuvieron que inmovilizar tres enfermeros porque no me dejaba pinchar la epidural, aunque me seccionaron el vientre y me cosieron la herida mientras hablaban de fútbol en el quirófano, aunque mi marido no podía estar con nosotros, lloré por primera vez de felicidad cuando conocí al pequeño Otto y pude, por fin, verle, abrazarle y olerle. Las mamás somos así, capaces de enamorarnos para siempre y sin remedio de un pequeño desconocido que aún no ha dicho ni mú.

III

Otto pasó los primeros tres meses de su vida en Villalba, un pueblo de Lugo, en la misma casa en la que yo crecí. El papá de Otto estaba en Haití mientras que yo y el bebé, al que aún no conocía, nos instalamos en casa de mis padres. Otitiño era pues nómada. Si había recorrido un sinfín de países y kilómetros antes de nacer seguiría haciéndolo también tras su nacimiento. Estos primeros meses fueron muy duros para él y para mí, era madre primeriza. Otitiño comía y rompía en llanto exactamente cada tres horas y tenía cólicos de lactante todas las noches. Era como vivir en un reloj de arena en continua cuenta atrás. Mis días y mis noches estaban fragmentados en rígidos segmentos de tres horas. Cuando el bebé lloraba a menudo, yo lloraba con él de puro cansancio. Otras veces, sin embargo, Otto no lloraba, como aquella vez que su culito se puso muy rojo y los pliegues de su piel se abrieron como un peluche que se estuviera descosiendo. Lo llevé con urgencia al pediatra y la médico se sorprendió de que estuviera tranquilo, serio, como si aquellos cortes ocasionados por una dermatitis atópica en fase aguda no tuvieran nada que ver con él. Nadie lo entendió entonces, pero Otitiño nos estaba revelando su primer superpoder como niño neuroatípico: una sorprendente resistencia al dolor físico. Mi niño era pues, guapo, nómada, serio, viajado y, además, sufrido.

Cuando por fin terminó ese verano, nos instalamos en Luxemburgo. De esta manera, pasé de vivir en uno de los países más cálidos, peligrosos y pobres a uno de los países más fríos, seguros y ricos del mundo, ignorando que los mayores desafíos estaban aún por presentarse.

IV

Los primeros meses en Luxemburgo fueron como el clima: lúgubres. (Lúgubreburgo le llamaba con sorna un diplomático). A la alegría inicial de tener todas las comodidades de la Europa más desarrollada a las que ya no estábamos acostumbrados tras vivir en Haití (comercio, cines, carreteras, grandes supermercados, internet y agua sin cortes, parques, seguridad, etc.), pronto se unieron todas las incomodidades de empezar una vida de cero. El contenedor con los muebles se retrasó meses, con lo que nuestra casa estaba casi vacía, a excepción de la habitación del bebé que era nueva, de la cocina y los baños y de una mesita, una cama y una vajilla con escudo oficial que nos había prestado la embajada de España.

A los cinco meses, Ottiño empezó a dormir casi toda la noche y dejó de tener cólicos. Era un bebé dócil que contemplaba su entorno con mucho interés desde sus enormes ojos redondos y sus infinitas pestañas rizadas. Más de una vez nos dijeron que tenía la mirada de Rafa Nadal, y era cierto que tenía una forma peculiar de mirar, como concentrado, reflexivo y con el ceño fruncido. Con menos de un año empezó a ir a la guardería. En Luxemburgo se hablan tres idiomas: el francés, el alemán y el luxemburgués, pero hay tantos portugueses que en el centro también se utilizaba ese idioma. Con el español como lengua materna sumábamos ya cinco. Este detalle aparentemente anecdótico también tendríamos que repetirlo en numerosas ocasiones a los médicos que años más tarde habrían de interrogarnos.

De aquella época que duró solo dos años (aunque sabemos que el tiempo no transcurre siempre a la misma velocidad y aquí fue especialmente denso) recuerdo los pícnicos que hacíamos en los bosques con nuestra cesta de madera y nuestro mantelito de cuadros rojos, también a un niño que vivía enfrente de nuestra casa y se pasaba las horas pegado a la ventana mirando a la calle, con frecuencia casi desnudo, en ropa interior. A aquel niño le fascinaba un coche Fiat 500 de juguete que mis padres le habían regalado a Otto y que se movía gracias a una batería recargable pisando un pedal. A mi hijo le encantaba aquel coche y al niño de los vecinos le gustaba aún más. Lo señalaba desde la ventana y no le quitaba los ojos de encima. En una ocasión coincidimos frente al edificio y le prestamos el artilugio, pero el niño no conseguía hacerlo arrancar.

—Es un poco difícil, ¿verdad? —le dijo el papá de Otto.

—En casa no usamos esa palabra: *difícil* —respondió la mamá, claramente enfadada.

Nos quedamos estupefactos, no entendimos aquella reacción cuando simplemente habíamos intentado ser amables. Ahora lo veo diferente y pienso que quizás ella también estuviera librando un batalla, quizás el niño de la ventana también fuese neuroatípico. Ahora los veo por todas partes.

De Luxemburgo también me acuerdo nítidamente del hospital pediátrico, de su sala de espera en urgencias. Íbamos con frecuencia porque Otto tenía continuamente otitis, menos aquella vez que

vimos su almohada manchada de sangre, pero no le pasaba nada, simplemente le estaban saliendo los dientes. Precisamente fue una otitis lo que le provocó una drástica subida de la fiebre y la pérdida del conocimiento.

Imaginaos esos minutos de inconsciencia y pánico en el que dejás de oír todo menos el frenético y ensordecedor latido de tu corazón bombeando la sangre de tu cuerpo hasta la cabeza. El bebé inconsciente y su rostro oscureciéndose. Un adulto sobre él intentado reanimarlo, las sirenas de la ambulancia abriéndose paso en la calle.

Ser padre es, sobre todo, ser vulnerable, estar a merced del azar, desnortado en la intemperie, vivir de treguas. Darte cuenta de que el sol esmaltado de naranja podría desconcharse en cualquier momento. Desconocerlo todo, o casi todo, mirar hacia un cielo que de repente no existe. El bebé estuvo ingresado en observación tres días. Ninguna prueba reveló nada reseñable. El médico dijo que todos los días llegaban niños a urgencias en ambulancia por el mismo motivo. La fiebre podía provocar desmayos. Era algo habitual.

V

Bebé, derroche de luz aún no prendida, alegría de pólvora, flor prematura, duerme en esta habitación blanca que no es la tuya, hasta que volvamos a casa donde te esperan el león, el lobo y la rana y todas tus cosas tristes y huecas sin ti.

Bebé, vencido por la fiebre que en ti es hoguera y en nosotros incendio, duerme fresco y esponjoso mientras te velamos el sueño con un amor fluvial, oceánico, incombustible. Besar tu cuerpo encendido es apagar llamas y repoblar bosques. Arder un poco por dentro bajo un cielo huido y arrepentido. Estamos ya, sin saberlo, soltando pájaros, perdiendo recuerdos. Al otro lado del sueño. Volando a contracielo. Bebé.

VI

En 2010 nos mudamos a Ginebra e hicimos nuestra tercera mudanza en cinco años. Vivíamos en un pequeño y bucólico pueblo vinícola llamado Satigny.

Otto tenía dos años. Esta vez en su guardería solo hablaban dos idiomas, francés y alemán. De cinco idiomas en Luxemburgo pasamos a tres en Suiza. A los pocos meses, su profesora me pidió que nos reuniésemos y he de reconocer que asistí con cierto fastidio. En Suiza, se regula hasta la hora en la que puedes poner la lavadora para no molestar con el ruido a los vecinos. En Suiza se reciclan el vidrio por colores y las cápsulas del café. En Suiza, la gente te saluda sin conocerte y se dirigen a ti con el tratamiento de cortesía, la perfecta sonrisa amable y cadencia rítmica, como imagino que ocurre en los cuentos de Caillou. En Suiza, una señora se estampó contra mi coche y semanas después de hacerse cargo de los gastos de reparación («*Évidemment chérie*»), apareció en nuestro buzón una carta sin sello ni dirección en el sobre pidiendo disculpas por el incidente y deseando que tal infortunado percance no empañase nuestra estancia en el país ni nuestra percepción de sus habitantes.

Para una persona adulta a tiempo parcial como yo el exceso de orden y de trámites administrativos, convencionalismos sociales, etcétera son un fastidio, especialmente si estás empezando —¡otra vez!— una vida de cero, desarraigada, sin trabajo ni amigos, sin contexto ni rutina. Con esa mala predisposición asistí a la reunión.

La profesora de mi hijo me explicó básicamente que Otto no hablaba ni se desenvolvía como el resto de los niños de su edad. Que debía proporcionarle un logopeda y apoyo para mejorar su psicomotricidad. Sorprendida y despreocupada, le expliqué que el niño solo tenía dos años, que había vivido en tres países y en cinco idiomas. Me parecía *tout à fait normal* que no hablase. «Tenemos más niños en esa situación, niños italianos que acaban de mudarse a Ginebra y hablan. Además, no es solo el lenguaje. Tampoco es capaz de quitarse el abrigo o los zapatos», me respondió.

«Está bien, le buscaré un logopeda y un psicomotricista aunque aún es un bebé», cedí sin convencimiento. Entonces la profesora me cogió de la mano y me dijo que quizás yo debería tener también apoyo profesional, un psicólogo que me ayudase a llevar la situación.

Aquel contacto físico y aquella opinión personal sobre mí fueron lo que más me asombró y disgustó. ¿No éramos los latinos los del contacto físico? Yo estaba segura de que a Otto no le pasaba nada, de que aquella profesora estaba sacando las cosas de quicio. Mi hijo con dos años no hablaba ni se quitaba el abrigo solo. ¿Y qué? Era un bebé expuesto a continuos cambios de idioma, de país, de guardería, de casa. Yo no tenía sobrinos ni contacto con otros niños de su edad, no podía comparar, pero tampoco me hacía falta. Esa noche le conté al papá de Otto lo sucedido en la reunión e incluso bromeamos con el exceso de celo y de ternura de los suizos. «Hay que ver cómo son los suizos, qué exageración».

Convinimos en hacer lo que nos pedían cuanto antes y no le dimos más importancia.

Hay días que se quedan anclados en nosotros, que no pasan nunca, atascados, encallados en nuestro ADN, como un parásito en nuestro intestino, y ni siquiera nos damos cuenta.

VII

Desde aquel día empezamos a traducirle el mundo a Otto. «Mira, bebé, un caballo. CA-BA-LLO. *Cheval*. CHE-VAL. Es un caballo marrón muy bonito. CA-BA-LLO. CHE-VAL». En nuestros paseos por Satigny, entre los bosques y los viñedos que le entusiasmaban, su papá lo llevaba a hombros y Ottiño contemplaba el mundo con gran expectación a través de sus inmensos ojos. «Mira, una hoja. ¿Ves la hoja? HO-JA. FEUILLE. La hoja se ha caído del árbol. ÁR-BOL. Mira, toca el ÁR-BOL. ARBRE, AR-BRE».

Recuerdo que una vez nos tumbamos los tres sobre el césped y Otto arrancó una margarita y me la puso en el ombligo. Absorto y con sus diminutos dedos hizo encajar con delicadeza la flor en el hueco de mi vientre. Es la pieza que me completa, pensé. Como si estuviera arreglando la grieta que dejó en mi cuerpo al abandonarlo. Como si estuviera rellenando un espacio que sabe que dejó vacío. Dando la última pincelada al retrato de mi maternidad.

Empecé a llevarle dos veces por semana a logopedia y psicomotricidad. En logopedia mi hijo simplemente jugaba. La especialista me explicó que los juegos del bebé indicaban su grado de madurez. Por ejemplo, Otto no había llegado aún a la fase del juego simbólico, arrastraba coches, movía fichas, manipulaba y exploraba los juguetes con las manos, pero no les daba vida, no inventaba historias. Si conseguíamos aumentar la complejidad de su juego conseguiríamos aumentar su vocabulario. Los niños solo aprenden las palabras que necesitan. La madurez de su juego es directamente proporcional a la diversidad de su pensamiento y de su lenguaje. Debíamos promover el juego simbólico. Me recomendó comprarle una muñeca e incitarle a que la cuidase para que simulara que le daba de comer, la bañara y la vistiese. Que en la bañera introdujese un envase para que el bebé se entretuviera llenándolo y vaciándolo. Que jugásemos con un *hula hoop*.

En psicomotricidad Otto hacía ejercicios de equilibrio, recorría un circuito sorteando obstáculos e intentaba quitarse solito los zapatos.

Las consultas y las salas de espera estaban llenas. Veía niños de todas las edades entrar y salir, esperar con sus papás o con sus abuelos a que llegase su turno. Qué exagerados son los suizos. Me reafirmaba en mis ideas.

Acudimos también a una psicóloga que nos recomendó la guardería y que examinó a Otto en tres ocasiones. Nos formuló muchas preguntas, pero no nos dio ninguna respuesta. Nos derivó a otro psicólogo. Las salas de espera estaban siempre abarrotadas y los tiempos esperando eran largos. El nuevo psicólogo nos pidió permiso para examinar a nuestro hijo con otros expertos y registrar la consulta en vídeo. Nosotros también debíamos participar, así que nos metieron a los tres en una sala con juguetes y grabaron el comportamiento del bebé. Les interesaba principalmente estudiar cómo jugaba y cómo se relacionaba con nosotros. No recuerdo las veces que fuimos, pero sí pensar que en alguna parte del planeta alumnos de psicología verían aquel

vídeo y nos llamarían «sujetos» y hablarían desapasionadamente de nosotros sin conocernos. En alguna parte yo sería algo así como «la madre del bebé que no habla ni se quita los zapatos».

Por fin llegaron las conclusiones: Otto no tenía autismo. Su comportamiento revelaba que buscaba permanentemente la atención del adulto. No perdía de vista a sus padres. No quería jugar solo. Miraba a los ojos, menos de lo habitual, pero sí había contacto visual. No era autista.

Mi marido y yo comprendimos perfectamente lo que nos dijeron y entonces preguntamos lo obvio. Si no es autismo, ¿qué es? No lo sabían

Debíamos acudir a un neurólogo. Nos derivaron a otra especialidad.

VIII

La ciencia observa al niño y yo observo a la ciencia, desde los ojos del niño. El bebé es un observatorio al que me asomo para contemplar lo que nunca antes había existido. Hay otra perspectiva. Los hijos son otro ángulo de nosotros mismos, otra luz, otra sombra. Lo que estaba oculto se vuelve evidente, también en nosotros mismos, y viceversa. El niño desentierra con sus pequeñas manos capas y capas de tierra. Remueve, mientras busca bichos que llevarse a la boca, hormigas, arañas, y nos encuentra a nosotros y a la verdad de las cosas.

IX

El año que pasé en Ginebra transcurrió especialmente lento. Desde el nacimiento de mi hijo el tiempo se había ralentizado, como en mi propia infancia, los días estaban llenos de horas y los meses llenos de semanas y nosotros éramos distintos de un año a otro. La agotadora búsqueda de un diagnóstico para Otto se intercaló con numerosos paseos alrededor del lago Lemán, viajes a la nieve y paseos por los bosques y los viñedos de Satigny. Fueron muchos meses de ficticia calma y tensa espera. Ottiño disfrutaba muchísimo de la naturaleza y de las actividades al aire libre. Les dábamos migas de pan a los patos, le compramos un trineo amarillo que podía usar incluso en nuestra propia calle debido a las continuas nevadas. Le fascinaban todos los medios de transporte: coches, trenes, barcos, autobuses. Fue gracias a este *amour fou* que descubrimos otro superpoder de nuestro hijo: un increíble sentido de la orientación. Un sábado que paseábamos alrededor del lago, Otto vio un barco y quiso subirse a bordo. Tenía menos de tres años, pero era muy tozudo y difícil de disuadir. No se dejaba llevar con facilidad y con frecuencia pretendía imponer la trayectoria de nuestros paseos. Con esfuerzo, su papá y yo evitamos que subiese al barco y conseguimos alejarnos de allí. Tiempo después, siguiendo la voluntad de Ottiño volvimos a encontrarnos frente al mismo barco. Nos había guiado por otro camino a su punto de interés. ¿Coincidencia? Podría ser, si no fuese porque hemos comprobado muchas veces su alta inteligencia visual espacial. Porque yo, que no tengo ningún sentido de la orientación y me desorienta hasta en las calles que mejor conozco, a menudo recurro a él y le pregunto, por ejemplo, cuál era el portal de tal persona o dónde he dejado el coche aparcado. Entonces, mi hijo parece que sale de su incomprensible propio mundo y, sin ningún esfuerzo, sin casi levantar la vista de su iPad, revista o el objeto del que no puede separarse en ese momento, me indica el lugar exacto.

X

La pediatra nos derivó a la especialidad de neurología en el Hospital Universitario de Ginebra para que la neuróloga explorase a Otto. Revisaron su vista y su capacidad auditiva con tecnología que a mí me pareció muy sofisticada. También comprobó su reflejo rotuliano y su manera de caminar. La médico desnudó a mi hijo y en un cuarto sin luz con unas gafas, que, creo recordar, eran de visión nocturna y que proyectaban una luz azul, inspeccionó con mucha atención las manchas en su piel. Encontró una redondita cerca de su ombligo. Tuve la sensación de que estábamos en muy buenas manos y de que todo terminaría aquel día. Pensé que me dirían: «Señora, su hijo escucha con dificultad; por eso no habla y tiene mal equilibrio, tendrá que usar un audífono». Pero la neuróloga no encontró nada que pudiera justificar el mutismo del niño, así que nos fuimos aliviados.

El alivio, no obstante, duró poco tiempo. Empecé a dudar de mi optimismo e intuición cuando la guardería convocó a las mamás para compartir mesa con sus hijos en el comedor y probar así el nuevo menú escolar que cumplía con todas las exigencias nutricionales que regulaba una reciente normativa. Me hizo mucha ilusión ver mi sitio marcado con un tenedor de papel naranja, y el texto «*Maman d'Otto*» pensé que sonaba especialmente bien en francés. En el breve espacio de tiempo que duró el almuerzo pude comprobar que Otño era el único alumno que no permanecía sentado a la mesa. Yo estaba acostumbrada, sin saberlo, a su hiperactividad, a que no parase quieto ni un instante, a que se levantara continuamente de la silla y a que jugara sin descanso con los cubiertos, los vasos, las servilletas, pero no sabía que los otros niños no eran así. Me sentí muy incómoda y bastante triste al descubrir que todos los compañeros comían tranquilamente y permanecían sentados sin tirar nada al suelo, sin molestar a los demás. Todas las mamás hablaban distendidamente entre ellas y yo apenas podía contener a Otto para que no escapara del comedor.

El curso terminó y la guardería nos invitó a una función protagonizada por los niños en la que cantaban y daban palmas siguiendo el ritmo de la música. Otto salió a escena de la mano de su profesora (mal presagio). Fue el único que no articuló ninguna palabra, aunque estaba encantado con la música y sí daba palmas.

—Fíjate —le dije a su papá—, el nuestro es el único que no canta.

—Ya lo veo —me respondió.

Ese verano lo pasamos en España, y Otto y yo nunca regresamos a Suiza.

XI

Otto cumplió tres años y decía muy pocas palabras: «más», «agua», «papá», «mamá», «chú chú» (tren), «guau guau» (perro) y una sola frase: «*Je veux ça*», que repetía en español si no surtía efecto inmediato: «Quiero eso». Cuando tenía sed, nos lo hacía saber primero en francés y después en español. Aquel verano llamaba a todos los hombres *papá* y a todas las mujeres *mamá*. No lo supimos entonces, pero Ottno nos estaba mostrando su particular uso del lenguaje por el que simplifica su entorno nombrando a toda una categoría de palabras por una familiar que la represente, la parte por el todo, por ejemplo, llamará a todos los perros Guirlache que es el nombre de nuestro bulldog francés (perdonadme el *spoiler*), aunque sepa perfectamente a qué perro te refieres si tú lo llamas por el nombre correcto.

Otra peculiaridad de su comportamiento que nos pasó inadvertida es que Ottno no extrañaba a nadie, ningún desconocido le provocaba desconfianza ni rechazo. Sí tenía predilección por ciertas personas, a veces era su papá, otras veces era yo, o el abuelo José Luis, pero nunca tenía reparo en quedarse con una niñera nueva. Así descubrimos otro superpoder de mi hijo, su inmenso corazón y capacidad para querer a todo el mundo. Acostumbrado a dar y a recibir besos y abrazos de la familia, él repartía besos y abrazos a diestro y siniestro. Mi madre me recomendó no besarle con tanta frecuencia en la barriga porque él repetía el gesto con los otros niños en la playa y la gente se quedaba estupefacta. Si vas por la playa empujando a la gente, dando balonazos o diciendo groserías llamarás menos la atención que si ofreces muestras de cariño gratuitas. Tuve que esmerarme en hacerle comprender que no debe ser tan afectuoso, los niños se asustan y sus papás más (en el mundo neurotípico se comprende la animadversión a primera vista, pero no el apego. El recelo a simple vista es comprensible, pero el cariño no). Era por lo menos paradójico tener que inculcarle la indiferencia por el prójimo, la falta de empatía. La normalidad no es más que pura estadística. Lo que es habitual se convierte en normal. Somos porcentajes.

XII

Voy besando a escondidas los pensamientos que brotan en mí como una fruta inédita y prohibida. Seduciendo lentamente a la tristeza, mostrándome poco a poco, sucumbiendo a su voluptuosidad. Admiro las curvas que va creando en mí mientras le pienso. Parezco otra. Expulsada del paraíso, de mi cuerpo recto, embellecida por un sufrimiento que me ilumina. El alma se te desborda y yo no quiero podarla. Mi niño. El corazón se te nota en todas las posturas y no conseguimos disimularlo. Otto. Los abrazos se te caen del cuerpo y lo dejas todo perdido. A ver cómo aprendemos a ser corrientes.

XIII

Aprovechamos que estábamos en Galicia de vacaciones para llevar a Otto a la consulta de un prestigioso y afamado psiquiatra en La Coruña que lideraba un centro de investigación biomédica en España, especializado en enfermedades del sistema nervioso central y la medicina genómica. El mundo sin palabras de Otto contradictoriamente llenó el nuestro de muchos términos nuevos que no conocíamos, posiblemente, y como diría su primera logopeda, porque no los necesitábamos. En una mañana diversos expertos exploraron y evaluaron la conducta y las capacidades de mi hijo y le realizaron varias pruebas, algunas muy complejas: analítica de la testosterona, hormonas hipofisarias y serología luética, pruebas psicológicas, cartografía cerebral, *doppler* transcraneal, electrocardiogramas, resonancia magnética simple, marcadores linfocitarios por citometría de flujo, test IGG'S, *screening* farmacogénico, panel genético cerebrovascular, perfil genético de detoxificación y oxidación, análisis de aneuploidías y análisis de la expansión del gen FMR-1.

Si no eres médico lo más probable es que estos términos no signifiquen nada para ti. Así estábamos nosotros, llevando a Ottniño de prueba en prueba sin entender ni siquiera lo que estábamos buscando, angustiados viendo cómo nuestro bebé (Corazón de Cachelo le llamábamos entonces) se rebelaba contra las agujas, los electrodos, los escáneres y las personas que lo escrutaban y le pedían que hiciera esto o aquello. Él lo pasaba mal y nosotros lo pasábamos peor porque el niño se resistía y se quejaba, y aunque nosotros lo inmovilizábamos por su propio bien, porque deseábamos más que nada en el mundo encontrar un diagnóstico y curarle, también sabíamos que le estábamos haciendo daño físico y quizás también moral. Aquel centro y aquellas máquinas no serían precisamente un bonito recuerdo de infancia. Yo sentía en mi propio cuerpo el miedo que Ottniño debía de estar pasando sin comprender por qué le pinchaban en el brazo, por qué le ponían cascos en la cabeza y le obligaban a estar quieto, por qué debía meterse dentro de una máquina. Corazón de Cachelo quería huir de allí y yo también.

Por fin llegaron los resultados. El papá de Otto, la abuela Edu y yo entramos en el despacho del afamado psiquiatra con la solemnidad y la expectación de un acusado a punto de escuchar el veredicto de un juez que va a resolver su futuro en una sentencia.

Pero el médico no nos dijo nada concluyente. Nos fuimos del centro de investigación sin el diagnóstico ni el pronóstico que tanto anhelábamos. Nos enseñó muchos gráficos que no comprendimos, imágenes del cerebro «del pirata» como él mismo le llamó, cifras de sus análisis de sangre, zonas rojas, verdes y amarillas, frecuencias altas y bajas, partes del cerebro simétricas o asimétricas, y un listado de alimentos que le sentaban mejor o peor.

Formulamos muchas preguntas intentando descifrar aquel exceso de información incomprensible, pero las respuestas eran demasiado generales y ambiguas. No sabíamos cuál era el origen del problema ni cuál podría ser la evolución del niño, eso estaba claro, así que dejamos

de insistir. Era evidente que Otto tenía hiperactividad y déficit de atención y que su evolución era diferente a la de los niños de su misma edad, pero eso ya lo sabíamos. Me sorprendió la importancia que le dio al hecho de que el bebé hubiera nacido por cesárea. «Quizás ese fuera el origen del problema, cada vez hay más niños con patologías porque se ha banalizado la práctica de cesáreas», nos explicó. Le recetó dos medicamentos (risperdal y somazina), muchos suplementos alimenticios que él mismo fabricaba, así como hierro en ampollas. Puso mucho énfasis en la idea de que no dijésemos nada en el colegio, ya que la obligación de los profesores es esforzarse por sacar lo mejor de cada niño y si advertíamos de las dificultades del nuestro muy posiblemente su profesor encontraría la excusa perfecta para no implicarse en su trabajo. También nos recomendó que no viésemos más médicos, «cuantas menos batas blancas vea el pirata mejor». Después añadió: «Debe venir a revisión todos los años, hasta que sea mayor de edad, la evolución de Otto se sostiene sobre tres patas, como una silla, una pata sois vosotros, los padres; otra pata es el colegio, sus educadores, y la tercera pata soy yo».

XIV

Cuando terminó el verano, el papá de Otto regresó a Ginebra y nosotros nos instalamos en Madrid, la ciudad a la que me mudé con diecisiete años para cursar COU, la capital en la que conocí a mi marido. Madrid, la ciudad a la que siempre vuelvo o de la que nunca consigo irme del todo. Fue una decisión casi de última hora; a Ottiño no le convenía estudiar en francés ni seguir sometido a diversos idiomas. Nos aconsejaron afianzar el español antes de introducir una segunda lengua. Ponérselo más fácil. Yo tampoco quería volver a aquellos días densos e interminables, sin contexto y sin rutina, con frío y nieve, a la espera de que mi vida y la de Corazón de Cachelo se resolviesen por sí solas.

Cambié de país por cuarta vez en cinco años, para Otto era la tercera mudanza, y empezamos nuevamente de cero.

Visité varios colegios y me decidí por el mismo en el que yo había terminado el bachiller hacía once años. El CEU de Montepíncipe tenía en 1998 una de las notas más altas de selectividad de España, yo misma era un caso de éxito. Rememoré la estrecha relación que guardaba con mi tutor y algún que otro profesor, hablé con su directora y me confirmó que los hijos de antiguos alumnos podían matricularse incluso fuera de plazo. Rellené varias fichas de información sobre Otto y advertí de que el niño casi no hablaba, posiblemente porque había estado sometido a cinco idiomas y a muchos cambios. Tal y como nos recomendó el psiquiatra de La Coruña, no di más explicaciones. Tampoco las tenía. Me recomendaron quitarle el pañal cuanto antes, aunque no debía preocuparme en exceso, otros niños de su edad también lo usaban.

A las siempre inoportunas incomodidades de construirme una vida nueva, esta vez sola, se sumó la alegría de encontrarme por fin en mi ciudad, tan estimulante como yo la recordaba, con sus calles siempre llenas de gente, las terrazas atestadas de clientes, los comercios abiertos hasta tarde, el bullicio, el ruido, los restaurantes de moda, los bares castizos, los ultramarinos viejos y los locales de diseño, las tribus urbanas, los pijos, las ancianas maquilladas o descuidadas, mi idioma por todas partes. ¡Era tan cómodo! Cerca de amigos y de mi familia. El clima me pareció sorprendentemente suave y luminoso y me encontré con fuerza y energía para imponerme fundamentalmente dos objetivos: acelerar la maduración de Ottiño y crear mi propio negocio. Las dos empresas me parecían mucho más viables en Madrid.

XV

El primer invierno fue muy duro, a pesar de la contagiosa excitación de la ciudad, siempre estimulada y estimulante, y de la indulgencia del clima. El centro de Madrid no es un sitio cómodo para moverte con niños, especialmente si el pequeño es hiperactivo, tozudo y difícil de gobernar como era Otto. Corazón de Cachelo sentía fascinación por ciertos escaparates y tiendas y no había forma de hacerlo salir de allí. Lo quería ver todo, tocarlo, a veces llevárselo a casa. Tampoco tenía sentido del peligro, se escapaba corriendo, cruzaba las calles sin mirar, se abalanzaba sobre todos los perros. Me sentía desbordada por la férrea atención que mi hijo exigía. En el parque observaba con asombro a otros niños jugar tranquilos, niños obedientes con miedo a ensuciarse, pendientes de la mirada de sus padres, miedosos incluso de la gente, de las mascotas, de los otros niños. Papás que charlaban, leían o hablaban por teléfono mientras yo corría de un lado a otro o forcejeaba con mi hijo para que no cogiera un juguete que no le pertenecía, ni le metiera la mano a un perro en la boca. En esta época descubrimos otro superpoder de Ottiño: el valor sin fisuras. Corazón de Cachelo no temía a nada ni a nadie, era capaz de cualquier cosa. Si se caía, se levantaba y seguía corriendo; si se lastimaba y lloraba lo hacía por muy poco tiempo, y seguía trotando. Sus piernecitas se llenaron de moratones y heridas, pero él no se quejaba nunca; su determinación por hacer algo no se frenaba ante los obstáculos ni las normas. Hacer la compra, salir a comer, a pasear, esperar en la cola eran tareas especialmente arduas porque Ottiño nunca estaba quieto y quería inspeccionarlo todo a su alrededor. Los comentarios de la gente criticándome a mí o a él eran cada vez más frecuentes y audibles: «Qué niño tan maleducado», «Te quitan las ganas de tener hijos», «La madre es peor que él», «Ya no educan a los niños», «¿Es que no ven que el niño molesta?», «Los niños de ahora ya no tienen modales». Yo fingía no escuchar y redoblaba esfuerzos para controlar a Otto, por hacer aún más visible y ostentoso el esfuerzo de contener a mi hijo física y verbalmente, pero nunca era suficiente.

Especialmente duros también eran los domingos en los que el papá de Otto se volvía a Ginebra (venía todos los fines de semana), y Corazón de Cachelo se quedaba desolado. Hacía todo lo posible para que no se marchase, se agarraba a su papá y no había manera de que le soltase, después se pegaba a la puerta y le daba golpes como si quisiera derribarla para salir del piso tras él y le llamaba a gritos con la voz ahogada por el llanto. Tenía tres años, pero me costaba mucho aplacar su ira y su tristeza. Otto vivía en los superlativos.

XVI

Ese invierno hicimos un viaje a Brasil con mis padres y mis hermanas. Volamos hasta Salvador de Bahía y después fuimos, primero en coche y después en barco, hasta una pequeña isla llamada Camamú, cerca de Barra Grande. Fue un viaje mágico para Otto porque, ya entonces, adoraba estar rodeado de gente, especialmente de su familia, y disfrutaba muchísimo de las actividades al aire libre y del paisaje. Otño no sabía nadar, pero le encantaba el mar, así que le pusimos un chaleco flotador para que pudiera estar horas a remojo. Corazón de Cachelo saltaba las olas, las rompía y se dejaba enterrar en la orilla, mecido por el mar hasta que las yemas de los dedos se le arrugaban y los labios se le ponían morados por el frío, después se refugiaba en la toalla, recuperaba calor durante unos minutos y volvía corriendo al agua. En la finca en la que nos alojamos, la vegetación y la fauna salvaje eran fastuosas, estaba llena de árboles frutales y los mangos se recogían con carretilla porque inundaban el jardín. Por la mañana, muy temprano, mirábamos con expectación a los diminutos monos que se acercaban a los árboles. Corazón de Cachelo los contemplaba con muchísimo interés hasta que se marchaban. También le hacía mucha gracia el guacamayo Coco, que hablaba y se dejaba acariciar. ¡Tenemos tantas fotografías de Otto sonriendo en aquel viaje! Cruzábamos de un lado a otro del río montados en canoa y Otño siempre quería ser el primero en subir y el último en bajarse. Camamú es un rincón mágico de Brasil, en el que la naturaleza todavía no ha sido sometida a las necesidades ni a los gustos estéticos del ser humano y la población local vive de manera muy austera en pequeñas y humildes construcciones. Nos movíamos con todoterreno por los caminos pedregosos de tierra, y Corazón de Cachelo iba hipnotizado admirando el paisaje, los baches del suelo, las ramas que rozaban el coche, todo le entusiasmaba. Comía con apetito las frutas exóticas, el maracuyá, el cajú, muy parecido al anacardo, las langostas, cualquier marisco. Bebía el agua de coco con una pajita directamente de la fruta, como hacen allí, el jugo recién exprimido de açai y de ananás. Camamú hubiera sido un buen paraíso para reinventarse, para vivir ajenos a los médicos, a las normas sociales, a las métricas que dictan lo que es normal de lo que no lo es, a la opinión inopinada de los transeúntes. Otto estaba feliz, risueño, totalmente integrado en el entorno, descubriendo y disfrutando la majestuosa y sencilla virginidad de la naturaleza.

XVII

Llevé a Otto al Hospital San Rafael, a la consulta privada de una neuropediatra. La sala de espera estaba abarrotada de niños. Nos hicieron esperar casi dos horas; durante la primera, Ottilio se portó muy bien y estuvo casi todo el tiempo sentado ojeando con atención su revista de Bob Esponja. En esa época ya mostraba un apego intenso e inusual a ciertos objetos de los que no podía desprenderse y que iban cambiando según el día: cromos, pegatinas, revistas infantiles...

En la segunda hora, Corazón de Cachelo estaba muy inquieto y empezó a correr en círculos por la sala de espera. En una de sus vueltas chocó accidentalmente con una niña de aproximadamente su edad. La madre de la pequeña agarró bruscamente de la muñeca a mi hijo y comenzó a gritarle. Me levanté precipitadamente de mi asiento y sin delicadeza liberé a Otto de aquella mano adulta que todavía le tenía preso. «El niño la ha empujado sin querer, no ha sido a propósito, no le grites», dije justificando absurdamente el comportamiento de un niño de menos de cuatro años. «De tal palo tal astilla, viendo a la madre se entiende al hijo», respondió en voz alta para que la escuchasen todos los que esperaban, mientras yo intentaba que Ottilio regresara a su sitio, y entonces escuché cómo le decía a su hija en un tono mucho más bajo, más sereno y en francés: «Si el niño se vuelve a acercar, tú le das una patada». Ahí exploté, me acerqué a ella y le grité en su idioma: «Le pides a tu hija que le dé una patada a un niño que la ha empujado sin querer y encima me das lecciones morales, eres una sinvergüenza. SINVERGÜENZA —la última palabra la repetí en español—, y, además, que sepas que aquí mucha gente entiende francés, sinvergüenza», volví a insistir. Para mi sorpresa la mamá no replicó.

Esta fue la primera vez que la ira me devoró ante una situación que yo consideraba injusta y cruel con Otto, la primera vez que fui consciente de que la maternidad, o aquella particular maternidad que yo estaba viviendo, me estaba transformando en una bestia rosa, que la tristeza, la frustración, la incertidumbre y el dolor estaban mutando en una ferocidad que a veces no podía controlar.

Cuando por fin entramos en la consulta de la neuróloga, Ottilio se había quedado dormido entre mis brazos. Le resumí muy brevemente lo que sabíamos de su evolución hasta el momento, lo que me habían dicho en la guardería de Ginebra. Le hablé de las pruebas médicas en Suiza, en las que no habían encontrado nada; de las pruebas en la clínica de La Coruña, en las que tampoco habíamos constatado nada concluyente; y entonces la doctora me dijo algo muy parecido a esto: «Los médicos no son claros sobre este asunto, no lo quieren decir a los padres, pero tu hijo tiene retraso mental y no hay nada que hacer, mételo en un colegio de educación especial y no busques más pruebas ni más médicos, no se puede hacer nada».

Recuerdo que era una mujer joven, recuerdo que en algún microsegundo se me pasó por la mente que era demasiado joven para dar aquel veredicto, que ni siquiera había visto a Ottilio despierto, que ni siquiera había echado un vistazo a todos los papeles que yo llevaba conmigo,

pero no pude protestar, me quedé paralizada por el miedo, enmudecida por el pánico. Sus palabras cayeron sobre mí con tal fuerza que solo pude dar las gracias y huir con mi niño dormido en mi regazo, buscar el refugio y el alivio de la calle en la última hora de la tarde.

Ya sobre la acera, con el ruido de los coches de fondo, lejos por fin de la madre que daba órdenes a su hija en francés y lejos también de la neuropediatra sin vocación, llamé al papá de Corazón de Cachelo a Suiza para contarle lo sucedido, aunque tuviera que sorber las palabras atropelladas por el hipo. Volvimos al centro en autobús pero tuve que esperar a que pasaran dos ya que el primero no aceptó el billete que le ofrecí y tuve que ir a por cambio. Si hubiera sido una película habría comenzado a diluviar.

XVIII

A Otto le encantaba ir al colegio, subirse al autobús cada mañana y estar rodeado de niños. Siempre fue muy sociable y siempre intentó integrarse con sus compañeros. Durante el primer curso le retiramos el pañal y, aunque su vocabulario seguía siendo muy restringido, su profesora no percibió nada anómalo, o por lo menos esa fue mi impresión en las tutorías. Celebró su primer cumpleaños en Madrid con una fiesta pirata a la que asistió casi toda su clase. Estaba loco de luz y de júbilo con la decoración de la fiesta, las banderitas, los globos, la tarta, las canciones de CantaJuegos, los monitores disfrazados de piratas que guiaban las actividades y las manualidades, el juego de la búsqueda del tesoro... Se emocionó cuando le entregaron la avalancha de regalos. Ottilio siempre se emociona ante las muestras de cariño o de rechazo. Aquí descubrimos otro superpoder de nuestro hijo: una extrema sensibilidad ante su entorno. Corazón de Cachelo, desde muy bebé, es consciente de la reacción que provoca en los demás, con solo un año se escondía para hacer sus necesidades. Nosotros sabíamos que había que cambiarle el pañal si lo veíamos agazapado debajo de la mesa o detrás de una cortina, nos hacía gracia que un bebé tan pequeño pudiera sentir pudor ante sus necesidades fisiológicas. Años después, cuando lo acompañaba al baño, me pedía que saliera y cerrase la puerta; si estábamos en un baño público, yo no quería dejarle solo y me negaba a irme, entonces él se resignaba y me decía: «Vale, mamá, pero date la vuelta y no mires».

Otto siempre ha comprendido bien las muestras de afecto y de hostilidad. Lo supimos en Luxemburgo, cuando apenas tenía dos años, lloraba viendo *El patito feo*, en la escena en la que los patitos daban la espalda al ave feíta y desplumada.

Otto también asistía a los cumpleaños de sus compañeros, todas las mamás estábamos en el mismo chat de WhatsApp y las invitaciones incluían a toda la clase. El papá de Otto y yo debíamos estar muy pendientes durante las celebraciones porque con frecuencia Ottilio quería abrir los regalos del cumpleañosero y llevárselos a casa.

Los padres teníamos la oportunidad (o el compromiso según se mire) de acudir una vez durante el curso a la clase de nuestros hijos y entretenerles durante una hora. Yo les conté el cuento de Vargas Llosa, «Fonchito y la luna». A Corazón de Cachelo le fascinan las historias y los cuentos y aquel, que venía con grandes ilustraciones, no era una excepción. A Otto, que no paraba ni un segundo quieto, le decía: «Ottilio, ¿quieres que te cuente una historia?», y entonces él me prestaba toda su atención. La narración tenía que ser ágil porque se impacientaba y quería pasar las páginas él mismo, o me quitaba el libro de las manos para explorarlo él solo.

El primer curso transcurrió sin muchos sobresaltos, salvo la vez que me llamaron del colegio para decirme que mi hijo se había dado un golpe en la cabeza con el canto de una ventana abierta, se había abierto una brecha, estaba sangrando y no se dejaba cerrar la herida; me pidieron que lo recogiese y que lo llevara a un hospital.

No daba crédito. ¿Iban a esperar a que yo llegase a Montepríncipe desde el centro de Madrid para llevarle a urgencias? Pero si hay un médico en el centro y voy a tardar por lo menos media hora, protesté. «El niño está nervioso y no permite que le toquen la herida», me explicaron. No perdí más tiempo en conversaciones estériles, salí de la oficina sin despedirme (aquel año estaba trabajando en el departamento de *marketing* de una prestigiosa escuela de negocios) y me subí en el primer taxi que encontré libre en la calle. Como había calculado, tardé treinta minutos en llegar hasta el colegio y cuando por fin encontré el aula en la que estaba Ottoño, pensé que se me iba a salir el corazón por la boca. Otto estaba tranquilo, tenía la ropa y la cabeza manchadas de sangre, no lloraba, pero me dio la impresión de que se sentía desamparado. No me atreví a inspeccionar la herida, quizás no hubiera tanta sangre entre su pelo, pero a mí me pareció mucha. Demasiada. Tal vez porque la sangre propia siempre parece más densa. «Ahora está tranquilo, pero no se ha dejado limpiar la herida». Volvió a repetirme el médico que le acompañaba. «Si no se deja, tendréis que obligarle. ¿O vamos a permitir que se desangre?». Tenía muchos más argumentos a mi favor, pero no quería perder más tiempo, el taxi estaba esperándome fuera así que me despedí preguntando cuál era el hospital más cercano y salí corriendo con mi bebé en los brazos. Ottoño llevaba el babi de cuadritos azules bordado con flores de sangre por la parte de los hombros, pero no mostraba miedo ni dolor, pensé que se habría asustado por las reacciones de los adultos, se habría contagiado de nuestra perturbación. Me miraba con curiosidad, estaba pendiente de mi actitud, así que intenté fingir calma.

Cuando Corazón de Cachelo vio a los médicos rompió a llorar y quiso escaparse. Tuve que inmovilizarle en una camilla con la ayuda de varios enfermeros para que pudieran coserle la herida.

XIX

A la felicidad hay que ponerle anzuelos, porque está por todas partes, pero rara vez en la superficie. Está en el doble fondo de las cosas, en las personas, si las miras al trasluz, en el sonido de algunas palabras cuando dejan de ser pronunciadas.

Hay una alegría instantánea siempre que cogemos el metro, por ejemplo, o el tranvía en Lisboa, también cuando persigues palomas en las plazas.

Y vamos profanando dolores que ya no duelen, tapando heridas con lo cotidiano, esparadrapo de actualidad. Mi niño pasa por la vida todo de algodón y trapo. Nada le lastima. Nadie le hiere. Y yo voy volviéndome de acero rosa.

La noche ruge y nosotros dormimos abrazados.

XX

En mayo de 2012 nació Lolita Blu, la marca de zapatos que había imaginado en Suiza en aquellos días desvaídos en los que cursaba un máster *online* en *marketing* digital, precisamente, en la misma prestigiosa escuela de negocios en la que ahora trabajaba. ¡Qué lejos estaban ya los días inmóviles y estériles que había vivido en Ginebra! En Madrid, los días pasaban frenéticos y las horas nunca eran suficientes. Simultaneaba mi trabajo de oficina con las obligaciones derivadas de mi página web cuyas ventas eran muy modestas en los primeros meses. Tardamos aproximadamente un año en hacer despegar la marca, fueron meses de poca rentabilidad, pero mucho aprendizaje. La madrina de Otto, mi hermana María, era mi socia y trabajaba desde Galicia, juntas lo aprendimos todo sobre la marcha, lo más importante, qué era lo que nuestras clientes deseaban y cuál era nuestra ventaja comparativa, explotamos nuestra diferencia y empezamos a crecer. Recuerdo trabajar de día y de noche, satisfecha y dichosa de ver crecer a Lolita Blu; cada acción daba sus frutos, cada idea y esfuerzo tenían su recompensa casi inmediata. Con Ottoño, en cambio, no era así. Tenía cuatro años y su lenguaje seguía siendo demasiado pobre a pesar de las sesiones de logopedia y psicomotricidad a domicilio tres veces por semana.

En mis noches frente al ordenador descubrí los foros de madres también insomnes por la atípica evolución de sus hijos; madres con preguntas sin respuesta que se encomendaban a la opinión popular, a la ayuda de desconocidos o de la Divina Providencia. Aquel mundo sumergido en el que reinaban el miedo y la incertidumbre era un secreto que solo desvelaba al papá de Ottoño, presos de una extraña superstición en la que aquello que no se nombra no existe o no es real mientras sea invisible. Empecé a leerlo todo sobre el retraso madurativo, el autismo, las lesiones cerebrales, el Asperger, la afasia, la inteligencia límite, la hiperactividad y el déficit de atención, causas, consecuencias, diagnósticos y pronósticos, experiencias reales y casos milagrosos, porcentajes de población afectada, terapias alternativas, asociaciones...

La búsqueda de un diagnóstico era una obsesión que intentaba mantener a raya y a la que no le concedía más espacio ni tiempo que el de las consultas médicas y las lecturas de internet. Solo me permitía exteriorizar aquella preocupación ante el papá de Corazón de Cachelo, como si aquel mundo sumergido y tenebroso fuera una pesadilla que pudiera hacer desaparecer cada mañana, aparcarla en un rincón de mi mente, mantenerla alejada de mi casa y, sobre todo, de mi hijo.

XXI

Mi niño no dibuja ni escribe, tampoco lo intenta. Coge el lápiz o la cera, hace una raya y con eso es suficiente. Entonces le obligo a hacer sus cuadernos de caligrafía, a unir puntos, a crear formas. Se concentra, se esmera, pone interés y después vuelve corriendo a su lado de la orilla, adonde quiera que él vive, adonde no puedo acompañarle.

Otto desclasado entre los niños, fuera de su tribu es, sin embargo, poeta y hace juegos de palabras. Dice, por ejemplo, que quiere ir al bosque encantado de conocerte y nos ponemos contentos, un rato, y nos reímos, apenas unos segundos, y después nos quedamos tristes y pensativos mucho tiempo; ningún poema ha conseguido emocionarnos tanto, ni hacernos reflexionar, ni Salinas, ni Neruda, nadie. Ottiño nos lleva a donde no hemos estado nunca y quisiéramos regresar con él lo antes posible a casa.

El niño sobre el cuaderno, violentado, abrumado, desprendido de sí mismo. Soy mi padre obligándome a hacer las tareas, a mirar el libro, a memorizar textos, en definitiva, a entrar de nuevo en la fila recta de la infancia, a estarme quieta en la escalera mecánica con dirección a la selva laboriosa y jerarquizada de los adultos.

Pero Otto no soy yo y solloza sobre la libreta. Le abrazo horrorizada de mi propia brutalidad, de mis ansias de retenerle en la cinta de acero para que suba peldaños, para que entre cuanto antes en el gremio de los niños que pintan y escriben y conocen las letras.

Mi hijo es un pájaro silvestre en una jaula para canarios que es la civilización y la gramática, y yo soy su triste carcelero.

Mi hijo es el árbol salvaje enderezado por el palo, podado por un jardinero sin alma.

Mi hijo es el balcón abierto y primaveral al que he de poner persianas y barrotes.

Qué estúpida laboriosidad del día con su cielo de trampantojo, las ideas, los conceptos, la ortografía. Todo sobra y estorba. Cerramos el libro.

XXII

Fue precisamente en una de esas noches sonámbulas de inmersión en el mundo sumergido de madres desesperadas con niños imperfectos cuando descubrí el método Tomatis, un programa de estimulación neurosensorial a través de la música y de la voz. A diferencia de otras terapias alternativas, el método Tomatis había sido creado por un médico, Alfred Tomatis, neurocirujano y otorrinolaringólogo de fama internacional, y seguía vigente en muchos países desde su nacimiento en los años cincuenta. Algunas madres aseguraban haber visto mejoras en la evolución de sus hijos tras el tratamiento, así que decidí darle una oportunidad. Busqué un centro que no estuviera muy lejos de mi vivienda en el barrio de las Salesas y encontré uno en la calle Atocha, en un piso viejo que además servía de apartamento a la propietaria. Nos atendió una señora de mediana edad que nos explicó los beneficios del método; un futuro de prosperidad y ventura se abrió ante mí: amplia mejora en la capacidad de comunicarse, significativa mejora en la capacidad de concentración y atención, mejora en el comportamiento, mejora de las capacidades cognitivas, mejora en la psicomotricidad. Además, en el tratamiento de Otto iba incluido, si yo lo deseaba, uno también para mí, ya que el método Tomatis también funcionaba como ansiolítico, antidepresivo, recarga energética, mejora de la creatividad y del oído musical. ¡Hasta los grandes cantantes de ópera seguían este método! La señora se interesó mucho por mi biografía y la de Ottiño, y sentenció que nada grave le pasaba al pequeño, pero que yo, en cambio, sufría mucha ansiedad, vaticinó también que el origen del problema de Corazón de Cachelo era, posiblemente, vivir lejos de su padre y tener una madre tan acelerada. «Al niño le faltan abrazos». De todas las cosas que me dijo esta frase se me quedó tatuada en la memoria. Al niño le faltan abrazos. Algunos consejos me parecieron más esotéricos que científicos, pero yo no iba a permitir que mi incredulidad perjudicara a mi hijo, así que le presté mucha atención e hice todo lo que ella me aconsejaba.

Fueron muchas conversaciones a lo largo de muchos meses, no recuerdo si me justificqué, si le hablé de los días inmóviles y bucólicos de Suiza, de los largos paseos de Otto con su padre por el Retiro, de las tardes de juegos, de las nanas que aún le cantaba a mi pequeño como si fuera un recién nacido porque me miraba absorto cuando lo hacía, de las canciones de Caetano Veloso que bailábamos los tres en casa, especialmente «O leãozinho», de los abrazos perfumados en la ducha, acurrucados bajo el chorro hasta que la piel se quedaba rugosa, de los besos que le hacían cosquillas desde la nariz hasta la punta del pie, de la multitud de nombres que habíamos creado para él: Currusquiño, Parrulo, Garbancito, Cuchifrito, Corazón de Melón... Posiblemente no me defendí de aquella acusación porque deseaba que ella tuviera razón, que fuera cierto que aquel tratamiento iba a solucionar el problema que tanto me atormentaba, los resultados que prometía eran tan maravillosos que creo que ni siquiera me di cuenta en aquella época de la mezquindad y

del atrevimiento de jugar con el sentimiento de culpa de las madres con un pie en el mundo real y otro pie en el mundo sumergido y secreto de madres desesperadas con niños imperfectos.

El tratamiento era muy complejo porque debíamos llevar unos cascos durante dos horas en las que no podíamos comer, ni mirar ninguna pantalla. Cada día o en días alternos. Yo debía seleccionar las pistas que teníamos que escuchar según un complicado programa escrito a mano sobre un folio. Este centro usaba casetes y aparatos muy desfasados (descubrí más tarde que otros centros contaban con tecnología propia de nuestra época mucho más sencilla y efectiva). Yo lo abandoné el primer mes por falta de paciencia, además estaba siempre frente a una pantalla de ordenador, pero a Otto se lo hice seguir religiosamente durante un año sin obtener ninguno de los resultados prometidos. Ottiño escuchaba música clásica mientras dormía, Mozart y cantos gregorianos, a veces distintas melodías por cada oído. Le cambiaba la pista cada media hora, angustiada por el temor de hacerlo mal o de que al moverse se le cayeran los auriculares, comprobando continuamente que aquel aparato del paleolítico funcionara correctamente, porque a veces no se oía. ¿Intentando expiar mi culpa?

XXIII

Volvimos al Hospital San Rafael, esta vez a la consulta de una neuróloga con más experiencia y vocación que sí creía que debíamos hacerle algunas pruebas a Otto y que además nos ayudó a cuadrar las fechas para que su papá, que todavía vivía en Suiza, pudiera estar con él. Eran las pruebas del sueño, pruebas de referencia para detectar algún trastorno del sueño en las que se analizaba la actividad cerebral, el ritmo cardíaco, la respiración, la actividad muscular, los movimientos corporales, la posición del paciente, la cantidad de oxígeno en la sangre o los movimientos de los ojos. Recuerdo que en una prueba Otño debía llegar cansado para quedarse dormido y poder registrar su actividad durante el sueño menos profundo y en la otra debía pasar toda la noche ingresado en el hospital para registrar todas sus fases del sueño. En esta época, Corazón de Cachelo ya había desarrollado una más que justificada aversión a los médicos, a las batas blancas, a los medicamentos y suplementos alimenticios, a las máquinas, a las agujas y a los gorros de electrones. Dejamos de darle el hierro en ampollas que le había recetado el psiquiatra gallego porque se desesperaba solo con verlo. Y yo estaba harta de hacerle sufrir.

Le hicimos una espectroscopia de resonancia magnética para verificar alteraciones anatómicas que sugiriesen una patología estructural, pero no se apreciaron alteraciones significativas, es decir, resultado normal, una polisomnografía (PSG), que descartó alteraciones epilépticas, pero alertó de una apnea durante el sueño que impedía a Currusquiño dormir bien y descansar por las noches, por lo que le operaron para quitarle las amígdalas y así poder respirar con normalidad. Pensamos que quizás fuera este el origen del problema y pudiéramos extirparlo en una breve y sencilla operación. Desgraciadamente, no fue así. Otto pudo dormir y descansar mejor, dejó de roncar, pero su evolución no mejoró significativamente. Diagnóstico: Trastorno Generalizado del Desarrollo No Especificado. Seguíamos sin saber nada.

XXIV

El segundo curso escolar fue más complicado que el primero porque la profesora de Otto y la psicóloga del centro educativo en el que estudiaba empezaron a inquietarse y a inquietarnos por las dificultades de aprendizaje de mi hijo. Nos reunimos varias veces con el personal docente y escuchamos compungidos las muchas quejas y las pocas recomendaciones sobre Corazón de Cachelo. Este curso iniciamos una especie de automatización de la tristeza, la certeza de un dolor crónico y predecible. Nosotros, que durante nuestra infancia y juventud habíamos sido estudiantes ejemplares y que jamás habíamos temido una evaluación, estábamos de pronto con el corazón a la intemperie a merced de una maestra de educación infantil. Qué exigente es el mundo con una criatura de cinco años.

«Otto aún no sabe los colores», nos dicen. Y esa es la prueba irrefutable de que algo va mal. El papá de Ottiño y yo retomamos la estrategia de Ginebra y en los paseos que dábamos por Madrid no desaprovechamos ninguna ocasión de enseñarle los colores a nuestro hijo. «Mira, Currusquiño, un coche AZUL. A-ZUL ¡Y ahí una moto NEGRA! NE-GRO. ¿Los taxis de qué color son, Cuchifrito? Los taxis son BLANCOS. BLAN-CO». Los medios de transporte siguen fascinando a nuestro hijo y así atraemos toda su atención e interés.

Por esta época y precisamente gracias a nuestro empeño por enseñarle los colores, descubrimos una peculiar forma de pensar de Otto y es que Ottiño tiene conocimientos que no utiliza o de los que no es consciente. Por ejemplo, le preguntas de qué color es algo, como hacíamos aquel año continuamente, y siempre responde «azul» como para que le dejes en paz, para que no le agobies con preguntas y esfuerzos que a él no le interesan, aun sabiendo perfectamente el nombre de los colores. Me di cuenta con las ceras cuando pintábamos juntos. Le daba una al azar y él me decía: «No, rojo». Entonces le daba otra de cualquier color, y él insistía, impaciente: «No, rojo», y así hasta que lo veía enfadado y le daba la del color que me pedía, entonces suspiraba reconfortado y decía: «Ay, gracias».

Hice un sencillo experimento, compré tres esponjas de diferentes colores y mientras guardaba la compra en su sitio le pedí a Otto que me trajera la esponja rosa, las tres estaban sobre la mesa de la cocina. Corazón de Cachelo me trajo la esponja de color rosa. Volví a dejarla junto a las otras y pasados unos minutos le pedí que me diese la esponja de color azul. Me trajo la esponja correcta. Repetí por última vez la pregunta tras dejar la segunda esponja de nuevo sobre la mesa y solicité la esponja verde. Así lo hizo, sin dudar. No podía ser casualidad. Mi hijo sí sabía los colores. Invertí el ejercicio y cogiendo la esponja rosa le pregunté de qué color era. La respuesta fue «azul». Para mi hijo las tres esponjas eran azules. Se lo comenté a su logopeda que seguía viniendo a casa tres veces por semana y me corroboró que Ottiño sí sabía los colores, pero que si le preguntabas respondía al azar.

Igual de curiosa era su memoria: nombraba al tuntún a sus tres tías; pero, sin embargo, se sabía el nombre de todos los personajes que veía en las películas de dibujos animados, incluso aquellos con nombres extraños, también aquellos que aparecían en muy pocas escenas. Con solo haber visto la película una vez.

En este curso, aparte de hacer frente a las dificultades de aprendizaje de Otto, tuvimos que enfrentarnos por primera vez a la marginación social alrededor de nuestro hijo. Las madres seguíamos en aquel chat de WhatsApp en el que se debatían desde los deberes de los niños y actividades escolares hasta los regalos conjuntos en los cumpleaños. Algunas mamás estaban preparando la fiesta de cuatro compañeros de Otto en un parque de bolas, decidiendo lo que se compraba a cada niño y cuánto dinero debíamos poner el resto de los padres. Ottiño no había traído a casa la invitación, así que pregunté por la fecha, la hora de la fiesta y la dirección exacta. Nadie me respondió, así que insistí un par de veces, convencida de que Currusquiño había extraviado la nota en la ruta. La mamá de una compañera escribió por fin: «Otto no está invitado porque no se lleva bien con mi hija». Quizás la frase no fuera así exactamente, pero la idea la recuerdo con nitidez: mi hijo era el único niño de una clase de veinte alumnos que estaba excluido del cumpleaños porque una niña de cinco años había decidido que no le caía bien. No entendí la situación hasta que otras mamás me escribieron de forma individual, fuera de ese chat, para decirme que estaban en desacuerdo con aquella decisión, que no les parecía bien o que tampoco la comprendían. Ninguna lo dijo en el chat común de grupo, ninguna dejó de ir al cumpleaños.

Yo, que siempre he sido una persona afortunada y fuerte, incluso con un carácter soberbio, he necesitado tener un hijo para sentir la brutalidad del mundo en mi piel, la mezquindad del ser humano, la pobreza de espíritu. Tener hijos es ser vulnerable, llevar tu corazón en bandeja y rezar aun siendo ateo para que nada malo le ocurra.

Hablé con la profesora esperando encontrar alguna justificación a aquel desaire y me confirmó que mi hijo no había tenido ningún problema con la cumpleañera, nunca se habían peleado, simplemente no tenían relación, como con tantos otros niños de la clase. A ella tampoco le parecía correcto dejar a un niño del grupo fuera de la celebración.

Ese día sentí tristeza, porque sabía que Otto añoraba integrarse y siempre ofrecía y buscaba el afecto en los demás y como a cualquier niño le encantaban las fiestas de cumpleaños, pero también sentí tristeza por la niña de cinco años, inocente en su inconsciencia del daño que causaba, en manos de un adulto con tan poca cultura emocional e inteligencia social. No creo que se pueda amar ni educar en la falta de empatía, ningún niño debería crecer bajo la tutela de un corazón áspero y huraño.

XXV

Ahora que miro hacia atrás en el tiempo soy consciente de la intensidad con la que viví aquel curso. En el fragor de la batalla no hay tiempo ni motivación para reflexionar sobre el sentido ni la velocidad de la vida, vamos sorteando obstáculos y tomando decisiones sobre la marcha y yo tenía muchos frentes abiertos. Abandoné mi trabajo de oficina para centrarme completamente en Lolita Blu, un proyecto que daba sus primeros frutos y que además me permitía estar más tiempo con Otto en lugar de verle solo a primera y a última hora de los días laborales. Estaba en un permanente y agotador estado de alerta anticipando los peligros que podrían acechar a Currusquiño, alentada también por las continuas noticias de sucesos que involucraban a niños. Lo cierto es que, desde que nació, llevo un macabro inventario mental de agresiones, accidentes, violaciones y asesinatos contra la infancia. Intuyo pederastas, ahogamientos y atropellos en cualquier esquina. Imagino que este fue el caldo de cultivo en el que, una tarde que llevé, como de costumbre, a Ottilio a los columpios de la plaza de la Villa de París, sufrí un ataque de pánico al perderlo de vista apenas unos segundos. Consciente de que mi hijo no tenía sensación de peligro, corrí hacia Colón por temor a que se hubiera escapado en dirección a la carretera y que lo atropellara un coche, avisé a los policías y agentes de seguridad cercanos a la plaza por si lo veían pasar, incluso llamé a emergencias para denunciar su desaparición y pedir ayuda. La hipótesis de que un adulto se lo hubiera llevado, conociendo la simpatía que mi hijo sentía por los desconocidos, me rondaba por la cabeza. No habrían pasado ni cinco minutos y yo ya estaba en lo peor, gritando y sollozando como una enajenada por la zona preguntando a los transeúntes si habían visto a un niño de cinco años vestido con uniforme escolar, jersey azul y pantalón gris. Una empleada doméstica que estaba en el parque cuidando a otros niños vino a socorrerme y a preguntarme cómo era el pequeño que yo buscaba, después movilizó con un solo gesto al resto de las niñeras.

—¿No es el niño del columpio? —preguntó una señora con acento dominicano señalando hacia el recinto de arena donde jugaban los críos.

—Ahí ya he buscado —respondí atropelladamente, mirando sin ver, ensordecida por los latidos del corazón y el frenético movimiento de la sangre circulando hasta la cabeza.

—Está ahí —insistió alguien más.

Entonces lo vi, como un ciego que recupera de pronto la visión y descubre el mundo por primera vez. Ottilio estaba sentado sobre el columpio, jugando plácidamente, indemne a las terribles desgracias que yo había imaginado. Di las gracias reiteradamente a aquellas mujeres que no me podían quitar la vista de encima, recogí a mi hijo lo más rápido que pude y me volví a casa, esta vez con el rostro encendido de vergüenza. El mayor peligro es vivir con miedo y perder el control sobre uno mismo. El infierno es un estado mental, como ya mostró Sartre, el infierno, somos nosotros, y en aquella plaza del barrio de las Salesas vi por última vez a la niña que yo

había sido hasta bien entrada la edad adulta y al abismo al que sin darme cuenta me estaba asomando.

Pronto nos mudamos a otra zona de Madrid, con lo que no tuve que volver a aquel escenario ni encontrarme a los testigos de mi falta de pericia como madre.

XXVI

Otto, amor infinito, un océano de vocales y consonantes nos separa y no consigo traerte a la orilla, a mi lado del mundo, que es el único que conozco. Y tú me llevas de tu manita a lugares inexistentes que solo tú ves, a mi propia infancia que has despertado y alejado para siempre, al dolor más profundo porque en él te quiero aún más fuerte. Ottiño, avivas lo que en mí hay de salvaje y bárbaro, para protegerte, lo más dócil y tierno, cuando me abrazas y nos encontramos fugazmente en el lenguaje universal del amor. Mi Otto, eres la medida de mi alma y de mi universo, no hay nada entre tú y yo, salvo el mar de palabras que te tiene preso en tu isla mágica, y vas al encuentro de la vida y no puedo acompañarte nunca del todo, con tu risa inmensa, con tus ojos inmensos, con tu amor inmenso, y tu genio, y tu curiosidad y tus rabietas. El mundo es un enigma para ti y tú, para el mundo. Deidad, ninfa, sirenas, Otto. Quererte en tu orilla de luz, secar este mar, separarlo, llegar hasta ti, al encuentro efímero de mis dos carnes. Te veo crecer, jugar, sonreír y me enamoro más de ti, si cabe, de tus ojos redondos y de tu piel blanca y el mar de palabras ahogadas e inertes me atraviesa y me deja sola, terriblemente sola en mi lugar del mundo.

XXVII

En mis horas frente al ordenador buceando en el mundo sumergido de madres preocupadas por sus hijos imperfectos, averiguo quién es el neurólogo infantil más prestigioso de España. Bingo. Está en Madrid. El médico P. pasa consulta en el Hospital Niño Jesús, razonablemente cerca de mi barrio. Intento pedir cita por teléfono para Otto, pero me indican que la agenda del doctor está cerrada, hay lista de espera de por lo menos un año. Investigo si P. pasa consulta en algún centro privado que pueda evitarme la espera y descubro que solo atiende en el hospital público. Es un hallazgo agridulce, recupero la fe en el ser humano y en el gremio médico, pero pierdo un poco la esperanza de poder acceder a él. Entonces me comporto como una *groupie*. Consigo el teléfono directo del médico en su consulta y le llamo varias veces con la agreste estrategia de convencerle para que vea a Otto, sería un ratito nada más, pero como no soy paciente me cuelga el teléfono. Voy personalmente al Hospital Niño Jesús, pero tampoco me atiende porque no tengo cita. Me pregunto cuántas madres habrán «acosado» antes que yo al doctor P. para que acceder a él sin cita previa sea realmente imposible. Este neurólogo empieza a ser para mí el Santo Grial, la Virgen de Fátima y Nuestra Señora de Lourdes, todo a la vez. Cuando se deja de creer en Dios, enseguida se cree en cualquier cosa, dijo el escritor, y yo estaba convencida de que si el doctor P. no encontraba un diagnóstico a Corazón de Cachelo nadie lo haría.

El 29 de mayo de 2013, Ottiño y yo entramos en la consulta del doctor P. de forma regular gracias a otro médico que es amigo de un pariente en Galicia (la teoría de los seis grados de separación se cumple, en este caso entre él y yo hay cuatro eslabones humanos).

Me sorprende el tiempo que nos dedica, más de una hora y el detenimiento con el que observa las pruebas que le llevo. Lo anota todo. También me agradan la simpatía y el buen humor con el que trata a Otto que en estos momentos está desordenando todos los juguetes a su alcance en el despacho.

El médico me confirma que algunas pruebas realizadas por el psiquiatra de La Coruña son irrelevantes y muestra sorpresa porque el hospital privado San Rafael no haya realizado más test a mi hijo, algunos muy básicos como el X-Frágil, segunda causa genética de discapacidad intelectual después del síndrome de Down. Me comenta que Corazón de Cachelo podría tener un desajuste metabólico de creatina y que si así fuera habría tratamiento. También me dice que Ottiño es un niño muy guapo, aunque la importancia de esta apreciación estética tardaré años en comprenderla. Salgo de la consulta muy esperanzada con la prescripción de nuevas pruebas (resonancia magnética craneal con espectroscopia, analítica con perfil metabólico, cariotipo, X-Frágil y metabolismo de la creatina), maldiciendo la incompetencia y la desidia de los anteriores médicos e invocando la palabra «creatina» como un espíritu, como un talismán. No sé lo que significa, pero intuyo que podría cambiarme la vida.

XXVIII

Por las noches ardo en la hoguera de mis pesadillas. Soy un pirómano que corre por el bosque espantado de los fuegos que provoca, huyendo de sí mismo, buscando refugio en aquello que destruye. Sin rumbo ni escondite, con mi niño en brazos y unas piernas que pesan y una voz afónica que nadie escucha. Vivir en llamas, con el corazón en la mano, inflamado, y una flor de plástico entre los dedos. Algo va a romperse dentro y si caigo no debo soltar al niño, que no toque el suelo, que no se acerque al fuego, me repito con voz distorsionada de pesadilla. El niño, siempre el niño. Otto, mi Otto. Que nada le pase. Que nada te pase.

Soy un dolor vagabundo que corre, sin rumbo ni escondite con un niño de oro en el regazo que es el eje sobre el que giro. Gracias a él, o por su culpa, me encadeno a la vida, me ato a ella, aunque queme y deseo ser inmortal, por miedo a sobrevivirle, por miedo a que me sobreviva, porque mi vida late en su pequeño cuerpo blanco y él es frágil, terriblemente frágil en este bosque nocturno que arde, estamos rodeados de llamas y no conozco el camino.

Otto, mi Otto, amor infinito, algo se me rompe dentro, lo siento, pero no me duele, como una flor que brota y estalla, por fin, y se transforma en fruta y cae al suelo. Mi niño, mi ángel, mi Currusquiño de pan, tú me guías instintivamente en la oscuridad que no termina nunca. Pierdo la inocencia en cada noche de pesadilla y fuego y ardo en las hogueras que voy plantando mientras intento mantenerte a salvo.

Otto, mi Otto, Corazón de Cachelo, niño de oro que no llora en mi regazo, bajo el cielo negro y nocturno que ni las llamas encienden. Quiero verme como tú me miras, veloz e ignífuga, desde tus inmensos ojos redondos y risueños, mi ángel, sigue durmiendo.

XXIX

En la primavera de 2013, el colegio San Pablo CEU nos reúne para informarnos de que nuestro hijo no podrá continuar el próximo curso en el centro. El equipo de atención temprana de Pozuelo ha evaluado a Otto en el aula y en el recreo y nos recomendará otro colegio más apropiado para él tras realizarle algunas pruebas todavía pendientes. Esta es la primera vez que el fantasma de la educación especial planea sobre nuestras cabezas. Ahora me doy cuenta de que incluso en este momento mantenemos ardiente la esperanza de que el trastorno de desarrollo de Ottilio se resuelva solo, con el paso del tiempo, en que vaya a quedarse en una anécdota como tantas de las que oímos hablar o leemos en internet sobre niños que no hablan hasta los cinco años y después se convierten en prestigiosos psiquiatras o inventores. Hasta ese momento ni su papá ni yo comentamos la evolución de nuestro hijo con nadie, apenas con nuestra familia y con nuestros amigos más íntimos; el asunto es demasiado doloroso y realmente tampoco hay mucho que contar, todas las preguntas siguen abiertas, no hay respuestas. Sin ser muy conscientes de ello intentamos que el problema no se materialice, no se haga demasiado real, que se quede en las consultas médicas blancas y asépticas, en las conversaciones domésticas en voz baja, como si fuera un virus que pudiésemos aislar para evitar que se propague, que mute y se fortalezca, como si pudiésemos contenerlo y erradicarlo. Solo tenemos informados de los exámenes médicos a los abuelos y a las tías, pero contamos apenas lo imprescindible, en resumen, la incertidumbre, como digo, para aislar el virus y evitar la pandemia, por superstición a que se haga irreversible, por mantener la esperanza de que se solucione con el paso del tiempo o quizás porque es un dolor nuevo y desconocido, inenarrable y profundo ante el que no sabemos cómo reaccionar, porque nos sentimos culpables o avergonzados, anómalos.

La hipótesis de que Otto sea expulsado con cinco años de la educación ordinaria me deja definitivamente cautiva en el mundo sumergido de las madres desesperadas e insomnes, transfiriendo compulsivamente imágenes inventadas en las noches de pesadilla al mundo diurno y laborioso, igualmente oscuro.

Nos encontramos con las dos psicólogas del equipo de atención temprana en Pozuelo y respondemos una vez más a las mismas preguntas sobre nuestro hijo, el embarazo, el parto, la edad a la que comenzó a caminar, a sentarse, a hablar. Nos piden que dejemos al niño allí un par de horas para que evalúen su juego y sus capacidades. Su papá y yo hacemos tiempo por las intermediaciones, esperamos, siempre esperamos con el corazón en un puño, y hablamos de otras cosas, de muchas cosas para mantener a los fantasmas lejos, para no verles, para no hacerles caso, para que se vayan. Nuestro pequeño en un lugar desconocido, con personas desconocidas que le miran, que le preguntan, que le evalúan, otra vez, mientras nosotros esperamos y exploramos la parte más honda y hueca de un mundo sumergido que nos ahoga, mientras buscamos conchas celestes en una primavera rota y descascarillada, mientras damos esquinazo al dolor.

XXX

El informe de evaluación psicopedagógica confirma el bajo nivel de atención y concentración de Otto, su hiperactividad, su memoria fluctuante, sus dificultades para dibujar, la ausencia de juego simbólico, su lenguaje escaso con abundantes ecolalias y su variable estado de ánimo. Por otro lado, refleja que no tiene conductas estereotipadas o repetitivas, que es muy sociable y cariñoso.

Las psicólogas nos explican de forma exhaustiva todo lo que nuestro hijo no hace y debería hacer según su edad. También nos dan el informe por escrito que incluye numerosas recomendaciones (seguimiento médico, apoyos para fomentar la adquisición del lenguaje, para mejorar su motricidad) que no nos resultan de utilidad porque Otño lleva varios años realizando pruebas médicas y recibiendo sesiones intensivas de logopedia y psicomotricidad. Por fin, llega el veredicto: Otto debe ser escolarizado en un centro educativo con una ratio baja y con personal especializado para recibir apoyos.

—¿Educación especial? —pregunto impaciente.

—No, no es un caso de educación especial, un colegio ordinario con apoyos y pocos alumnos en cada clase.

Suspiro aliviada. Nos hablan entonces de dos centros: Dionisia Plaza y Areteia. Tenemos suerte de vivir en Madrid, no hay colegios así en el resto de las comunidades autónomas. Pienso en la carrera profesional del papá de Otto, sujeta a vivir en el extranjero, en cualquier continente. Vamos a tener que replantearnos todo desde el principio.

El último día de curso, la profesora me devuelve todos los libros de texto y cuadernos nuevos, algunos con el plástico sin retirar, immaculados, sin estrenar, tal y como yo se los entregué el primer día de clase.

—¿No ha hecho nada? —le pregunto, incrédula.

—Ya te dije que Otto tenía muchas dificultades para seguir el curso.

Comprendo de pronto por qué mi hijo, que el primer año iba feliz e ilusionado al autobús, ahora llora y protesta porque no quiere ir al colegio.

A todos sus compañeros les entrega un diploma simbólico. A todos menos a él. Me quedo ridículamente a ver cómo las madres le regalamos una pulsera con los nombres de nuestros hijos grabados sobre ella y aplaudimos. Después salgo por primera y última vez en mi vida por la puerta de atrás de ningún sitio.

XXXI

Las salas de espera del Hospital Niño Jesús están abarrotadas de niños y los pasillos llenos, siempre llenos. El universo y la vida confirman su estupidez y su barbarie en cada niño que sufre y que me mira desde la candidez y la blancura de su mirada de pájaro herido. La vida se ataca a sí misma como una enfermedad autoinmune. ¿A quién engañan las puestas de sol, los atardeceres, los anuncios de televisión? A mí ya no. La naturaleza contra natura, todo vale y nada sirve. Otto y yo nos sentamos a esperar nuestro turno, a que el doctor P. nos comunique el resultado de las pruebas. Entre los niños rotos, desclasados en su infancia, fuera de su tribu. Niños con parálisis cerebral, torcidos sobre sus sillas de ruedas, niños con síndrome de Down, niños con extrañas fisionomías, niños con miradas ausentes o perdidas. Otto se impacienta y me pregunta dónde estamos. Odió esperar y le cuesta permanecer sentado. En esta época inicia la costumbre de formular insistentemente la misma pregunta, una y otra vez, como un mantra, a responderse a sí mismo.

—¿Dónde estamos, mamá?

—En el hospital, venimos a ver al médico.

Doy distintas respuestas, recorro distintos caminos para llegar al mismo destino evitando la rotonda de la que se resiste a alejarse.

—¿Voy a curarme?

Es la primera y última vez que me hace esta pregunta, traspasado por un rayo de lucidez breve y fulminante, quizás, o como una asociación mecánica de palabras (hospital, curar). Nunca lo sabré, pero esa pregunta vive en mí como una llaga, desde entonces con su voz ligera y recóndita.

—Sí, vamos a curarte.

Pero Ottiño ya está pendiente de otra cosa, de los dibujos en las paredes, de los otros niños, del objeto que lleva en la mano del que no puede desprenderse.

Por fin, entramos en la consulta y el neurólogo me explica que todo ha salido bien. X-Frágil, negativo. Cariotipo, normal. Resonancia magnética y espectroscopia, normal. Analítica con perfil metabólico, normal. Tendremos que esperar a que crezca para tener un diagnóstico, dependerá de su evolución. Nos remite a psiquiatría.

Seguimos varados en un mar agitado de incertidumbre, golpeados por un oleaje brusco que no mece, sino que golpea, perdidos entre las miradas perdidas de los niños rotos que entran y salen de los hospitales, de las consultas, de los niños que esperan.

XXXII

Muy cerca de nuestra vivienda, en la plaza de las Salesas, hay una tienda de cajas de música. También venden pianos, cucos, joyeros y otros artículos de regalo, pero nosotros le llamamos «la tienda de las cajas de música», aunque tiene otro nombre, porque en su escaparate exhiben miniaturas de atracciones de feria, de casas, de paisajes, con música, luz y movimiento. Otto se pega al cristal para observar minuciosamente cada detalle de las maquetas. Es un espectáculo bonito y anacrónico y nosotros también lo miramos con curiosidad hasta que llega la hora de irse y debemos despegar a nuestro hijo del escaparate, negociar ese minuto más que el niño nos pide insistentemente. Currusquiño siempre que puede se escapa a mirar «la tienda de las cajas de música», nos arrastra allí con verdadera devoción y nosotros nos resistimos muy poco, la verdad, porque su fascinación es contagiosa y genuina.

Tardamos meses en atrevernos a entrar al establecimiento por miedo a que Ottiño se resistiese a salir y a su necesidad de acariciar los objetos por los que siente un intenso apego. Las rabetas en aquella época eran muy frecuentes y a esa edad demasiado escandalosas. Su papá evita siempre que puede (yo cada vez menos) las situaciones embarazosas en lugares públicos acostumbrados como estamos a la falta de comprensión y de empatía de algunos adultos que le afean la conducta al niño o nos juzgan como padres al mínimo alboroto. Pero entrar en aquella tienda con mi niño era innegociable y eso que no sabíamos lo que nos encontraríamos dentro: un auténtico pueblo en miniatura en continuo movimiento. Montañas nevadas con teleférico, la feria con multitud de atracciones, la fábrica de leche, la carretera con toda clase de vehículos, la pista de patinaje, los negocios locales, los puestos callejeros de vendedores de palomitas, de castañas, de cacahuetes. Corazón de Cachelo examinaba escrupulosamente aquel hallazgo, maravillado, absorto, hechizado por aquel pueblo de juguete. No tocó nada porque así se lo pedimos (aunque hacía el gesto de acercar su dedo índice a las figuritas y dibujaba su forma en el aire como midiendo los contornos de las formas, comprobando la existencia de los objetos o infundiéndoles alma) y se marchó cuando hubo de hacerlo, sin resistencia ni berrinche, extasiado y feliz. Volvimos muchas otras veces, incluso a mediodía, cuando el vendedor cerraba, pero al ver al niño pegado en el cristal nos hacía pasar, encendía todas las luces y ponía el pueblo en marcha; a veces nos dejaba solos y Otto recorría la tienda siempre como el primer día, embelesado, sonriente, con su dedo índice dando vida a los niños que iban al colegio, haciendo girar la noria, anticipando la trayectoria de los coches.

Poco a poco fui dejando de intentar encajar, por todos los medios, a mi hijo en el mundo de lo cívico para tratar de dar espacio al suyo propio, a permitirle sentarse a comer en la mesa con su torre de libros o su ejército de muñecos, a llevar en mi bolso los objetos más inusuales que sabría que echaría en falta, a recoger de los buzones ajenos los catálogos de publicidad y *flyers* que le gustaba atesorar, a dejarle subir a las atracciones para niños más pequeños, a llevarle en

brazos, aunque fuese demasiado mayor. Si no podía acercarlo hasta mi orilla debía, por lo menos, aproximarme yo hasta la suya.

XXXIII

¿A dónde vas a ir mi niño con el corazón tan blanco y el alma tan rubia?

Si por lo menos tuvieses espinas.

Como el Principito, eres puro y vienes de una estrella, no comprendes a las personas grandes, no mides el peligro, no te dejas interrogar y jamás olvidas una pregunta una vez que la has formulado.

Mi principito.

Que viajes por los planetas y buscas tu puesta de sol. Yo te dibujaré una armadura, con espada y escudo.

Mi niño, estamos solos entre las personas sin imaginación, insignificantes en nuestro asteroide de fantasía y ternura, en nuestra soledad refulgente y plateada.

Mi principito.

Eres útil a las estrellas, al sol, a los volcanes, a todas tus cosas alegres y vivas solo por ti porque tú las sabes mirar y querer. Tu dedo índice les da vida.

Mi principito.

Vamos a contar las flores aunque sean efímeras y a domesticar a los zorros aunque sean salvajes y los haremos únicos. Después devolveremos los peces al río.

Mi principito.

No vuelvas a tu planeta, quédate siempre conmigo. Tendremos estrellas que saben reír, constelaciones de poesía, pepitas de oro.

Mi principito.

No te avergüences nunca de tu corazón tan blanco, de tu alma tan rubia, de tu rostro tan puro.

Si por lo menos tuvieses espinas.

Porque eres el milagro de la bondad y la intuición imposible en el hombre.

Mi amor, mi niño, mi ángel.

Ojalá tuvieses espinas.

XXXIV

En julio de 2013 el papá de Otto abandonó Ginebra y, por fin juntos, nos mudamos a una casa en una urbanización de Pozuelo. Tuve la impresión, por primera vez, de echar raíces, de librarme de la transitoriedad y el nomadismo. Desde que me fui de mi pueblo a estudiar a otra provincia con catorce años no había vuelto a conocer la rutina. Había vivido en un internado en Santiago de Compostela, en un internado en el Reino Unido, en un colegio mayor de Madrid, en una residencia en Holanda, en otra residencia de Suiza, en un piso de estudiantes en la zona de Moncloa, en el piso de mi novio (ahora marido) en la calle Viriato, en Haití, en Luxemburgo, en Ginebra. Estábamos en 2013 y yo vivía desde el 1994 en permanente cambio de residencia, libre y desarraigada geográficamente. Desde mi nueva habitación veo un árbol que se viste de color rosa en primavera y pienso «mi árbol rosa ya está en flor», como si el vestido se lo hubiese diseñado yo. En la entrada he puesto papel pintado, también en el baño de invitados, estampado floral con pavos reales. Mi baño, me digo a mí misma, como si nunca hubiera tenido otro.

El día que estrenamos la casa, ya en otoño, Currusquiño se lanzó a la piscina, resuelto y optimista, completamente vestido y sin darnos tiempo a reaccionar. No sabía nadar. Entonces tomé la determinación de apuntarlo a un curso de natación. Mejor, de ir a nadar con él todos los sábados. Mientras Ottiño chapoteaba con el monitor y el resto de los niños, yo nadaba vigilante en el carril contiguo.

Recuperé mi coche descapotable y nos desplazábamos siempre con la música muy alta, cantando las canciones que la radio emitía al azar. Ahí descubrí la facilidad de mi hijo para aprenderse las letras y lo mucho que le entusiasmaban las melodías. Seguía hablando muy poco, nunca recordaba lo que había comido ese mismo día o el nombre de sus compañeros de clase, pero reconocía las canciones en los primeros segundos de emisión, a menudo antes que yo, y se aprendía la letra con inesperada facilidad. Le encantaba viajar en nuestro coche con alma de barco, sentir el viento y el sol en la cara, la velocidad. La felicidad viaja en descapotable y yo sentía a mi hijo vivir esa felicidad. Me miraba con arrobos, me cogía la mano apoyada sobre las marchas (¡es automático!), reía y sonreía, cantaba y levantaba los brazos, me besaba la mano, a veces, y bailaba al ritmo de la música. En esos momentos lo sentía más cerca de mí que nunca, realmente juntos en la misma orilla del planeta, nos encontramos en el lenguaje universal de la felicidad, de la música, de la risa, de la complicidad. Y quizás eso era suficiente, que Otto fuera feliz bastaba, porque la vida es bonita y no hay que pedirle otra cosa.

XXXV

Entrar en el colegio Areteia no fue tan fácil como habíamos creído, evaluaron a Otto durante diez días y examinaron sus informes médicos. Como me explicó la directora del centro, no ofrecían educación especial, las dificultades de sus alumnos eran leves: dislexia, hiperactividad, déficit de atención; no admitían a alumnos con graves trastornos. Tenían dudas con nuestro hijo, que además no se dejaba valorar ni podía permanecer sentado mucho tiempo. Cuando por fin nos comunicaron que Ottiño estaba admitido en el curso, rompí a llorar en el despacho de la directora como si aquella fuera la decisión más trascendente de mi vida y, en cierto modo, sí lo era. Habían expulsado a nuestro hijo de su primer colegio, y si no lo admitían en el que nos había recomendado la psicóloga de atención temprana de Pozuelo, nos quedábamos sin opciones. El otro colegio recomendado, Dionisia Plaza, era público y no admitía nuevos alumnos por algún tipo de disconformidad con el ministerio del que dependía. Excluir a Corazón de Cachelo de la educación ordinaria a la edad de cinco años, y sin haber sido diagnosticado previamente, me producía pánico, guardaba la esperanza de que en algún momento descubriríamos lo que le pasaba y podríamos tratarlo, de que en algún momento Otto comenzaría a hablar como los demás niños y pudiera alcanzarlos en su madurez.

La admisión en el colegio Areteia nos supuso un gran alivio. Ottiño volvía a irse al autobús contento y estaba perfectamente integrado. Eran cinco niños por aula, recibían apoyos de logopedia y psicomotricidad, los docentes estaban especializados en problemas de aprendizaje. Nosotros, además, tuvimos la suerte de caer en manos de A., una profesora muy paciente y con gran vocación. Nos llamaba con mucha frecuencia para informarnos de la rutina de nuestro hijo, de lo que hacía cada trimestre. Nos comentaba sus dificultades, pero también sus pequeños avances, su extraordinaria ternura, lo sensible y perfeccionista que era, a pesar de sus problemas de atención y memoria, su firme voluntad por participar en clase y entablar amistad con sus compañeros. Nos dimos cuenta de que conocía a Otto, de que había sabido verle y mirarle. Identificaba las dificultades en la formación de Ottiño y las abordaba con una nueva metodología, con nuevo material didáctico. Su trabajo era tan exhaustivo y minucioso que nos quedábamos felizmente agotados en cada reunión y conversación telefónica. A. también estaba en permanente contacto con la logopeda que Otto seguía recibiendo en casa.

En aquella época, empezamos a tratar el TDAH con medicamentos. Conseguimos que Currusquiño pudiera concentrarse y reducir su excesiva actividad motora en su horario escolar.

XXXVI

Si algo sabíamos sobre el aprendizaje de Otto era que solo recordaba lo que realmente le interesaba. Manejaba palabras poco corrientes como «iglú» o «esquimal», pero no acertaba el nombre de las distintas frutas que consumía habitualmente. Seguía confundiendo el nombre propio de las personas que veía diariamente, pero nunca fallaba el nombre de un personaje de ficción o el de los juguetes de los anuncios. Comenzamos a trabajar con cuentos. Otitiño entraba completamente en las historias y retenía el vocabulario.

—¿De qué hizo este cerdito su casa? —le preguntaba, después de finalizar el relato, señalando la ilustración.

—De ladrillo —acertaba mi hijo.

—¿Por dónde entró el lobo?

—Por la chimenea.

—¿Qué le pasó cuando bajó por la chimenea?

—¡Se quemó el culo! —Currusquiño se partía de risa.

Con los cuentos conseguíamos que prestara atención, que respondiese a lo que se le preguntaba, que empleara más vocabulario, así como frases más largas y complejas que en su uso cotidiano. Su profesora A., su logopeda L. y nosotros empezamos a estimular su lenguaje y razonamiento desde sus intereses particulares. Cada noche contábamos un cuento; al apagar la luz, Otto decía: «¿Me cuentas otro, mamá?». Entonces yo improvisaba un título y una historia en la que él era el protagonista: «Érase una vez un niño muy guapo y muy bueno que se llamaba Otto. Otto vivía en una ciudad muy grande y divertida que se llamaba Madrid e iba a un colegio lleno de niños traviesos que se llamaba Areteia».

Mi historia cambiaba cada día y Corazón de Cachelo me interrumpía para preguntar los detalles que a él le suscitaban curiosidad o para hacer comentarios: «¿Tenía perro?», «¿Había fantasmas?», «¡Qué miedo!».

Cada noche, su padre y yo nos maravillábamos del uso de algún vocablo, de alguna expresión. Las palabras que no conseguíamos arrancarle de día en la vida real fluían misteriosamente por la noche en la ficción.

Pronto probé a dejar huecos en mis frases para que mi hijo los rellenara con una palabra o una idea. Siempre entraba en el juego:

—A Otto le gustaban mucho...

—¡Las chuches! —continuaba él.

—Por eso siempre se las compraba...

—¡Mamá!

Abrazados bajo el edredón, con la luz apagada, inventando historias, sentía venir el sueño de mi hijo, volatilizarse su irascibilidad, dejarse ir plácidamente.

Además de estos pequeños avances en la expresión verbal, con esta nueva rutina conseguíamos meterle en la cama, a menudo se resistía a irse a dormir, y a relajarle cuando oponía una fuerte resistencia a quedarse tumbado.

—Si quieres otra historia, estate quieto y cierra los ojos.

Corazón de Cachelo se incorporaba en mitad del discurso; entonces yo me quedaba en silencio y él volvía a tumbarse.

Los cuentos eran sus nanas y también una moneda con la que comprar su buena conducta.

XXXVII

En una fiesta de cumpleaños de Otto que celebramos en el jardín de casa y a la que acudieron muchos amigos del colegio, conocí a una madre que me impresionó. Vivía completamente instalada en el mundo sumergido de las madres desesperadas con niños imperfectos. Su hija S. tenía graves dificultades para hablar, pero también para caminar. No podía ingerir numerosos ingredientes como el gluten, la lactosa o el azúcar, creo recordar. Según su madre, cada tipo de alimento prohibido podía desencadenarle una reacción fatal, desde la intoxicación hasta la asfixia, por lo que no podía comer nada de lo que yo había dispuesto sobre la mesa y se trajo su propio pastel. Además, S. necesitaba supervisión continua. Era obediente y estaba acostumbrada a no tocar nada a lo que su madre no hubiese dado el visto bueno previamente, pero el riesgo y la tentación eran demasiado grandes como para relajarse siquiera unos minutos. También me contó que había dejado su trabajo de auditora para dedicarse exclusivamente al cuidado de su hija, que se había formado profesionalmente para atenderla mejor, que seguía varios tratamientos, uno con una máscara de oxígeno, que visitaba a tales especialistas, que acudía con frecuencia al colegio para poder observar a la niña en el patio porque estaba convencida de que era objeto de acoso por otros niños. Aquel intenso relato plagado de nombres de médicos, terapias y métodos en medio de los globos, el pirata, la piñata y los juegos infantiles me impactó y me conmovió. Pensé que el amor y la protección que sentía hacia S. de alguna manera la estaban enloqueciendo, que había dejado toda su vida de lado para convertirse en enfermera a tiempo completo. ¿Le convenía realmente esta actitud a su hija, que cumplía semanalmente con una agenda repleta de tratamientos no convencionales, visitas médicas y ejercicios? ¿Debía hacer yo lo mismo con Ottiño? Me comentó que tras años infructuosos intentado enseñar a leer a su hija, un neuropediatra de Barcelona lo había conseguido con un sistema alternativo de aprendizaje que ella misma aplicaba en casa, y decidí llevar a mi hijo a la consulta de aquel prestigioso médico catalán. La continua duda de «¿Y si él da con la respuesta?» siempre planea sobre mi cabeza. La esperanza de que algún médico o algún tratamiento puedan erradicar todos nuestros problemas. Vi nítidamente en la mirada de aquella madre todas las horas de lectura atascadas en sus ojos, el insomnio, el sobreesfuerzo, la lucha sin tregua, el sacrificio sin descanso, la resistencia hacia la hostilidad del mundo. Vi el peligro de vivir permanentemente ahogado en el mundo sumergido de las madres desesperadas que se encomiendan a todo lo que pueda dar un atisbo de esperanza, lo vi y me produjo admiración, pero sobre todo miedo. Como si ese mundo sumergido pudiera succionarte y retenerte para siempre. Todos necesitamos una madre feliz, o por lo menos que finja serlo. De ella adoptamos nuestra actitud ante la vida, la musicalidad de la infancia.

XXXVIII

Llamé a la consulta del doctor catalán y acepté la primera cita disponible un lunes a primera hora. Otto, su papá y yo aterrizamos en Barcelona la mañana del domingo anterior. Era la segunda vez que visitaba la ciudad. En la ocasión anterior había ido con mi marido un fin de semana durante nuestro noviazgo, quizás la época más feliz de mi vida, cuando estrenaba un mundo charolado, todas las noche había verbena y cada mañana cumplía su promesa de júbilo y belleza, cuando soñaba con ser escritora, cambiar de país de residencia con cierta frecuencia y zafarme de la mediocridad de la vida. Encontrándonos el uno al otro habíamos tropezado no solo con la felicidad, sino también con la suerte.

«Cuando seas escritora tendrás que venir mucho a Barcelona, aquí están casi todos los editores, podríamos comprarnos una casa», me había dicho el papá de Otto en nuestro primer viaje.

Y a mí me pareció bien porque la ciudad era preciosa, estábamos enamorados y sentíamos que juntos podríamos conseguir cualquier cosa que nos propusiéramos. Crecidos, acrisolados, con fiebre de nosotros mismos.

Habíamos vuelto a Barcelona, esta vez casados y con la única ambición de que nuestro Ottiño pudiese hablar y crecer como el resto de los niños.

¿Cuánto tiempo cabe en los siete años transcurridos entre ambos viajes? ¿Cuánto habíamos cambiado en menos de una década?

Paseamos por la ciudad y comimos en el puerto, bajo una luz acuosa preñada de verano y de mar. Pedimos arroz y gambas, sacamos fotos en la terraza. Parecíamos turistas en un plácido y feliz domingo. La fluctuante y selectiva memoria de nuestro hijo se aplicaba también a los alimentos. Pedía gambas y «ebes» (percebes), aunque los hubiera comido en pocas ocasiones, porque le entusiasmaban. Otros alimentos mucho más cotidianos no tenían nombre para él porque no le interesaban especialmente. Su memoria siempre tan ligada a sus emociones. Su inmenso corazón dictando en su mente lo que importa y lo que no. Lo imprescindible y lo accesorio. Gambas, imprescindibles. Pollo, innecesario. Yo, que he necesitado entrar de lleno en la edad adulta para poder apreciar el placer de la gastronomía, he descubierto con mi hijo el inesperado y extraño placer de ver comer a alguien que amas. Otto nunca ha sido glotón, pero siempre ha tenido un paladar adulto. Desde bebé ha disfrutado del pescado, de la fruta, de la verdura. Pide mandarinas, lechuga, zanahoria cruda, jamón, mojama. Le ofrecen helado de postre, pero él prefiere la piña natural o el melón. Sabemos que se ha abalanzado sobre las cerezas de forma furtiva cuando le vemos pasearse ufano con las manos y la boca perdidas de sangre de picota, porque las degusta a mordisquitos, pero a gran velocidad, sin saber que es la manzana y no la cereza la fruta prohibida. Le sirven croquetas, pero él insiste en que quiere más ensalada, más pimiento crudo y tomate. Me reconcilio con mi infancia y las horas mortecinas de castigo sentada

a la mesa frente al filete frío y descuartizado, enterrado bajo las patatas, en la servilleta o dentro de los bolsillos. Horas de soledad en la cocina y repugnancia hacia los alimentos que agonizaban en mi plato. Veo comer a mi hijo y me contagio de su fogosidad gastronómica, del concupiscente placer de verle alimentarse.

El lunes entramos en la consulta del médico especializado en desarrollo infantil y respondimos a la misma batería de preguntas a propósito del embarazo, el parto, la evolución de Otto, sus capacidades y su comportamiento. El doctor concede mucha importancia al hecho de que nuestro bebé comenzara a caminar pronto sin haber, apenas, gateado antes (maldito andador, recuerdo nítidamente al párvulo correteando de un lado a otro de la casa de Luxemburgo sostenido por un simpático artilugio con ruedas). Constata nuevamente su hiperactividad, su facilidad para distraerse, su escaso lenguaje y, por primera vez, nos hablan de su conducta desafiante. Corazón de Cachelo con frecuencia hace lo que le pides expresamente que no haga. Se opone firmemente a las imposiciones y a las órdenes. Nosotros habíamos reparado en este patrón de comportamiento, pero nunca habíamos creído que fuera un rasgo significativo. Si le decía a Ottiño, por ejemplo, que no tocara las marchas del coche, lo hacía constantemente durante todo el trayecto, sin quitarme el ojo de encima, riéndose cada vez que le reñía, pendiente de mi supervisión, como si fuera el juego de «Simón dice», pero al revés. Nos habíamos acostumbrado a su desobediencia y aunque en ocasiones agotaba nuestra paciencia no creíamos que pudiera ser un síntoma de algo. El experto no se aventuró a darnos un diagnóstico ni a explicar las causas que podrían haber originado la atípica evolución de nuestro hijo, pero sí nos dio una extensa tabla de ejercicios para trabajar su lateralidad, numerosa homeopatía en gotas que debíamos mezclar en casa nosotros mismos, la receta de un aceite de omega 3 que teníamos que darle cada mañana y la recomendación de volver al método Tomatis.

Durante meses obligamos a nuestro hijo a gatear hacia delante, hacia atrás, de lado, a arrastrarse como una serpiente con todos los miembros pegados al suelo, a caminar con un pie frente al otro como si estuviera sobre una cuerda floja, a saltar a la pata coja, también con los ojos cerrados, a rodar como una croqueta, a pisar en la parte del suelo que correspondiese a la orden verbal (dentro o fuera). Al principio le costaba un poco hacer estos ejercicios correctamente, cumplir con la rutina, pero, a los pocos días, los ejecutaba casi sin esfuerzo. Al parecer, según nos explicó el experto, Otto se había saltado una etapa fundamental en su desarrollo, la lateral, que corresponde al gateo, y con estos ejercicios podríamos mejorar su estructura nerviosa, integrar y desarrollar su lenguaje y su razonamiento.

No notamos ninguna mejoría. Tampoco con la homeopatía que tomó durante un año, ni con las nuevas sesiones de Tomatis, que ahora recibía en Pozuelo, eso sí, digitalizadas, con aparatos mucho más sofisticados, fáciles de manejar y modernos que los que habíamos empleado en el centro de Atocha y en tratamientos de pocos meses, paradójicamente, mucho más baratos. El omega 3, como era simplemente un suplemento alimenticio, lo mantuvimos varios años aunque desde aquella consulta, en casa se prepara salmón todas las semanas del año.

XXXIX

—Había una vez... —comencé mi relato apretándome al cuerpo siempre serpenteante de mi hijo en la cama.

—... un niño que se llamaba Otto —continuó él, rellenando los huecos que mi relato dejaba siempre a propósito.

—Otto era un niño muy guapo y muy bueno y sus papás...

—... le querían mucho.

Yo escuchaba a Currusquiño sonreír en la oscuridad al pronunciar algunas frases.

—Ottiño iba a un cole genial lleno de niños traviosos y cada día era una gran...

—... aventura.

—Exacto, una gran aventura. A los niños traviosos siempre les pasan cosas divertidas y emocionantes.

—¿Como qué? —preguntaba, intrigado, dando un pequeño salto. Yo intuía que abría sus ojos.

—Cierra los ojos y te sigo contando.

—¡Vale!

Entonces suspiraba ostentosamente ante aquel tremendo fastidio de estarse quieto y tener que esperar.

—Otto y sus amigos del cole escucharon desde el patio a un perro ladrar, así que decidieron ir a buscarle al bosque.

—¿Al bosqueeeeeee?

—Sí, al bosque. Entonces comenzó a hacerse de noche y se perdieron. No encontraban el camino de vuelta a Areteia y tenían frío y hambre y también un poco de miedo.

—¿Y el perro?

—No lo encontraron, dejó de ladrar, quizás era un perro fantasma.

—¿Y qué pasó?

—Pues que los niños se perdieron y era de noche. Sindo echaba de menos a sus papás y Javi lloraba porque hacía frío y no llevaba chaqueta.

—¿Y Otto?

—Otto no tenía miedo porque era un niño muy...

—¡Valiente!

—Muy bien, valiente, era muy valiente y llevó a sus compañeros de regreso al colegio porque tenía un gran sentido de la orientación y siempre descubría el camino que había que seguir.

—¡Toma ya! —Mi niño se reía—. Más, cuéntame más.

—Pues en el cole esperábamos los papás muy enfadados y preocupados. Como los niños habían desaparecido, los papás estábamos muy tristes. La mamá de Otto le riñó mucho porque se

había escapado y eso no se hace, no está bien escaparse, pero también le dio un gran abrazo porque le quería mucho y se sentía feliz de volver a verle.

—Sí. Mamá, cuéntame otro.

—Es hora de dormir.

—¡Uno, solo uno, el último! —imploraba cada noche.

—El último. Último de verdad. ¿Lo prometes?

—¡Lo prometo! —decía casi a gritos.

—Había una vez un niño muy guapo y muy bueno que se llamaba...

—Otto.

—Otto vivía en una casa muy bonita con jardín y piscina, con sus papás y su perro...

—Guirlache.

—Otto tenía muchos juguetes y muchos cuentos y una profesora muy buena. Pero había algo que no tenía y que era lo más importante de todo.

—¿Qué?

—Un hermanito.

—¿Un hermanito?

—Sí, un hermanito para jugar y compartir todos tus juguetes. Un amigo para siempre. Otro niño en casa. ¿Quieres tener un hermanito, Otto?

—Sí.

—Pero tendrás que cuidarle mucho y quererle siempre.

—Sí.

—Vamos a pedírselo a la estrella. Un hermanito, el mejor de todos. Como un deseo. Pídelo.

—Quiero un hermanito.

Así, apretados innecesariamente sobre una cama grande, bajo el edredón y la oscuridad, formulamos nuestro deseo a las estrellas.

XL

Durante los nueve meses que duró la gestación, le hablamos a Corazón de Cachelo de los cambios que traería la llegada de su hermano, incluso compré un cuento para explicárselo con imágenes. Si casi todos los niños que dejan de ser hijo único sufren el síndrome del príncipe destronado, era previsible que Otto lo padecería con más virulencia. Había disfrutado de toda nuestra atención durante seis años y su forma de pensar era especialmente rígida. Además, era muy sensible a los imprevistos, a las personas nuevas, a las modificaciones en sus horarios, a cualquier cambio. Todo le afectaba y le ponía nervioso. Temíamos que la ampliación de nuestra familia le produjera ansiedad o malestar. Durante el embarazo, Ottilio solo mostró curiosidad y afecto por el bulto que crecía en mi cuerpo.

—Mira, Currusquiño, aquí está el hermanito. ¿Quieres tocarle?

Mi hijo se acercaba expectante y ponía su manita sobre mi vientre, sonreía y le daba un beso.

—Dile que le estamos esperando, pero que no tenga prisa en salir, tiene que crecer.

Otto se reía y le daba palmaditas a mi barriga, a menudo apoyaba su cabeza sobre ella.

Los sábados nos íbamos a nadar. Ottilio en su curso de natación y yo en el carril de al lado.

—Cuando nazca tu hermano se unirá a nuestro grupo de deportistas, vamos a hacer muchas cosas juntos.

—Sí.

Corazón de Cachelo parecía conforme e ilusionado con la idea de ser cuatro hasta que llegó la hora de la verdad.

Alejo nació por cesárea en el Hospital Puerta de Hierro el 28 de octubre de 2014. Era la segunda vez que vivía un alumbramiento y, sin embargo, los sentimientos fueron idénticamente exuberantes e inéditos. Sentí el mismo flechazo al ver al bebé. Lloré de felicidad por segunda vez en mi vida. Estuve un par de días ingresada, y cuando Otto vino a verme entró en la habitación hecho una furia. Quiso pegarme a mí y al recién nacido. Su ira y su violencia eran imposibles de sosegar. Se lo llevaron a casa y le escuché gritar en los pasillos. Al día siguiente insistí en que le volvieran a traer, pero su enfado no se había mitigado. Me gritó y quiso arañar a su hermano. No había forma de controlarle, pataleaba, insultaba, gritaba, no quería estar con ningún familiar. Acortamos su visita nuevamente porque estaba demasiado agitado.

Cuando regresamos a casa, Otto cambió su actitud hacia nosotros. Volvió a ser el niño cariñoso de siempre, a querer dormir conmigo, a besarme y a abrazarme, a querer estar con el bebé a todas horas. No le gustaba que la niñera o cualquier otra persona lo cogiera en brazos, se enfadaba y decía «es mi bebé», como si tuviera miedo de que se lo llevaran. Cuando Alejo lloraba, Otto quería consolarle, cuando estaba despierto, quería jugar con él.

Pobriño, pensé, creía que no volveríamos a casa. Qué otros pensamientos podrían estar torturándole.

XLI

Como todos los sábados desde hacía casi dos años nos fuimos a la piscina cubierta del gimnasio B. F. en Pozuelo. Ottiño iba contento, había aprendido a nadar con bastante facilidad y disfrutaba de la compañía de los otros niños del curso. Como yo estaba inscrita en el centro, al que acudía a hacer ejercicio varias veces por semana, tenía derecho a usar la piscina y, a diferencia de los otros papás, no tenía que seguir la clase a través de un cristal situado a dos plantas de distancia. Aquel sábado empezaba el nuevo semestre. Como era habitual, la clase se inició con diez minutos de retraso. Yo ya había dado quejas a la jefa de piscina porque de los treinta minutos de curso al final solo se impartían veinte; además, eran cada vez más niños con el mismo profesor que trabajaba con ellos en muchas ocasiones de manera individual por lo que los pequeños pasaban más tiempo fuera que dentro del agua. Yo me había quejado a la coordinadora de natación, que ya me había dicho en una ocasión que si no estaba de acuerdo con la metodología podía contratar a un entrenador personal para que diera clases particulares a mi hijo. El caso es que aquel sábado volví a quejarme de la impuntualidad y cuando Ottiño se metió en la piscina yo comencé también a nadar. Llevábamos muy poco tiempo en el agua cuando la jefa de los cursos me hizo un gesto con la mano para que me acercara a ella, me aproximé hasta el borde, entonces se agachó para que pudiera oírla bien y me dijo:

—Deberías habernos avisado de que tu hijo no es normal, no sabemos qué hacer con él ni cómo tratarlo.

Esa fue la época en la que Otto comenzó a tener estereotipias, lo busqué con la mirada y lo vi aleteando con las manos, dando pequeños saltitos, como suelen hacer los niños con autismo. Le pasaba cuando se ponía nervioso, lo había visto en casa, pero era la primera vez que lo hacía allí.

—Mi hijo es normal a pesar de sus dificultades e hiperactividad y simplemente debéis tratarle con normalidad —me justifiqué en un tono firme, intentando contener la ola de rabia incipiente que sentía trepar hasta mi cabeza.

—No podemos tratar a tu hijo con normalidad porque tu hijo no es normal, aquí no podemos hacer nada con él.

—Es el tercer semestre que viene a nadar y nunca ha habido ningún problema, en el colegio y en casa se le trata con normalidad, que es como hay que tratarlo —espeté, tajante

—Si a ti no te preocupa tu hijo, a mí menos.

Terminó su frase lapidaria, se puso de pie y se marchó dejándome sola y en remojo con mi indignación y mi cólera, con la palabra en la boca y sin derecho a réplica.

Pensé en seguir nadando, fingir durante media hora que nada había pasado, calmarme, esperar a que Otto terminara su clase y volver tranquilamente a hablar con ella otro día, aunque solo fuera para hacerlo seca y vestida, dignamente. Deseché este pensamiento a los pocos segundos porque ya sabía que la ira se había apoderado de mí y no tenía más elección que

obedecerle; estaba temblando, notaba el repentino calor en mi rostro, las lágrimas empujando desde la garganta, los latidos de mi corazón golpeando frenéticamente en mis sienes. No podría esperar ni cinco minutos más. Salí de la piscina, plenamente consciente de lo ridícula que debía de estar con aquel gorro de silicona en la cabeza, completamente empapada. Me dirigí hacia la encargada de los cursos y, en un tono muy poco conciliador, la acusé de ser mala persona y una pésima profesional, le dije que la discriminación era un delito, que lo anormal es que alguien como ella trabajase con niños. Me respondió con una sonrisa displicente y me amenazó con echarme del recinto. Allí mandaba ella. Miré hacia Otto y comprobé que estaba pendiente de mí, me miraba fijamente, asustado, seguía aleteando; supe que él entendía que algo no iba bien, comprendía perfectamente mi lenguaje corporal y se estaba contagiando de mi estado de ánimo. No recuerdo si ridiculicé la estúpida cuota de poder de la que aquella mujer presumía cuando me amenazaba con poder expulsarme, no sé si lo hice o solo lo pensé, pero sí recuerdo haber sentido prisa por irme al vestuario a calmarme y, sobre todo, para desaparecer del campo de visión de Ottiño.

Cuando por fin me encontré sola comencé a llorar sin contención, igual que lloran los niños, estrepitosamente y con hipo, no de tristeza, sino de odio y de rabia. Habían utilizado a mi hijo como arma arrojadiza en un enfrentamiento personal. Otto era mi talón de Aquiles, el blanco fácil para «ponerme en mi sitio». Intenté inútilmente recomponerme y sosegarme para hablar con el encargado del gimnasio antes de que Corazón de Cachelo terminara la clase. Sabía que sería imposible, así que aún con la cara desencajada, pero al menos seca y vestida, pregunté por él en recepción. Me dijeron que lo encontraría el lunes por la mañana. Recogí a Currusquiño y le llevé a casa, esforzándome para no romperme por el camino. Me miró alarmado y me preguntó:

—¿Qué pasa mamá?

—No pasa nada, mi ángel.

XLII

El lunes a primera hora acudí al despacho del gerente del gimnasio B. F. de Pozuelo y le conté, atropelladamente por la emoción, lo que había ocurrido el sábado. El dolor seguía candente en mí, los quiebras en la voz lo hacían obvio, intenté adoptar un tono más neutro, menos vehemente, pero no pude. Escuchaba el oleaje embravecido de mi voz y sentía que toda la virulencia de mi cuerpo estaba saliendo a flote. No había pensado en otra cosa durante todo el fin de semana. El incendio de la indignación seguía activo calcinando mi sistema nervioso.

El gerente se mostró sorprendido, pero cordial. En algunas partes del relato no disimuló su incredulidad:

—¿Pero entonces tú estabas nadando cuando ella fue a hablar contigo?

—Sí, yo estaba nadando porque soy socia del gimnasio.

—Dentro del agua.

—Sí, en la piscina, dentro del agua.

Lo que más le había llamado la atención era el hecho de que la breve conversación fuese improvisada e informal.

Me aseguró que hablaría con ella, me pidió que volviese al día siguiente. Así lo hice.

—Bien, me ha contado lo que pasó y sabe que lo ha hecho mal, no debió decir lo que dijo; si quería comentarte algo sobre tu hijo, tenía que haberte citado en otro momento y en otro lugar, pero ella no puede expulsar a ningún niño del curso, puedes seguir trayendo a Otto a natación, por eso no te preocupes.

—No quiero traer a mi hijo aquí después de haber sido señalado e insultado, donde a mí se me ha juzgado como madre e incluso se me ha amenazado con echarme. Ella lo ha expulsado del curso, según sus propias palabras, porque no es normal ni puede ser tratado con normalidad. Es muy grave.

—Su profesor del semestre pasado también me ha dicho que ha intentado hablar contigo muchas veces, pero no era posible.

Con esta acusación nuestra conversación cambió drásticamente de tono. Sentí las llamas reavivarse con inesperado vigor.

—¡Eso es mentira! Traigo y recojo a mi hijo de la piscina cada día, le pregunto siempre al profesor cómo ha ido, cómo se ha portado, cómo ha trabajado, soy yo la que está detrás de él para sacar algo de información.

—Él no dice eso.

—Pues está mintiendo para justificar a su jefa. La discriminación es un delito y no podéis mirar hacia otro lado. Una persona carente de cualquier tipo de sensibilidad y empatía no puede trabajar con niños.

Entonces el gerente me advirtió en un tono tranquilo, desconcertantemente cortés:

—Tenemos muchos y muy buenos abogados, también podríamos conseguir el testimonio de muchos padres satisfechos con los cursos.

Recogí el guante que me había lanzado y di por terminada la reunión.

—Está bien. Quiero el libro de reclamaciones y el documento que acredite la baja del curso.

Esta vez mi voz sí acompañó mi discurso. No me sorprendió mi propio tono asertivo, firme, inapelable. Siempre encuentro una fuerza poderosa que sale a defenderme, incluso a suplantarme, cuando más la necesito.

XLIII

Rellené la hoja de reclamación resumiendo nuevamente y con letra apretada lo que había ocurrido el sábado. Exigí la devolución del pago de la matrícula del curso infantil, así como la parte proporcional de mi abono anual. El gerente firmó la hoja, pero no quiso añadir ni comentar nada en la parte prevista para su versión del conflicto. Me aseguró que no recuperaría el dinero que reclamaba.

—Eso lo decidirá Consumo —respondí cortante. Lo que me habita de salvaje y bárbaro se había comido a la madre melindrosa que imploraba justicia entre frases entrecortadas. También me llevé el documento que acreditaba la baja de Otto en el curso de natación con fecha del fatídico sábado. En esta ocasión, solo aparecía la firma del encargado del gimnasio. Yo no había solicitado el cese del contrato, habían expulsado al niño, no nos habíamos ido voluntariamente y quería dejar constancia.

El papá de Otto se puso en contacto con CERMI, el Comité Español de Representantes de Personas con Discapacidad para que nos asesorara en nuestra demanda por discriminación. Nos explicaron que, en estos casos en los que existen indicios, el peso de la carga corresponde al demandado y no al demandante, es decir, era el gimnasio el que debía demostrar que no había discriminado a nuestro hijo y no nosotros los que debíamos demostrar que sí lo había hecho. Les pedí que me recomendaran un abogado con experiencia y me facilitaron el número de uno con el que habían trabajado. Hablamos por teléfono y unas semanas más tarde nos reunimos en su despacho. Sabía que sufría algún tipo de discapacidad y que estaba familiarizado con la discriminación, no solo profesionalmente, sino también en lo personal; él mismo me lo había dicho. Iba en silla de ruedas. Mi entusiasmo casi eufórico comenzó a descender a medida que avanzaba la reunión. Él no podría llevar nuestro caso por exceso de trabajo, lo haría la compañera allí presente bajo su supervisión. Nuestras posibilidades de ganar en un juicio no eran demasiado altas, detalló; no podíamos presentar a ningún testigo, ya que ningún otro padre había presenciado la conversación en la piscina. Era más que probable que ellos, en cambio, presentasen testigos que avalaran la versión de la encargada de natación, los monitores que estaban allí no iban a morder la mano que les daba de comer. «Otro problema que se nos plantea —nos instruyó— es que debemos fijar una reclamación económica, una compensación. ¿Cómo podemos justificarla? Si pudieras demostrar que, a raíz de este hecho, Otto necesita tratamiento psicológico, por ejemplo, pero no es así, ¿verdad?».

Yo no tenía ningún interés en obtener una indemnización económica, yo quería que despidieran a la jefa de piscina, pero esa reclamación no procedía. Entonces reparé en un nuevo problema. ¿Qué pasaría si llevasen el testimonio de algún alumno con discapacidad? ¿Eso minaría mi credibilidad? La respuesta fue tajante. «Sí, mucho». Pensé con fastidio que era muy injusto. No

había visto a ningún niño en la piscina con ninguna dificultad aparente, pero no podía descartar que lo hubiera o incluso que lo hubiera habido en cursos anteriores.

Salimos desmoralizados de aquel despacho. La abogada que llevaría nuestro caso tampoco nos dio buena impresión. Mientras el abogado se centraba puramente en los detalles relevantes, en las cuestiones legales, y hablaba de pruebas, de testigos, de hechos, ella entorpecía la conversación con asuntos puramente personales, nos hablaba de su hijo con déficit de atención, de la lucha de las madres por sacar adelante a «estos niños», de la hostilidad de algunos docentes, me hacía preguntas irrelevantes sobre Otto con exagerado matiz maternal. Entendí que quería empatizar conmigo, hacerme saber que no era indiferente a mi situación, que sabía por lo que yo estaba pasando, pero aquella emotividad me disgustaba. No buscábamos sentimentalismo, apoyo moral ni mucho menos compasión.

Después de meditarlo un par de semanas decidimos cambiar de estrategia.

XLIV

Otto sintió adoración por Alejo desde el primer día que abandonamos el hospital; no quería separarse de él ni soportaba que los demás, salvo su papá y yo, le cogieran en brazos. Se enfadaba, pedía a gritos que soltaran al bebé, decía que era suyo. «Mi bebé, dame a mi bebé».

Le gustaba abrazarle, besarle, le miraba mientras jugaba o dormía y sonreía embelesado, después le vencía la impaciencia y quería despertarle. Cuando salíamos a la calle, Ottilio insistía en empujar él solo la sillita: «A mí, a mí, déjame a mí». Si algún transeúnte se acercaba a hacer carantoñas al bebé, su hermano se lo quitaba de encima abruptamente. «Ya, ya, vete por favor», decía molesto, alzando la mano para poner énfasis a la orden. Yo sabía que su miedo a que nos lo arrebatasen era real.

Pero también sufría celos, como casi todos los hermanos, y lo manifestaba pidiendo el mismo trato o bien portándose mal para ser el centro de atención. Sus rabietas fueron más frecuentes y más iracundas. Nos reclamaba que le llevásemos en brazos, se sentaba a la hora de comer sobre nuestro regazo, a veces quería beber del biberón o llevar chupete. Corazón de Cachelo quería ser bebé y nos lo decía: «Soy un bebé».

Fui verdaderamente consciente del desarrollo atípico de Otto a medida que Alejo iba creciendo. Jojó, como nosotros le llamamos, comenzó a hablar con fluidez a los dos años. Se portaba casi como un adulto: le gustaba tomar sus propias decisiones, incluso las que no le correspondían. Elegía su ropa, su pijama, su toalla, la silla en la que quería sentarse cuando salíamos a comer fuera, hasta quién empujaba su carrito. Nos maravillábamos de las cosas que aprendía solo, de su marcada personalidad. Estábamos tan acostumbrados a Ottilio que no sabíamos qué era lo habitual y qué no. Cada semana le comentaba los progresos del bebé a mi madre y siempre me oía repetir, ¿son así todos los niños? Tenía la impresión de que se estaba criando solo. Alejo tenía prisa por crecer, por asumir responsabilidades, por ejercer de hermano mayor. Le gustaba ordenar, limpiar, ayudarnos en cualquier tarea, cuidaba de sus cosas, era responsable y tenía noción del peligro. Estaba pendiente de todo lo que le rodeaba. Si veíamos una película, él era Batman y su hermano era Robin. Si leíamos un cuento, él era Peppa Pig y Otto era su hermano pequeño George. «Mira, mamá, yo y Otto», decía señalando un dibujo. Siempre se pedía el más alto, el más fuerte, el mayor. «No, corazón, tú eres el bajito porque eres más pequeño», le corregía. «No, yo soy este. ESTE», protestaba. A Currusquiño le daba igual ser un personaje u otro, todo le parecía bien, a diferencia del benjamín de la casa, a él le gustaba dejarse llevar, solo imponía su criterio en las pocas cosas que realmente le interesaban, entonces era intransigente. Pronto hubo en casa dos bandos claramente diferenciados: papá y Alejo, los hacendosos, comprometidos con el orden, guardianes del *statu quo*, de los protocolos, de la propiedad privada, de la contabilidad y jerarquía de la vida, vigilantes de los movimientos de los vecinos y las plazas de aparcamiento que utilizaban, racionales, y el bando de los turulatos, Otto y

yo, caóticos, dispersos, torpes, concentrados en nuestras cosas, desordenados, incómodos con las normas, inmersos en nuestro universo interior, emocionales. Si Currusquiño no quería comer, su hermano le instaba a hacerlo; si Ottiño confundía un nombre, Jójó le corregía cariñosamente; si Corazón de Cachelo se portaba bien, entonces Alejo me decía «Mamá, Otto merece un premio, se está portando bien». Era enternecedor comprobar lo mucho que se querían y lo bien que se llevaban, a pesar de las marcadas diferencias de edad y personalidad. Cuando Otto se ausentaba un par de días o un par de horas para ir con los abuelos, al teatro o a un curso de *cupcakes* con su tía Noemí, Alejo se mostraba abatido y lloroso: «Quiero estar con Otto, ¿dónde está? ¿Cuándo viene?». Le explicábamos que pronto él también le acompañaría en esas actividades y pequeños viajes. «Pero es que quiero estar con Otto porque le quiero mucho», se lamentaba. Si alguno de los dos recibía alguna chuchería o algún regalo enseguida pedía para su hermano: «¿Y para Otto también hay regalo?». Yo pensaba en mi infancia, en la relación con mis hermanas. Teníamos complicidad y, por supuesto, mucho cariño y dependencia entre nosotras, pero no recordaba esa solidaridad, esa vigilancia permanente por el bienestar del otro. Alejo cogía un plátano para merendar y le entregaba a Otto una mandarina que sabía que era una de sus frutas favoritas. Quizás fuese la considerable diferencia de edad o la singular personalidad de cada uno, el caso es que no veía entre mis hijos la rivalidad que sí había vivido yo con mis hermanas, nuestro esfuerzo constante por sobresalir para ganarnos la admiración y el favoritismo de nuestros padres. Ojalá sea así siempre, reflexionaba. En ocasiones, Otto hacía el ganso y Alejo le imitaba, se partían de risa, el pequeño se tomaba las rarezas de su hermano como un juego e improvisaban una coreografía. Los dos bailaban, saltaban, se tiraban al suelo, repetían la misma palabra o frase como si fuera el estribillo de una canción. Era como si de pronto Alejito se acordara de que tenía algo más de dos años y se diera un descanso en su afán por ser adulto y sensato, entonces se unía a Ottiño y le ayudaba en sus pequeñas fechorías. «Corre, Otto, corre, que viene mamá», le gritaba mientras yo perseguía exhausta a mi hijo mayor por el jardín para sentarle a la mesa a la hora de cenar. «Escóndete rápido, que va». Yo fulminaba con la mirada al pequeñajo y fingiendo un gran enfado le decía: «No, Alejo, no, que hay que cenar ya», pero, en el fondo (y en la superficie también), estaba encantada de que los dos hicieran piña, aunque fuese para desobedecerme y complicarme la vida. Como madre estaba concienciada de la importancia de fomentar el compañerismo entre ellos, no la competencia.

—Ahí van don Quijote y Sancho Panza —le decía a mi marido cuando veíamos a Jójó secundar y celebrar las excentricidades del primogénito.

De esta manera, con la llegada del nuevo miembro de la familia, las fuerzas y los vectores se equilibraron en el hogar.

—Alejito es igual que tú, amor —le decía a su papá.

—A mí Otto me recuerda mucho a ti, más intenso, más concentrado, pero muy parecido.

En eso estábamos de acuerdo. Nos complementamos muy bien.

XLV

La Oficina Municipal de Información al Consumidor se puso en contacto conmigo por teléfono para conocer de viva voz mi reclamación al gimnasio B. F. Me sorprendió gratamente la celeridad con la que transcurrían los trámites burocráticos. La inspectora me confirmó que iría al centro a hablar personalmente con el gerente. Volvió a llamarme unos días después. Todo había ido bien, la dirección del gimnasio había accedido muy amablemente a devolverme el pago, tanto del curso de mi hijo como de la parte proporcional de mi abono anual. Y añadió: «La verdad es que el encargado es un chico encantador». Me quedé perpleja por esta apreciación personal completamente irrelevante e ingenua. «Puedo imaginar que contigo, que representas a Consumo, fuera encantador, conmigo no lo fue», refunfuñé al otro lado de la línea. Lo cierto es que el responsable del gimnasio era un joven bastante atractivo, su discurso podía ser acogedor, incluso yo, en aquel desagradable enfrentamiento, me había dado cuenta. Pensé con fastidio que se había ganado la simpatía de la representante de la oficina de Consumo y con ella su credibilidad. ¡Qué difícil es resistirse a la belleza amable que surge inesperadamente incluso en un antiestético centro deportivo! ¡Qué incompetente puede resultar el raciocinio si le enfrentas a una sonrisa diáfana, a un trato delicado, a una mirada intrigante! Retomó la palabra y me hizo volver de golpe al centro de la cuestión: «Te devolverá el dinero en un par de semanas, no ha puesto ninguna objeción, ha estado de acuerdo desde el primer momento, no quiere ningún problema, fue muy cortés». Tenía mi pequeña victoria y, sin embargo, me quedaba un sabor agrídulce en los labios, como si necesitase la aprobación de aquella voz sin rostro, tenía la necesidad de que mi versión fuese creída, incluso por aquella completa desconocida. Recuperé el dinero, aunque no fue tan sencillo ni tan rápido como me habían dicho. El gimnasio excedió holgadamente el plazo de la devolución. Me puse en contacto con ellos e ignoraron mi consulta, entonces llamé a la inspectora para hacerle saber que el centro no había cumplido con su compromiso y además no daba la impresión de que quisiera hacerlo. Ella llamó al gerente y el pago se efectuó de manera inmediata. O mejor dicho, de forma encantadora.

Alentada por este pequeño éxito, decidimos acudir a todas las instancias pertinentes que pudieran ampararnos. Teniendo que dar explicaciones a organismos oficiales no podrían seguir desentendiéndose del problema. El centro deportivo B. F. de Pozuelo pertenecía a una cadena de gimnasios. El gerente no era el propietario. Su peculiar frase cinematográfica «tenemos muchos y muy buenos abogados» me había llevado a realizar algunas búsquedas en internet. Quería llegar hasta el empresario, o el grupo de inversores, responsable del negocio. Necesitaba que por lo menos supiese lo que había ocurrido.

XLVI

Conocí a la mamá de A. en un cumpleaños infantil. En el nuevo colegio de Otto ningún compañero quedaba excluido de estas fiestas. Me sorprendió desde el principio el contraste entre la franqueza con la que describía las dificultades y rarezas de su hijo (sin maquillarlas ni restándoles importancia) y su vigoroso optimismo. A. estaba diagnosticado de autismo, pero ella estaba convencida de que el diagnóstico era erróneo y de que los síntomas eran reversibles. Me comentó las diversas terapias que seguía el pequeño, algunas fuera de España, también los médicos no convencionales a los que había acudido. Tenía la creencia de que el problema de su hijo podría haberse originado por la intoxicación de metales pesados y en Madrid existía un médico que podía tratarla. En el mundo sumergido de las madres desesperadas con hijos imperfectos esta teoría goza de bastante aceptación; entendí rápidamente de lo que me estaba hablando; era la misma corriente de pensamiento que considera peligrosas las vacunas. Hay médicos que respaldan esta relación causa-efecto, especialmente en Estados Unidos; en nuestro país ningún médico de la Seguridad Social apoya esta idea, aunque esto es algo que averigüé bastante tiempo después. Sobre la otra técnica, jamás había leído ni escuchado nada: el *neurofeedback*, un entrenamiento mental que ayuda a mejorar el funcionamiento del cerebro y del sistema nervioso central. Está recomendado para personas con problemas de impulsividad, atención y concentración. Ella aseguraba haber notado mejorías. La escuchaba hablar y su motivación y sus esperanzas eran contagiosas, sus palabras desprendían una arrolladora vitalidad. No tuve la impresión de que fuera una madre enloquecida por el dolor/amor hacia su vástago, por el sobreesfuerzo de protegerle, ni de que estuviera en la búsqueda ciega y frenética de una cura imposible. Había silencios de escepticismo en su discurso, preguntas a sí misma, reflexiones, desconfianza hacia ciertas prácticas y creencias, pero no encontré el menor atisbo de duda sobre la futura evolución de su hijo. Confiaba en los tratamientos que seguía y pronto demostraría que A. no tenía autismo. Me pareció una mujer tan fuerte y tan capaz (además, disponía de los recursos económicos necesarios), que yo también pensé que lo conseguiría, y eso que el pequeño hablaba menos que Otto y parecía encerrado en sí mismo, indiferente a la diversión que le rodeaba. Durante la fiesta, Otitiño estuvo pendiente de A., le llevaba de la mano a las diferentes actividades (los niños seguían un circuito al aire libre con diferentes atracciones, algunas acuáticas), le indicaba cuándo ponerse o quitarse los zapatos, iba a buscarle si se quedaba rezagado, le animaba a remar, a pedalear, a lo que tocara hacer en cada momento. Me impresionó ver a Corazón de Cachelo cuidando de otro niño más débil socialmente que él. Currusquiño, que había sufrido tanto y tan conscientemente por no ser capaz de comunicarse ni de integrarse en su tribu, hacía enormes esfuerzos para compartir con su amigo aquella inmensa alegría y celebración.

Mi niño indefenso creciéndose para cuidar a otro niño indefenso. No se puede ser más alto.

XLVII

Quise saber la opinión del neurólogo acerca de estas dos terapias. Me animó a probar el *neurofeedback*, pero me desaconsejó rotundamente hacerle a Otto cualquier analítica para conocer la concentración de metales pesados en su sangre. Afirmó que no había estudios científicos concluyentes que demostrasen la veracidad de esa teoría. También lo consulté con la psiquiatra y su respuesta fue casi idéntica: «En el caso de que el trastorno del desarrollo fuese provocado por una intoxicación de metales pesados no habría ninguna cura que pudiera revertirlo».

Aun así, decidí darles una oportunidad a ambos tratamientos. Creemos que nuestras decisiones son racionales, pero casi nunca lo son. Buscamos argumentos y opiniones que justifiquen lo que nuestra intuición ya ha decidido por nosotros. ¡Qué ineficaz es siempre nuestro raciocinio frente a nuestros deseos! Siempre la misma pregunta —«¿Y sí...?»— tallada en nuestra mente: «¿Y si funcionara? ¿Y si este es el médico o el tratamiento que puede curar a mi niño?».

Concerté una cita con el especialista en el síndrome químico múltiple y acudí sola a su despacho situado en una céntrica calle de Madrid. Quería evitar que Otto viese más médicos o que visitase más centros de salud que los imprescindibles. La sala de espera estaba llena, siempre lo están, aunque esta vez apenas había niños, la mayoría éramos adultos. Cuando llegó mi turno y pasé a consulta, el médico me puso un vídeo explicativo y me dejó aproximadamente media hora sola. Aquella primera toma de contacto me dio mala impresión. Pensé en desaparecer, en irme a la francesa sin siquiera despedirme, pero la esperanza es un reclamo demasiado poderoso: «¿Y si? ¿Y si? ¿Y si?». La esperanza es como una habitación austera, pero soleada, que siempre te invita a quedarte y a probar fortuna. «¿Y si? ¿Y si?».

El facultativo regresó a su despacho y me preguntó si tenía alguna pregunta sobre el documental que acababa de ver.

—Quiero saber si verdaderamente puede curar a mi hijo o si por lo menos puede ayudarlo.

No quería ocultarle mi escepticismo y él lo cogió al vuelo. Con mucha convicción, argumentó cómo las sustancias químicas nocivas bloquean las funciones de las células y estimulan su sistema de defensa, es decir, el sistema inmune; nuestro propio cuerpo ataca las células que contienen metal tóxico, o lo que es lo mismo, produce enfermedades tales como lupus, cáncer, esclerosis múltiple, Alzheimer, Parkinson o autismo.

—Mi hijo no tiene autismo —le interrumpí—, lo han descartado varias veces.

Además de los psicólogos suizos, habíamos acudido recientemente a Deletrea, un centro de referencia en Madrid para el Trastorno del Espectro Autista. Habían evaluado a Otto y habían desechado la posibilidad de que tuviera ese trastorno.

—Autismo o cualquier otro trastorno del desarrollo —continuó—. ¿Tu hijo tenía muchos cólicos de bebé?

—Sí, la verdad es que sí, todas las noches lloraba y se retorció de dolor. Su hermano, en cambio, nunca tuvo.

—La mayoría de estos niños tienen problemas digestivos, intolerancias alimenticias, su intestino está inflamado y produce desajustes bioquímicos que afectan al cerebro.

Ya habíamos probado a retirarle a Otño durante meses los alimentos con gluten y lactosa a raíz de unos artículos que yo había leído en internet, y a pesar de que el test de intolerancia a estos ingredientes había dado negativo. No habíamos notado ningún cambio, pero el hecho de que el doctor hubiera acertado con los cólicos de lactante junto a su apasionada argumentación encendió en mí todas las esperanzas. Seguí indagando.

—¿Cómo podría haberse intoxicado?

—A través de ti, durante el embarazo, por culpa del uso de desodorantes, cremas, empastes, por la contaminación, la alimentación.

—Pero mi otro hijo está bien.

—No le afecta igual a todo el mundo ni los síntomas son los mismos. Tú misma podrías estar intoxicada y haberlo heredado de tu madre y tus hermanos no. Quizás tú desarrolles un cáncer o cansancio crónico más adelante. Los síntomas pueden ser muy diferentes, aparecer mucho más tarde o no aparecer nunca.

—¿Tienes más pacientes como mi niño? ¿Han mejorado?

Me respondió con una metáfora, una imagen poderosa ya desgastada por el uso, muy ensayada, quizás por eso no la recuerde. Pero daba igual, porque yo, sin ser plenamente consciente, ya había decidido probarlo.

La esperanza es el gran truco de la vida. Al que vende esperanza nunca le faltarán clientes. A los enfermos, a los enamoradizos, a los que están furiosos de dolor o ciegos de ambición, donde arde la vocación, donde se quema el inconformista, hasta en la siesta del vago. Todos necesitamos esperanza.

XLVIII

Tuvimos que cortarle a Otto un mechón de pelo muy próximo a su cuero cabelludo para estudiar la situación fisiológica de los elementos minerales, también analizaron su orina. Lo peor fueron las extracciones de sangre. Corazón de Cachelo no deja que le claven agujas, ni siquiera que le sujeten el brazo extendido. Se retuerce, grita, da patadas, empuja, insulta y hace todo lo que puede para zafarse y evitar lo que yo imagino que él comprende como tortura. Hay enfermeras con paciencia y piedad que intentan embaucarle y convencerle para que permanezca quieto, le hablan con simpatía e intentan tranquilizarle; otras, sin embargo, se muestran hostiles y agresivas y amenazan con echarle de la enfermería o con no realizar su trabajo si continúa resistiéndose. Yo nunca consigo que Ottiño desista y se deje hacer, es un luchador, la batalla le viene a los ojos, a las piernas, a la garganta, yo acabo abandonando los centros médicos resignada y con moretones en la mente, secretamente orgullosa de mi hijo, visiblemente abatida. Hubo una época que sí, cuando Currusquiño era más pequeño, le decía que íbamos a buscar mariposas en su brazo, que se estuviera quieto y pronto las vería volar, salir de su cuerpo. Le obligaba a mirar hacia arriba, expectante, entonces no veía el agujijón sanitario que se aproximaba a su piel, pero sí notaba su pinchazo. Yo también sufría el daño físico y más aún el moral de perder la confianza de mi hijo, de traicionarle, de que me supiera parte cómplice de aquel complot para lastimarlo. La artimaña de las mariposas pronto dejó de funcionar y ya solo su padre conseguía que le extrajeran sangre, eso sí, a la fuerza. Iban solos y yo me ahorra el penoso y desequilibrado combate de mi niño contra las agujas. Y por fin los resultados.

El test Melisa perfil síndrome autístico, el análisis que determina si el sujeto es alérgico a ciertos metales pesados, dio positivo en níquel y cloruro mercurio.

El análisis bioquímico mostró una proliferación bacteriana intestinal importante. Volví a la consulta con las conclusiones de las pruebas y entonces el médico me preguntó en la recepción en qué colegio estudiaba mi hijo; era una charla informal, de precalentamiento, una pregunta sin propósito, el preámbulo de una conversación más sesuda.

—En el colegio Areteia —respondí.

—Pues de ese colegio tenemos una niña que lleva ya dos años siguiendo nuestros tratamientos de quelación.

Me dijo el nombre de la pequeña, pero mientras hurgaba en su memoria para rescatarlo, yo ya lo había adivinado, era S., la niña del cumpleaños que se había traído su propia tarta porque no podía comer ningún alimento en la fiesta, la compañera de Otto que también seguía el tratamiento con oxígeno cuya madre me había recomendado al médico alternativo en Barcelona. Dos años. Dos años de pinchazos. No sé si fue una decisión racional, pasional o ambas cosas, pero en ese momento decidí no comenzar el tratamiento. Habíamos esperado semanas a que llegasen los resultados de los análisis porque no se realizaban en España, habíamos pagado las consultas y los

test, el servicio de mensajería internacional y, lo peor, había sometido a mi hijo al tormento de sacarle sangre a la fuerza y entre lágrimas, todo en vano, porque en ese momento la esperanza se evaporó y supe que no estaba dispuesta a retenerla a cualquier precio. Dos años de relaciones. Ni hablar.

No volví a aparecer por la consulta. Envié las pruebas que tenía al neurólogo y a la psiquiatra del Hospital Niño Jesús para que las estudiaran y las tuvieran en cuenta, aunque no les dieron ninguna importancia.

XLIX

Recurrí al defensor del pueblo para buscar amparo ante el incidente del gimnasio. En poco tiempo llegó a mi casa el acuse de recibo y el número de expediente. Pensé que la administración trabajaba con mucha celeridad y que no era justa la fama de desidia de algunos funcionarios e instituciones. El júbilo me duró poco. En algunas semanas mi queja se archivó. El defensor del pueblo llegó a la conclusión de que el hecho de que Otto hubiese ido a natación durante dos años era prueba irrefutable de que el centro deportivo no le había discriminado. Por supuesto, este órgano no había reparado en que las dificultades de Otto no se reflejaban, como suele pasar, en su fisionomía. Otitiño no había hecho nada inusual en el curso de natación hasta aquel fatídico sábado en el que empezó a aletear. Y lo que el gimnasio y yo sabíamos y el defensor del pueblo no podía saber, pero sí quizás intuir, es que aquellos síntomas tardíos de mi hijo y de su atípico desarrollo neuronal no eran el verdadero motivo de la expulsión, sino el arma arrojadiza para sacarle los colores a una madre molesta y quejica.

He reflexionado muchas veces sobre la fisionomía de Otto, su rostro bello y proporcionado, su mirada expresiva, su cuerpo recio, casi atlético. Con el tiempo y las lecturas en internet, descubrí que cada vez que un neurólogo me decía que mi hijo era guapo lo hacía para tranquilizarme, como diciendo: «No sabemos lo que le pasa, pero no puede ser terrible, es un niño guapo, parece sano». Efectivamente la mayoría de las patologías y de los trastornos van asociados a algunos rasgos físicos distintivos, algunos obvios como el síndrome de Down, otros más sutiles como el X-Frágil y otros imperceptibles, visibles solo para el ojo experto. «Pero es un niño guapo», me decían los médicos, que a veces hablan queriendo no decir demasiado, y yo no entendía aquella apreciación estética aparentemente irrelevante. Otitiño es un niño guapo y robusto, por eso los comensales se enfadan cuando le ven revolotear alrededor de su mesa, por eso los transeúntes se cabrean cuando le ven invadir sus espacios vitales y los padres le confrontan con muy malas pulgas si agarra a otro niño o entorpece su juego. Con los niños con rasgos propios de un desarrollo neuronal diferente la gente es más tolerante y comprensiva. En estas circunstancias me digo bajito para apaciguarme: «No es malo, es ignorante, simplemente no sabe, no entiende, no tiene por qué saber». En cualquier caso, que mi hijo fuera durante dos años al curso de natación no prueba que no hubiera discriminación. Me puse nuevamente en contacto con el defensor del pueblo y argumenté mi disconformidad, pero no obtuve respuesta.

L

Empuñar la vida. Cogerla con fuerza y destreza, aunque solo sea para herirse con ella, para hacerse el harakiri. Empuñar la vida, preferiblemente para dominarla y dominarse, para no dejarse arrastrar río abajo. Siempre jinete y nunca caballo. Siempre domador y nunca fiera, salvo si vives en la sabana y tienes la oportunidad de merendarte al hombre. Empuñar la vida. Ocuparse de uno y del otro. Ocuparme de mí y de Otto. Poner toda la trascendencia de la vida en una determinación inquebrantable, en una fuerza de superhéroe, en una voluntad inédita de grutas, selvas y ladrillos.

En la calle hace sol, pero yo llevo el invierno dentro, el amor es mi pueblo y mi estación y no tiemblo ya de frío. Empuño la vida y trasciendo mi edad, mi género, mi bandera. Conquistó las tierras inexploradas que me habitan mientras beso tu nombre, tu voz, las palabras que se te escapan y son como suspiros. Mi niño. A veces remoto en tu cárcel de silencios y habla enmarañada. A veces cerquísimo en tu carcajada de jolgorio infantil, en tus ojos grandes y redondos donde te late el corazón. Empuño la vida porque mi amor por ti es fuerte y sumiso, atroz, pletórico.

La noche ha transformado los rasgos de mi cara, los ha afilado mientras dormía y soñaba contigo. Mi niño. También se me han ahuesado los rasgos del carácter, la voluntad, la fortaleza. Abrumada de amor y de ternura me han salido garras.

LI

Las sesiones de *neurofeedback* las daba en Santa Engracia una joven psicóloga a la que yo le presuponía poca experiencia por su juventud y por la melosidad con la que atendía a Otto, al que le dejaba revolver en su consulta, tocarlo todo, llevarse las revistas, y hacer, en general, un poco lo que le venía en gana. No era desidia ni falta de autoridad, sino indulgencia. No estaba acostumbrada a tratar con niños como el mío, pensaba yo, y le inspiraba ternura. Me comentó que trabajaba con adolescentes y adultos, mi hijo era su paciente más joven. El *neurofeedback* es una técnica de entrenamiento mental en el que las personas aprenden a regular su estado de inhibición y activación, es decir, a concentrarse. Otño se sentaba en un sillón con unos electrodos en la cabeza y en las orejas que recogían la información sobre su patrón atencional y actividad cerebral mientras veía una película de dibujos animados que le gustaba, *Charlie y la fábrica de chocolate*, casi siempre. Cuando estaba concentrado la película se veía con más nitidez que cuando no lo estaba porque entonces la pantalla se iba cubriendo de manchas oscuras y las imágenes se estrechaban. De esta manera, Corazón de Cachelo aprendía inconscientemente a estar atento. Las sesiones duraban media hora e íbamos de buena gana, ya que la especialista era muy amable con nosotros y a Otto siempre le apetecía ver la película, se dejaba poner los electrodos sin demasiada dificultad y generalmente permanecía quieto y tranquilo toda la sesión. Recibió cuarenta, dos por semana, todas las que recomendaba el tratamiento, pero no notamos ninguna mejoría. O quizás sí. ¿Cómo se puede medir lo intangible?

LII

Somos náufragos viajando en metro, en avión, en autobús, en tranvía, en descapotable; náufragos en alta mar cogiendo rotondas, desvíos, transbordos; náufragos a la deriva atracando en todos los puertos, subiéndonos a todos los barcos, siempre en ruta, siempre en el camino, sin avanzar. Encerrados en un reloj de arena que se gira a sí mismo. Cada vez más desengañada de rosas, violetas y magentas.

LIII

Los días azules sin horas ni memoria. Mi niño crece hacia otras latitudes, despojado de recuerdos, vacío de números y de letras, libre y ligero sin lunes ni domingo. Mi niño. El tiempo se te escapa de las manos como un pequeño jilguero y lo ves volar, alegre, porque no comprendes que es tuyo y que no regresará jamás a tu palma. Derrochamos la vida llenando el cielo de pájaros de colores. Mi niño. La vida se está fraguando en otras infancias, en los niños con reloj que suman y restan y esperan anhelantes al fin de semana. Yo también espero, desengañada ya de rosas, violetas y magentas. Hay tanto en mí de ti. Poco a poco voy contemplando lo que me rodea desde tu mundo, desde tus ojos. Voy aprendiendo a vivir como tú vives, a hablar como tú hablas. Mi niño. Voy a donde tú estás y ahí espero mientras tú juegas. Pero tú no te contagias de nadie ni de nada, te pareces solo a ti mismo, tu juventud no envejece, tus días no cuajan, desacralizas el tiempo. Exhibes refulgente tu pureza y tu levedad, impermeable al mundo de los tiempos y las medidas. Mi niño, hay tanto de ti en mí. Eres ese jilguero que dejas libre.

LIV

Y un día como cualquier otro, el neurólogo nos dio el alta. Ya habíamos hecho todas las pruebas pertinentes que la ciencia había puesto a nuestra disposición, ya habíamos ido a todas las revisiones necesarias en las que el médico nos hacía preguntas sobre la evolución de Ottilio y tomaba notas cuidadosamente. Ya no había nada más que pudiera hacer por nosotros, desde entonces estaríamos en manos de psiquiatría y la doctora G., que podría derivarnos a neurología si en algún momento lo consideraba oportuno.

—Hemos visto un reportaje en televisión sobre los nuevos análisis genéticos a propósito de los trastornos del desarrollo. ¿Podríamos hacerle uno a nuestro hijo?

—Sí, esos análisis no los cubre la Seguridad Social y son bastante caros, pero, si tenéis interés, puedo recomendaros un laboratorio en Valencia y orientaros sobre qué genes conviene estudiar.

—Sí, por supuesto que nos gustaría seguir buscando un diagnóstico para Otto y poder contar con tu orientación y opinión.

—Debéis saber que hay un treinta por ciento de casos como el vuestro en los que nunca se llega a conocer las causas que los provocan, ni siquiera se sabe si son genéticos.

El alta en neurología nos dejaba huérfanos de padre. La ciencia no tenía respuestas a nuestras preguntas, el hombre había llegado a la luna, había creado internet, era capaz de extirpar y sustituir órganos vitales, crear armas de destrucción masiva, pero no sabía realmente nada de nuestro cerebro ni de la nueva epidemia silenciosa de nuestro siglo, los trastornos neurológicos en los niños. La ratio de afectados aumentaba considerablemente y de forma global en todos los países. Yo había sido madre con veintiocho años, no podía conformarme con la teoría que simplifica el origen del problema en la maternidad cada vez más tardía. Ya solo nos quedaba la genética, una disciplina relativamente nueva que avanza a gran velocidad y que promete revolucionar la medicina y explicar las causas de la mayoría de las enfermedades raras en 2020. Faltan menos de dos años para que expire ese compromiso. La genética explicó el origen del síndrome de Down en los años sesenta; en 1996 consiguió clonar al primer mamífero; en 2000 pudo librar a un recién nacido *in vitro* de la herencia de ciertas enfermedades dando lugar al primer bebé «a la carta». ¿Sería descabellado pensar que en diez años descubra qué le pasa a mi niño y puedan tratarlo? ¿Quiénes son esos héroes que tienen el futuro de la humanidad en sus manos y por qué no reciben Óscar, Grammy, balones de oro, medallas olímpicas y sueldos millonarios?

Y yo, que nunca he creído en nada, me encomiendo a la genética con fervor religioso.

LV

El papá de Otto expuso la queja por la discriminación que nuestro Currusquiño había sufrido en el curso de natación ante el Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad. En esta ocasión, el consejero delegado del gimnasio tuvo que comparecer y, por tanto, enterarse de lo ocurrido en su centro deportivo, aunque fuese solo a medias. Para mí, llegar hasta él, trascendiendo el ámbito de los empleados que se encubren entre sí, había sido un éxito. Recibimos por carta su versión de los hechos, lo ocurrido según el gimnasio B. F. de Pozuelo, pero no pude leerla hasta final. El logro resultaba bastante amargo. La cólera me aceleraba el corazón y la sangre me golpeaba las sienes como si en cualquier momento fueran a explotarme las venas. Exponían que:

El monitor de natación había intentado ponerse en contacto con los padres para solicitar información sobre el alumno, pero estos se habían negado a hablar con él. Falso.

La coordinadora del curso intentó ponerse nuevamente en contacto con los padres del alumno solicitando colaboración por su parte, pero había sido imposible. Falso.

El gerente del centro se puso en contacto con la madre para solucionar, sin éxito, la situación. Falso.

El niño dejó de asistir a las clases sin ningún motivo aparente. Falso.

Y dejé de leer porque la ola de rabia e indignación que había sentido en la piscina aquel sábado volvía a golpearme con la misma intensidad. De nada servía el hecho de que yo acompañase cada día al niño al curso, de nada servía la reclamación en Consumo firmada por ambas partes en la que había constancia de lo sucedido, de nada servía la baja por escrito que había reclamado, de nada servía la bochornosa conversación de la jefa de piscina por la que el encargado se había disculpado. Todo se reducía, según ellos, a que nosotros éramos unos padres ausentes, volatilizados, evanescentes, inalcanzables, huidos. Primero ridiculizan al niño y ahora culpabilizan a los padres, pensé. Estas serán siempre las armas del adversario, el as bajo la manga, la navaja suiza.

Contraté a un entrenador personal para Corazón de Cachelo en mi nuevo gimnasio. Una mujer que le diera clases particulares de natación no para que aprendiese a nadar —Otto lo hacía con soltura—, sino para obligarle a hacer deporte, a mejorar su coordinación y psicomotricidad, a divertirse y a trabajar la disciplina del esfuerzo, los músculos de la voluntad en el cuerpo y en la mente (quien tiene fuerza de voluntad no necesita otra cosa). Hablé con ella para fijar el horario y le expliqué que mi hijo tenía autismo. Era la primera vez que lo decía: «Mi hijo tiene autismo». En un tono plano, desapasionado, con fingida, pero lograda naturalidad, sin el mínimo atisbo de vehemencia, sin rastro de dolor. Mi hijo tiene autismo. Pensé en todas esas frases que se dicen por primera vez en voz alta y parece que a uno le cambian la vida o por lo menos la identidad: «Soy viuda», «Soy homosexual», «Estoy divorciado», «Tengo cáncer». Decirlo por primera vez y sentir que ese dolor solitario y violento que llevas soldado al alma como un secreto se aligera al sacarlo

fuera, como si ese sufrimiento enquistado se empequeñeciese al contacto del aire y de la luz. Decir la frase con entereza, como si no tuviese importancia. Mi hijo tiene ocho años y también tiene autismo. Decirlo para arrebatarse al otro su as bajo la manga, para confiscarle su navaja suiza, para que no pueda volverse contra ti. Por simplificar. Mi hijo tiene autismo. Aunque ni siquiera sea cierto. ¿De verdad es autismo? Da lo mismo, hay que abreviar, etiquetar, desarmarle en su reproche. Que lo entienda rápido y no haga demasiadas preguntas. Digo: «Mi hijo tiene autismo», pero no: «Mi hijo es autista». Parece lo mismo y quizás lo sea, pero mi niño es muchas cosas más determinantes, puedo resumir su diagnóstico, pero no puedo resumir su personalidad. Mi hijo tiene autismo y muchas otras cosas, por ejemplo, una colección de cuentos asombrosa y un patín que maneja con destreza.

Es la primera vez que digo mi hijo tiene autismo y mi voz suena lejana, prestada, indiferente, incolora. Lo digo sin esquivar la mirada de la monitora, sin temblor en los labios, sin bajar el tono. Pago el abono, sonrío, doy las gracias y me despido cordialmente. Salgo con paso firme y premeditada lentitud. Me subo en mi coche y me rompo. Me asombro de la fortaleza con obsolescencia programada. Necesito un par de minutos para recomponerme y arrancar el vehículo. Me digo que tampoco ha sido tan difícil.

LVI

La profesora de Otto me llamó por teléfono para poner fecha a la última tutoría del curso que estaba a punto de terminar. Mi marido y yo asistimos, como siempre, un poco abrumados por el exceso de información y de tareas que acostumbraba a asignarnos. Hemos tenido mucha suerte porque ha sido la tutora de nuestro hijo tres años seguidos y sabemos que se ha dejado la piel en formar a nuestro pequeño. Nos muestra todos los ejercicios que han hecho, las fichas, los libros de texto, los pictos, los test. Conoce a la perfección los puntos fuertes y débiles de Corazón de Cachelo, lo que le pone nervioso y lo que le calma, lo que le gusta y lo que no. A. nos pone deberes y los corrige, nos escribe emails, nos envía material didáctico en todos los formatos, convoca tutorías continuamente. Su trabajo exhaustivo nos agota y nos reconforta a partes iguales. Pero esta reunión es diferente porque debe hacernos llegar una resolución que le entristece. Nos lo dice su lenguaje no verbal. Y por fin las palabras:

—Otto no avanza como debería, le cuesta muchísimo retener los conceptos. Ha repetido dos veces y no puede hacerlo más. Le adaptamos las asignaturas a su nivel, pero el Ministerio de Educación no nos permite seguir haciéndolo, debe llegar a unos mínimos y no los cumple. Debéis buscar otro centro para él. No hay prisa, estaremos encantados de que el próximo año siga con nosotros, el tiempo que necesite, por supuesto, pero necesitará encontrar otro colegio.

A. ha luchado tanto por nuestro hijo durante tres años que es imposible guardarle rencor. Sabemos que esta decisión le duele a ella casi tanto como a nosotros. No ponemos objeciones. No protestamos ni nos lamentamos. Nos despedimos con un abrazo y le deseamos un buen verano. Es la última vez que la vemos, aunque seguirá llamándome y escribiéndome para saber cómo está Ottiño, para ofrecerse a hablar con su nueva profesora u orientar a su logopeda. «Le conozco bien y podría ser útil», me dice, y yo pienso que ojalá hubiera más personas con vocación.

Quizás fue este el momento en el que el verdemar se tornó azul marino y la luz clara e hiriente de la lucidez ensombreció la esperanza de que mi hijo pudiera encarrilarse en las vías por las que transitan las personas corrientes. Puede que fuese este el momento decisivo en el que dejé de imaginarme que con mucho esfuerzo y apoyo mi niño haría las mismas cosas que los demás. Bajar las expectativas del queridísimo hijo. Rendirse un poco. Conformarse bastante. Destrozar el cuadro idílico del futuro, no tan idílico últimamente, pero igualmente hermoso. Cambiar la pintura en nuestra imaginación. Cambiar nuestra imaginación. Cambiar uno mismo. El cielo brilla con estrellas rotas y la luna parece fluorescentemente triste. Devorada por las estrellas y las lunas de un nuevo lienzo imaginario.

Inesperadamente libre porque no hay nada más liberador que ver cumplidos tus mayores miedos. ¿Y ahora qué? Ya no hay hombre del saco.

LVII

El amor era esto. Dejar que la noche beba mis lágrimas de oro. Sentir el filo del futuro rozarme con su tacto de incertidumbre, frío e inflexible. El amor era esto. No traicionar al niño que vive y juega y sonrío. Ponerle la alegría al alcance de su mano. La música, los árboles, el sol. Todo menos el tiempo que corre y el futuro que huye.

Voy a darte una infancia de colores intensos y de melodías que te susurren al oído dulces ensoñaciones. Olores de fruta, de pan, de miel. Que no te roben tu infancia, tu paraíso, tu refugio, aunque no puedas recordarla.

El amor era esto. Construir recuerdos que desaparecen de tu lírica memoria fluctuante. Pescar peces y soltarlos en el mar. Por el simple placer de estar contigo y verte alegre.

El amor era esto. Amar sin tiempo. Sin futuro y sin pasado. Rebosantes de presente. Aquí y ahora. Sin mañana y sin ayer.

El amor era esto. Deshilacharse en los días más azules y remendarse en las tardes rosas subidos a un columpio, atiborrarse de cerezas, inventarme canciones. El amor era esto. Amar todo lo que en ti sigue siendo virgen, tu alma, tus manos, tus recuerdos. Dejar que la vida me traspase como un arco iris de hierro para que el futuro no te hiera, más música, más árboles, más luz. El amor era esto. No dejar que te asomes a los pozos de mi alma, a los miradores en mis ojos, girar, brillar, seguir jugando. Hacer castillos de arena con el sobrante de vida, con el exceso de sentimiento y dejar que se los lleve el mar. Vivir de prórrogas, de cuentos, de historias. Comerte a besos cuando las palabras te rehúyen, y los recuerdos, y los conceptos.

Quiero llenar de rosas tus días sin horas, de estrellas tus días sin mes.

Entre nosotros el tiempo es libre y también juega. Seremos siempre niños.

El amor era esto.

LVIII

Este verano, como otros anteriores, fuimos a El Puerto de Santa María en Cádiz, a presenciar cómo la infancia bulle y flamea en los intensos meses de estío cuando los días son luminosos y holgados y los niños se empapan de mar, de piscina, de pescadito frito y helado, de brisa y del bullicio de otros niños anónimos en la calle.

En verano, Otto es como los otros niños, casi. En el océano con su tabla se confunde entre las otras cabecitas flotantes, y juega a derrotar a las olas y se sumerge intrépidamente para que el mar le trague y le escupa. Tumbado sobre la hamaca mirando detenidamente sus libros, yendo con su padre a comprar la prensa, mordisqueando los boquerones y los calamares en el chiringuito y chupándose los dedos que huelen a limón y a sal.

En verano se deshíela el rincón de sombra que siempre llevo dentro y me pongo a merced del mundo rosado y burbujeante que es el de mis hijos. Dispenso mis veranos en el norte, nublados y melancólicos, levemente poéticos y tristes. Veranos sin algarabías ni manchurroneos, veranos de jersey y transcendencia, como de retiro espiritual.

En las noches gaditanas, Otño cae rendido sobre su cama, muy bronceado y algo rubio con los ojos aún más verdes, me pide que le cuente un cuento. Improviso:

—Había una vez una luna grande, redonda y plateada que vivía enamorada del sol, que también era grande, redondo, pero anaranjado. Enamorada y triste. ¿Sabes por qué, Currusquiño?

—¿Por qué?

—¡Porque no podían verse! La luna sale de noche, cuando los niños duermen, por si alguno se despierta y mira por la ventana y tiene miedo a la oscuridad. La luna le vigila y le ilumina con su luz plata y le manda de nuevo a la cama. El sol sale de día, cuando los niños se despiertan, para darles calor y que no les dé pereza quitarse el pijama y salir a la calle. Y por eso no pueden verse. La luna sale de noche mientras el sol duerme y el sol sale de día mientras la luna descansa. ¡Y nunca coinciden!

—¿Nunca?

—Pero no te pongas triste tú, Otto, porque la luna no está sola, tiene a sus amigas las estrellas que le hacen compañía porque son muy charlatanas y pizpiretas, y el sol tampoco está solo porque tiene a sus amigas las nubes que son muy abrazables, como tú. Aunque se echan de menos. ¿Y sabes qué pasó un día?

—¿Qué pasó?

—Que Otño y Alejo se durmieron con el cuento de mamá y Alejo soñó con el sol y Otto con la luna y los sueños se mezclaron, porque duermen juntos. Y así, en su sueño mágico los dos astros pudieron verse y jugar, y bailar y por fin estar juntos. Otto y Alejo lo consiguieron, quedándose dormidos...

Cada día nos inventábamos un cuento, su papá o yo. A veces dos, según la insistencia o la falta de cansancio de Corazón de Cachelo, pero aquel relato nocturno y estival se le quedó grabado en su fluctuante memoria lírica porque cada noche, y ya para siempre desde aquel verano, nuestro hijo nos pidió «El cuento de la luna» que él mismo bautizó y que tan bien se sabía. Yo tenía una versión y su papá otra, incluso Alejo se lo contaría más adelante. Y cada versión dio lugar a muchas variantes, algunas incluso rimaban, como la de la luna lunera brillante y altanera que subía al cielo con una escalera. La historia se hizo infinita e inmortal, imborrable e imprescindible en la mente de nuestro niño.

LIX

Alejo comenzó a ir a la guardería el mismo año que Otto empezó en el colegio Dionisa Plaza, ambos centros muy cerca de nuestra casa.

Dionisia Plaza era el último eslabón de la educación ordinaria previo a la educación especial. Realmente es un centro médico y de rehabilitación en el que los niños reciben clases y terapias, como ellos mismos llaman a la logopedia, la grafomotricidad, la musicoterapia, los talleres, etcétera. Pasada la recepción, lo primero que nos encontramos es una gran sala de espera que da a las consultas médicas de neurología, psiquiatría, psicología y enfermería, entre otras. Mi marido y yo nos sentamos a esperar en una de aquellas butacas, envueltos por un silencio y una blancura hospitalarias algo solemnes.

Miro al papá de Otto y le pregunto con amargura si recuerda los planes que teníamos para nuestro bebé al poco de nacer. Cuando debatíamos si estudiaría en el Liceo Francés o en el Colegio Británico, en qué países le convendría más formarse y vivir. ¡El mundo estaba a nuestra disposición! Mi marido eleva las cejas, pero no me responde, sabe que es una pregunta retórica para hurgarme en el dolor y en la memoria, para tocar con los dedos sucios la herida aún fresca, recientemente infectada, para comprobar que todavía me duele y está ahí.

Es la lucha constante y contracorriente por el niño que tienes y el duelo íntimo por el niño que no has tenido aunque sí imaginado y que debes dejar marchar, como un amor platónico e inventado que sabes que no existe. Dejar de pensar en él, soltarle, dejarle ir. La otra realidad con la que convives en la imaginación. ¿Cómo sería Otto sin este trastorno? Me lo preguntaba cuando veía a los otros niños creciendo hacia las latitudes correctas, cuando escuchaba a las otras madres contar anécdotas sobre el hijo que quiere estudiar chino, el que se va de campamento o el que pasa la noche en casa de un amigo. Niños de la edad del mío, otros más jóvenes. ¿Cómo sería Otitiño si fuese neurotípico? ¿Qué me contaría? Y siento que de todo lo que nos estamos perdiendo su conversación es lo que más me hiere, saber de sus cosas por él mismo. Charlar con él. Ahora me lo pregunto al ver crecer a su hermano, cuántos avances en tan poco tiempo, cuánto aprendizaje con tan poco esfuerzo, qué alegría y qué tristeza a la vez.

Los médicos del nuevo colegio han evaluado a nuestro hijo durante diez días y estamos esperando impacientemente, otra vez, a que nos den el veredicto, a que nos confirmen si le aceptan. El test genético avanzado que le realizamos no ha encontrado nada reseñable. No han descubierto en Otto ningún gen relacionado con el autismo o la discapacidad intelectual. Tendremos que seguir esperando a que la ciencia avance. La vida continúa en suspenso y nosotros seguimos esperando.

Por fin, entramos en el despacho del director que nos entrega un informe repleto de folios. El resultado de las pruebas escolares que ha hecho nuestro Currusquiño, la apreciación de los facultativos que le han evaluado, las dificultades que presenta. Para nosotros nada resulta

novedoso. Su memoria selectiva, su lenguaje repetitivo plagado de ecolalias, su atención restringida, su hiperactividad, su falta de madurez. Llevamos tantos años hablando de las dificultades de nuestro hijo que preferiríamos que fuese más breve. Nada nuevo y, sin embargo, todavía doloroso. Dicen que nos acostumbramos a todo, pero yo siempre me revuelvo en mi asiento como si fuese la primera vez. Diagnóstico provisional no concluyente: TGD, TEA. Trastorno Generalizado del Desarrollo o Trastorno del Espectro Autista. Otto está admitido.

LX

Ottiño tiene dos bicicletas, pero no utiliza ninguna. Cuando tenía tres años y vivíamos en Ginebra mis padres le regalaron una para bebés, sin pedales, que manejaba con mucha pericia, después llegó el patinete y lo usó también con gran habilidad, pero cuando le compramos su primera bicicleta con pedales, Otto no consiguió moverla, pedaleaba hacia atrás. Intentamos enseñarle a pedalear hacia delante, pero no había manera. Pensé que quizás la cadena era demasiado dura, así que compramos otra bici nueva. El resultado fue el mismo, un vehículo estático plantado en nuestro jardín. Corazón de Cachelo la cogía entusiasmado, pero enseguida la dejaba caer, frustrado, e iba a por el patín. Aquel amor no correspondido de nuestro hijo por las bicicletas hizo que su papá y yo nos comprásemos unas de paseo con portaniños que utilizamos los cuatro para ir a la Casa de Campo. Otto y Alejo estaban entusiasmados, cada recorrido era una fiesta. Mi hijo mayor quería venir conmigo y el pequeño insistía en ir con su padre.

—¡Mira, Currusquiño, vamos a adelantarles! —le decía mientras hacía sonar el timbre.

—Corre, mamá, tú puedes, pedalea más rápido. ¡Más rápido! ¡Más rápido!

En las cuestas abajo íbamos a toda velocidad, Ottiño alzaba las manos, gritaba embriagado por la sensación de libertad y ligereza y yo me dejaba contagiar por su alegría explosiva, por su corazón que latía en la misma dirección que el mío y con la misma frecuencia, perfectamente sincronizados.

Las cuestas arriba eran otra cosa, su peso, casi la mitad del mío, hacía que me costase mantener el equilibrio, entonces mi marido nos adelantaba y hacía sonar el timbre, Alejo nos decía:

—Vamos a ganar nosotros, Otto os vamos a ganar.

Ottiño se impacientaba y me daba ánimos:

—Mamá, campeona, tú puedes, ánimo.

Pasamos por un parque con columpios y con un barco encallado en la arena dispuesto para trepar por él. Corazón de Cachelo lo vio y pidió a gritos ir a jugar allí, su padre cree que lo mejor es que sigamos con las bicicletas.

—Si quiere ir al parque con los demás niños irá al parque —le espeto con cierta agresividad.

Los dos sabemos por experiencia que cuando nuestro hijo va al parque enseguida surgen problemas. Su torpeza para relacionarse, su excesiva efusividad y su extraña forma de hablar ponen en guardia a los pequeños y a los papás. Los niños le rehúyen y él intenta abrazarles o agarrarles. Los padres se ponen nerviosos y comienzan a murmurar, algunos se encaran conmigo o peor, con Otto. Su papá, que esquivo cualquier enfrentamiento, evita estas situaciones. Yo ya no.

—Otto tiene el mismo derecho a jugar en el parque que los otros niños, si nosotros no defendemos sus derechos nadie lo hará. No voy a consentir que le marginen y mucho menos

participar en ello. Le voy a llevar a los columpios y si me tengo que partir la cara con alguien, metafórica o literalmente, lo hago.

Ir al parque es para mí en este momento una cuestión de supervivencia y de dignidad, un golpe de estado, un cambio de rumbo en nuestra vida, una rebelión. Llevo a mi niño al barco y no me separo de su lado, como un guardaespaldas, vigilante de que no se haga daño, de que no haga daño, de que no le hagan daño. No es fácil porque mi hijo juega de forma errática y anárquica, le gusta el contacto físico con los otros niños y dice frases incoherentes que nadie comprende, a veces intenta colarse en el tobogán, empujar a quien quiera que esté sobre el columpio o besar a alguna niña «mona», como él las llama. Yo soy como una estatua impermeable a los comentarios y a las miradas. El niño juega y yo soy una roca.

El mundo está en suspenso y mi corazón sigue anudado al de mi hijo. Huimos de ciertos destinos en los detalles más intrascendentes de la vida. Precipitamos eventos con gestos aparentemente insignificantes. Libramos guerras que nadie presiente, cada día, en nosotros mismos.

Mi niño juega y a veces se pone triste y hasta rojo de timidez porque los otros niños no le hacen caso, se burlan de él o le evitan. Siempre ha sido muy sensible y muy consciente del rechazo, pero él no desiste y yo tampoco.

LXI

Mi hermana cumplió cuarenta años y organizó una gran fiesta para celebrarlo. Vinieron sus amigas de Francia, aquella pandilla de chicas con las que había estado de Erasmus y que yo había conocido en París hacía quince años y que había vuelto a ver en Madrid hacía una década. En aquella fiesta no conocía casi a nadie más. Una de las francesas me preguntó cómo estaban mis hijos, fue una pregunta de cortesía, casi a modo de saludo. «Tu hermana nos habla mucho de ti, hace tanto que no te vemos que queremos saber cómo estás». El caso es que yo había intentado evitar charlar con ellas porque mi francés estaba oxidado y me daba mucha pereza engrasarlo y ponerlo en marcha. Con aquella introducción supe que se habían dado cuenta de que las esquivaba y me sentí bastante mezquina.

—Disculpad mi francés, hace mucho que no lo hablo y me falta soltura —me justifiqué y a continuación comencé a hablarles de Otto. Les dije que mi hijo mayor tenía autismo (¿Realmente es autismo? Da lo mismo, para que me entiendan) y que estaba escribiendo una novela sobre él. Podría haberles contado cualquier cosa irrelevante, como suelo hacer, cualquier cosa genérica que no me comprometiese y zafarme de la incómoda conversación en otro idioma, pero la verdad se abrió paso por sí misma. Fue un impulso irrefrenable por sacarme fuera, el instinto caníbal de la sinceridad ante una libertad roja y carnosa.

—¿Has vuelto a escribir? —me interrogaron asombradas—. Porque tu empresa de zapatos va bien, ¿verdad?

—Sí, pero ahora que va a cumplir diez años quiero hacerle este homenaje, que la gente sepa lo precioso que es, sacarle del armario.

Estaba improvisando mi argumentación y, sin embargo, no mentía. Salvo que la que estaba saliendo del armario era yo y no el niño. Había cogido carrerilla y el francés fluía inesperadamente; si una palabra tardaba en venir, recurría al inglés, contra todo pronóstico estaba disfrutando de aquella conversación. Hablé del desarrollo de Otto más de lo que lo había hecho durante casi diez años, como si fuera un tema convencional, casi frívolo. Como si lo hubiera hecho siempre, sin rastro de dolor. Acababa de salir del armario y mostraba todas mis plumas. Me puse a prueba con otros invitados. Llené la fiesta de divertidas anécdotas. Recordé, por ejemplo, cuando Ottilia era muy pequeño y las ancianas se le acercaban, le acariciaban la cabeza y le preguntaban: «¿Cuántos añitos tienes?». Y mi hijo muy serio les respondía: «¿Y tú?». Entonces mi marido y yo reprimíamos la risa y hacíamos como que le reñíamos un poco. O cuando vivíamos en el centro y nos dirigíamos al metro, a veces Currusquiño protestaba porque estaba cansado, decía: «Al metro no», y entonces levantaba enérgico la mano y gritaba: «¡Taxi!». Con la llegada del buen tiempo, otras veces, nos sentábamos en las terrazas a mirar nuestras revistas y cuando el camarero le preguntaba qué quería beber Otto respondía muy formal: «Una copa de vino blanco, por favor» o «Una cerveza y unas olivas». Siempre frases que escuchaba a los adultos. Sentía que con aquella

repentina naturalidad ahuyentaba el tormento que durante tanto tiempo había llevado como un secreto, que así huía del mundo sumergido de las madres desesperadas con hijos imperfectos, que aproximaba a mi niño a nuestra orilla del mundo corriente. No quedarse dormido en el dolor, no sentarse en las penas, airearlas, colgarlas de las ventanas, sacudirlas. ¡Qué extraño placer encontré al pelar mi corazón y quitarle las pepitas! Exhibiéndolo desnudo. Qué hermosa fruta había allí dentro. Deshojar la tristeza, desarmarla, hacerla inofensiva.

Mi marido y yo casi nunca hablábamos con los demás de las dificultades de Otto, de sus pruebas médicas, de los cambios de colegio. Nuestros amigos más cercanos no nos preguntaban, imagino que por discreción, y nosotros no dábamos explicaciones. Tampoco había mucho que contar, sin diagnóstico ninguna duda podía resolverse. Solo había incertidumbre. También albergábamos la esperanza de que nuestro hijo algún día alcanzara la madurez de los niños de su edad, de que lo que le pasara tuviera tratamiento o cura. No podíamos hablar de ello, quizás, porque era demasiado doloroso y completamente nuevo, un dolor que desconocíamos y que nunca habíamos visto padecer a nadie, quizás porque no estábamos preparados para hacerlo, no sé, quizás nos avergonzábamos o nos sintiésemos culpables de alguna manera poco consciente. Aquel sufrimiento oculto se había extendido por mi cuerpo como una planta venenosa y, de pronto, al ponerla a la luz, perdía su toxicidad.

Fuera del armario me oía crecer por dentro, incluso el amor que sentía por Otto se dulcificaba y perdía fiereza. Creo que era el sosiego.

LXII

A medida que Otto crecía, su trastorno mudaba y cada vez era más obvia la diferencia entre su madurez y la de los niños de su edad. Su hiperactividad había disminuido gracias a la medicación y su comportamiento en casa era menos oposicionista y desafiante, ya no ponía tanta resistencia para acostarse, ducharse y, en general, hacer las cosas que a casi ningún niño le gusta hacer. Era más obediente. Pero su lenguaje seguía siendo muy repetitivo y las estereotipias eran cada vez más frecuentes. Un día tuvo una alucinación. Yo estaba trabajando con mi ordenador en la salita que me sirve de despacho y él estaba sentado en un sofá frente a mí. Era algo habitual en él, querer estar conmigo aunque cada uno estuviera a sus cosas, hacerme compañía, yo con mi portátil y él con sus revistas, sus cuentos o sus juguetes. Entonces vi cómo estiraba su brazo y lo miraba fijamente. Con la otra mano intentó sacudirse algo.

—¡Qué asco! Vete de aquí —exclamó.

—¿Qué pasa, Ottilio, con quién hablas?

—Mamá, quítame este bicho.

Me acerqué a él y comprobé que no había nada sobre su extremidad, pero mi hijo seguía viendo algo e intentando quitárselo de encima. No estaba asustado, más bien le hacía gracia. Yo sí me asusté y me puse en contacto ese mismo día con su psiquiatra. Nos dio una cita de urgencia esa misma semana. Decidió retirarle la medicación durante algo más de un mes para comprobar si aquella alucinación era un efecto secundario de esta. «No es habitual, pero podría pasar», nos dijo. Pero el episodio se repitió y Ottilio volvió a tener alucinaciones visuales pasado ese plazo. Volvimos a la consulta.

—¿Podría tener esquizofrenia? —le pregunté a bocajarro a la doctora. En esas largas cuatro semanas había leído muchos artículos médicos y había descubierto que las alucinaciones son uno de los síntomas más reveladores de esa enfermedad tan habitual en adultos y tan poco frecuente en niños que ¡oh, sorpresa! solían ser diagnosticados con autismo ya que el resto de síntomas eran prácticamente los mismos.

—No lo creo, vamos a repetir las resonancias magnéticas, a ver si vemos algo y también voy a derivaros al neurólogo.

—¿Podría tener una enfermedad degenerativa? —cuestioné con aplomo.

—Esa es una posibilidad que debemos descartar, sí. Podría tener epilepsia. Con el escáner cerebral podremos comprobarlo.

—¿Epilepsia? Pero si nunca ha tenido ningún ataque —me extrañé.

—Podría tener epilepsia y no tener ataques epilépticos.

La psiquiatra quiso saber qué veía exactamente Ottilio cuando tenía alucinaciones, cuál era su estado de ánimo, la frecuencia de estas, si iban acompañadas de alucinaciones auditivas, si le

sucedía cuando estaba aburrido o más bien en cualquier momento... Nos dimos cuenta de que algo no le cuadraba. Casi podíamos escucharle pensar.

La siguiente duda que me rondaba no quise formularla. Mi voz era un hilo de agua que iba perdiendo densidad y fuerza, en cualquier caso hablábamos de hipótesis, no podría salir de allí con nada concluyente por más que insistiera. Tendríamos que esperar. Nos dieron cita para las dos pruebas con carácter prioritario.

LXIII

Otto tuvo que someterse de nuevo a las resonancias magnéticas. El gorro de electrodos nos hizo revivir los primeros años de angustia en los que llevábamos en brazos a nuestro bebé de hospital en hospital y de prueba en prueba. Años de angustia y de esperanza. Días malvas y movedizos. Días muy azules con breves destellos rosados, días en los que el esqueleto de nuestra existencia comenzaba a perder corpulencia. Decisivos, creíamos entonces. Hubo que anestesiarlo para realizar una de las pruebas en las que debía permanecer quieto y mantener los ojos cerrados. Otra vez las endiabladas agujas. Su padre le llevó al Hospital Niño Jesús y yo me ahorré el tormento de verle sufrir. Me mantenía al corriente por teléfono de todo lo que iba sucediendo. No había sido nada fácil. Me contó que le escuchaba gritar desde el pasillo, cuando se despertó y quiso arrancarse el gotero y huir de la camilla; Currusquiño insultaba a las enfermeras e intentaba escaparse. Mi niño, herido de pureza al nacer, con su blancura excesiva y su aparatoso y desbordante corazón.

Un par de días después mi madre me llamó. Quería saber cuándo tendríamos los resultados. La verdad volvió a abrirse camino en mí como una arcada.

—No me lo han dicho, pero sé que están buscando un tumor cerebral.

La escuché suspirar al otro lado de la línea.

—Entonces tendremos que ir preparándonos por si nos llega lo peor.

—No me lo han dicho, pero lo sé. Ya les entiendo cuando hablan y cuando no hablan también —repetí como un autómeta.

Había leído tanto sobre neurología y psiquiatría que a veces pensaba que podría colarme en los congresos sobre trastornos del desarrollo y pasar desapercibida. ¿Cuánto tardarían en descubrir la impostura si me atrevía a hacerlo? Asperger, disfasia, dopamina, serotonina, neurotransmisores, antipsicóticos, autismo de alto rendimiento, X-Frágil, intereses restringidos, risa inmotivada, llanto patológico... Toda la terminología me resultaba muy familiar.

Me despedí de mi madre convencida de que ella se encargaría de poner al corriente a mi padre y a mis hermanas, como siempre hace, y que me ahorraría el penoso trámite de tener que hacerlo yo misma. Prepararnos por si llegaba lo peor.

Durante las semanas que esperamos el resultado de las pruebas la vida continuó con su promiscuidad de estrellas. Días inútiles y desalmados en los que me afané, como hasta entonces había hecho, en el trabajo, en el deporte, en la lectura y en la novela que estaba escribiendo sin poder, siquiera, vislumbrar el final. Acelerar las horas, precipitar eventos, estar siempre ocupada, hacer cosas útiles, aprovechar el tiempo, preparar el futuro sin reflexionar sobre él. Hacer, hacer, hacer. Hacer más y pensar menos.

Días como todos los demás, también con cenas de amigos y conversaciones intrascendentes. Días con risas y viajes y, sobre todo, silencios. El papá de Otto y yo no hablábamos de los

posibles escenarios a los que podríamos enfrentarnos en el futuro inmediato. Ni entre nosotros ni con los demás. La vida fluía con el mismo caudal. Llegó la Semana Santa y Ottiño se fue con mis padres y hermanas a Brasil. Pensamos que Alejo era demasiado pequeño para un viaje tan largo en distancia y tan breve en duración, demasiado vulnerable para alojarse en una isla remota sin centros médicos cercanos, pero Otto no podía perderse. Allí se encontraba todo lo que le entusiasmaba: el mar, la vegetación exuberante, los animales salvajes, la fruta exótica, los trayectos en lancha y barco, la canoa, la langosta y, sobre todo, estar rodeado de gente que le quiere. Se fue encantado. Nosotros viajamos hasta Barcelona, pero Jójó echaba mucho de menos a su hermano y a todas horas nos preguntaba lo que estaría haciendo.

—Quiero estar con Otto —nos repetía—. ¿Cuándo volvemos a casa?

LXIV

Ottiño, mi rey, me encantaría contarte tantas cosas; por ejemplo, cómo era yo a tu edad. Los hijos nunca se imaginan a sus padres siendo jóvenes, aún menos siendo niños. Yo tampoco estaba muy anclada en el mundo corriente, siempre he tenido desapego a la realidad, siempre he sentido la irresistible tentación de evadirme, de desaparecer en mí misma, de encontrar mi sitio en lugares imaginarios. ¿Sabes que mi profesora quería que repitiese segundo de EGB? Les dijo a tus abuelos que yo estaba siempre en la luna, «como si fuera autista». Autista, la palabra comodín antes y ahora, ¡qué coincidencia! ¿No te parece? Debería escribir un cuento: «Mamá y Otto en la luna y sin intención de bajarse». ¿Te gusta el título? Pero no repetí. El abuelo dijo que de ninguna manera. Empezó a tomarme él mismo las lecciones, a castigarme hasta que me las supiera, a obligarme a estudiar y a competir con tu madrina; como tenemos la misma edad, íbamos al mismo curso y resultaba fácil comparar las calificaciones. Eran otros tiempos, el caso es que empecé a sacar buenas notas, muy buenas, cada vez mejores, a ser la primera de la clase, a obsesionarme con los sobresalientes. Y así aterricé en el mundo corriente y tangible, y adquirí cierto pragmatismo, aunque no demasiado, porque algo nos obliga siempre a ser lo que somos. El abuelo lo consiguió con mano dura, pero tú no eres yo, ni yo soy mi padre. El que tiene fuerza de voluntad no necesita otra cosa, siempre lo digo, y yo llevo desde muy pequeña ejercitando ese músculo, aferrándome con disgusto a la realidad y a sus interminables exigencias. Tú me recuerdas mucho a mí. Estoy convencida de que me hubieran diagnosticado hiperactividad y déficit de atención si hubiera nacido treinta años más tarde. Yo también trepaba muros y escalaba árboles y me entretenía con las musarañas. Yo también tengo una inteligencia asimétrica. Tan torpe para algunas cosas y tan audaz para otras. Y la memoria fluctuante, selectiva. Infalible o inexistente, depende de para qué. Ottiño, me gustaría tanto que me contaras tus cosas, que me hablaras de tus compañeros de clase, por ejemplo, de cómo te sientes. Me estoy perdiendo muchas cosas de ti. ¿Sabes que estoy escribiendo una novela y tú eres el protagonista? Tu propio libro. Con lo mucho que te gustan. Ojalá pudieras leerlo. Sabrías hasta qué punto eres un niño querido y deseado si es que no lo sabes ya. Realmente te lo debo todo a ti. Fundar la empresa, volver a escribir cuando ya había decidido dejar de hacerlo. Tú me has dado la motivación —¿la desesperación?— que hace falta. Nunca tuve ambición, pero llegaste tú y empecé a verme a través de tus ojos, a querer ser digna de ti y ahora también de tu hermano, a ganarme vuestra admiración. Todos los hijos juzgan a sus padres, tarde o temprano. Para mí es el juicio final. El único. Después me he ido alimentando de la codicia por hacerte avanzar más rápido, como si tú y yo fuésemos la misma persona. Porque es la misma lucha, sacar lo mejor de ti, sacar lo mejor de mí, domesticar esa fiera salvaje que es el futuro y que amenaza con devorarnos. Ottiño, todo te lo debo a ti. Vivo de quererte, de protegerte, de crecerme por ti. Tú me has dado identidad porque eres la única verdad que llevo conmigo en este mundo de hipocresía, jerarquías y crueldad. Era un ser invertebrado y tú me has dado un

esqueleto que también es una coraza. Un propósito y una identidad, para salvarme de la inutilidad de la vida. Mi amor, eres la única verdad que conozco. Tú haces el mundo habitable. Y adoro mi cuerpo porque quiero ser tus ojos y tus manos, llegar a donde tú no llegues, aferrarme a la vida mientras tú estés en ella.

Otto, Currusquiño, en ti solo hay cielo, y por ti he ido más lejos y más cerca, por ti he sido más grande y más pequeña, por ti puedo verle las entrañas a la vida y vivir en los superlativos. Me eres imprescindible porque este amor y esta lucha me han transformado, me han *enfierecido* y me han humanizado. Contigo he descubierto un amor que no sabía que existía, indómito, innegociable, pegado al hueso y a las vísceras. He aprendido a ser muy feliz, a amar, a reírme a carcajadas en el más profundo dolor, a ignorarlo, a transformarlo en energía, en determinación, a caer hacia arriba. ¿Se puede aspirar a algo más sublime?

¿Sabes por qué elegimos tu nombre? A mí me parecía el más bonito. Un nombre tierno y esponjoso para la infancia, un nombre austero y breve para la vida adulta. Antiguo y vanguardista a la vez. Casi en desuso en Alemania. A tu padre le pareció apropiado que pudiera pronunciarse fácilmente en cualquier idioma porque ese era tu destino, vivir en diferentes países. Pero el azar se equivoca para acertar. No hace tanto he aprendido que tu nombre significa riqueza, que es exactamente lo que nos has traído. Me has conferido superpoderes, y esa es mi riqueza.

Ottiño, pienso constantemente en lo que me estoy perdiendo de ti y, sin embargo, hay tantas otras cosas. Cuando te abrazas a mí dejas caer tu alma celeste sobre mi cuerpo duro. No he sentido mayor misticismo que la fuerza purificadora de tu abrazo. Cuando consigo aparcar el coche y me dices: «Por favor, mamá, deja que termine la canción», y nos quedamos ese ratito de más que le robamos a la futilidad de la vida, anhelantes, cómplices, tarareando la letra. Puedo sentirte vibrar y entrar contigo en tus lugares imaginarios, refugiarme en ti, acompañarte en tu sitio. Apenas hablas, pero tu frase es impecable: «Por favor, mamá, deja que termine la canción». A veces añades: «Esta y nos vamos», porque la música es una realidad que no rehúyes. Como el cine o la literatura. Cuando te veo mirarme de reojo y al devolverte la mirada la apartas apresurado, serio, disimulando, y así varias veces hasta que te da la risa porque comprendes que yo también te espío y te miro a hurtadillas. Es un juego tonto, lo sabemos, pero nos permite ser niños a la vez, abolir el tiempo y las edades, la biografía y los contornos de nuestro cuerpo. Cuando estás muy cansado y me pides que te lleve en brazos a la cama y te acurrucas en mi regazo como un koala mimoso y los dos fingimos que eres un bebé, es un secreto tácito entre nosotros, que podemos ser cualquier cosa cuando nos dé la gana. Cuando nos pides perdón, con lágrimas en los ojos, después de alguna travesura, en un arrebatado doliente de lucidez, y reconozco en tu arrepentimiento una lucha constante e intermitente por ser como presientes que los demás quisiéramos que fueses. Mi Otto, te veo ayudar a Gonzalo a entrar en el colegio, porque él se resiste y retrocede, le das la mano y palabras de ánimo, entráis juntos. Papá y yo nos sentimos tan orgullosos de ti. También coges la mano a la niña que camina tan despacio, bajáis juntos las escaleras, le dices: «Así, despacito, muy bien». Siempre intentando ayudar a los que intuyes más frágiles que tú.

La felicidad está en un sitio y ese sitio eres tú, que eres capaz de detener el tiempo, de dormir resguardado de la maldición de la vida, la mezquindad del hombre y su ridícula mentira diaria, su doble fondo, su cinismo. Resguardado en tu limbo de poesía y pureza.

Otto, alma celeste, verso blanco, niño hechizado. Tú haces el mundo habitable. Tú redimes al mundo, mi mundo. No te avergüences nunca de tu pureza. Te queremos así, libérrimo, sin espinas, de tu blanco invencible y en la luna.

LXV

Alejo, garbanzo, bebé precioso. Si tú supieras cuánta alegría has traído a casa, si pudieras verte, con ojos adultos, como yo te veo ahora. Tienes algo más de tres años y ya eres digno de admiración. Se te transparentan los dorados de una personalidad poderosa y barroca, porque eres valiente, sensible, inteligente, simpático, generoso, responsable. ¡Eres tantas cosas ya! A poca gente le he visto tal cantidad de virtudes como las que tú demuestras con menos de cuatro años. Nos da vértigo verte crecer tan rápido, aprender solo, ver tu urgencia por ser mayor y asumir responsabilidades. Desde tan pequeño quieres ser útil, ordenar, entender los mapas, ayudarme en mi oficio de vender zapatos, acompañar a papá en sus viajes, cuidar de tu hermano. Esta mañana, por ejemplo, Otto no quería desayunar y para meterle prisa le dije que si no se apuraba te llevaría a ti a la guardería y él se quedaría en casa. Te pusiste a su lado y me dijiste, grave: «Mamá, sin Otto no me voy». Tú, que eres tan obediente y comprendes los horarios, me desafiaste para proteger a tu hermano. Admiro tu lealtad, tu valentía. Cuando te dan una golosina siempre pides otra para Ottilio, como un juez impartiendo justicia. Ojalá mantengas estas cualidades cuando seas adulto. Que la vida no te manche demasiado, que no te arrebatte tu pureza. Alejito, Jójó, quizás tener un hermano neuroatípico te presente algunos desafíos, a ciertas edades podría ser difícil para ti, pero sé que te hará mucho bien, lo veo cada día, porque saca también lo mejor de ti, te hace permeable. Hace dos días os peleabais por el mismo juguete y tú no desistías de tu derecho a tenerlo, lo habías cogido primero. Daba igual que Otto te persiguiese o que yo te rogase que se lo cedieses. Tú sabías que lo habías elegido primero, y aunque tu hermano sea mucho más grande y fuerte y no tenga intención de dejarte en paz, tú no lo soltabas, tozudo y luchador como eres. Entonces yo intervine e intenté que Otto jugase con otra cosa, que respetase las normas, que se fuera a jugar a otro cuarto y dejara de perseguirte. Ottilio se rindió, inesperadamente, se sentó en el suelo, herido a saber por qué pensamiento o sentimiento, y comenzó a llorar, con muchas lágrimas y poco ruido, como hacéis los dos cuando lloráis de verdad, derrotado, incomprendido, no sé, y tú le miraste y le cediste el juguete, le consolaste, le dijiste que no se pusiera triste, le regalaste tu victoria y tu prioridad, renunciaste a tu derecho sobre el objeto porque no soportas que tu hermano sufra y porque con menos de cuatro años sabes que hay triunfos que no merecen la pena. A veces me pregunto si ya eres consciente de la fragilidad de Otto. Quieres vestirte como él, imitarle, hacer lo que él hace, como cualquier benjamín deslumbrado por el primogénito. Pero también le cuidas, estás pendiente de él, vigilante de cómo le tratan los demás.

Como nos ha pasado a nosotros, tú verás el mundo con más ojos, irás más lejos y más cerca, serás más grande y más pequeño, pero desde mucho antes porque has nacido en ambas latitudes. Eres un pez de río y un pez de mar, un anfibio de superficie y de profundidad, te mueves con presteza en las aguas subterráneas y también en los manantiales. Hace poco conociste a los compañeros del colegio de tu hermano en una merienda, esa pandilla de chiflados, igual que él,

que tantas reticencias despiertan entre algunos adultos y niños corrientes y estabas encantado. No solo te integraste con total normalidad, sino que supiste apreciar sus diferencias.

—Me gustan mucho los amigos de Otto —le dijiste a papá cuando te llevó al baño.

—¿Y eso? —te preguntó.

—Porque son muy divertidos y porque quieren a Otto —respondiste.

A veces nos dejas de piedra cuando hablas. Demuestras una madurez y una sensibilidad que ya las quisiera yo para mí. «Claro —pensé—, adora a su hermano y está acostumbrado a sus rarezas, ve las particularidades de los otros niños como algo positivo». No querías irte de la merienda. Alejo, eras feliz entre los niños que aletean, que gritan, que caminan con dificultad o que hablan con frases incomprensibles. Mientras los otros pequeños y sus padres del local miraban con recelo a nuestro grupo de chiflados, tú los veías con total naturalidad y simpatía, y te gustaban, porque eran divertidos y querían a tu hermano. Ves la belleza allí donde está porque el amor por tu hermano te ha enseñado a hacerlo. Tienes la mirada pura y cultivada, presta para querer y para acoger, entrenada para comprender e integrar. Aprendo mucho de ti. Me gusta el mundo que veo cuando me asomo a tus ojos.

Alejo, mi vida, elegí tu nombre por la fuerza de la letra J, porque al igual que el de Otto el tuyo está cayendo en desuso. Original y clásico a la vez. ¿Sabes que significa «el protector»? Otra vez el destino dándonos a cada uno nuestro nombre. Jojó, hay tanta ternura en ti, tanta curiosidad, tanta determinación. Recogerte de la guardería es una delicia. Cuando llego te veo jugar, en la arena, relacionarte con soltura entre los otros niños. Me ves enseguida, corres hacia mí con los brazos abiertos, como si hubieran pasado meses desde que no nos vemos, el reencuentro siempre es una fiesta, te cuelgas de mi cuello y me cuentas lo que has hecho ese día, qué has comido, qué pequeñas aventuras has vivido y qué dibujos has pintado. A veces hablas de tu amigo Diego y de tu amigo Javi. Me cuentas tantas cosas. Y los objetos son bonitos solo porque tú te has aprendido sus nombres y vas conquistando el mundo y su realidad y me lo muestras, nuevo y radiante y yo también lo veo por primera vez. Después empiezas a hacer preguntas y a tomar decisiones, consensuadas con tu hermano. «Mamá, quiero cenar macarrones. Otto, ¿te apetece a ti también comer macarrones?». Tus palabras son un tren en el que vamos todos subidos. ¡Cada día tiene más vagones! Te conviertes así en el portavoz y el sindicalista del grupo infante, negocias por los dos. «Mamá, cómpranos ositos, a mí me gustan rojos y a Otto le gustan azules», me dices si paro a repostar. Porque lo que no sabes te lo inventas, pero nunca dejas a tu hermano fuera de tus negociaciones.

Hace poco me preguntaste por la cicatriz que tengo en la cabeza, pasaste tu dedo sobre ella y quisiste saber si me dolía. «Me abrí la cabeza y sangré mucho, pero no me duele», te respondí torpemente sin calibrar qué efecto podrían tener mis palabras. Escondiste tu cara entre las manos, pero te vi llorar. «No llores, no me duele nada», dije inútilmente porque tú ya lo sabías, sufrías por un dolor antiguo, por una herida cerrada, por mi cicatriz. Alejo, mi vida, rotundez del universo.

«Mamá, yo no soy Alejo, soy Batman, y Otto no es Otto, es Robin y tú eres Catwoman y papá es Superman». En tu frondosa imaginación somos una familia de superhéroes y vivimos consagrados a luchar contra los «malandros», como llamamos en casa a los seres abyectos, y tenemos una identidad secreta, y tú eres el líder. Y jugamos contigo, te hacemos volar, te ayudamos a derrotar al Joker, nos tiramos al suelo para que vengas a salvarnos, permanecemos

unidos ante la adversidad y salimos victoriosos. Mi pequeño Batman. Mi gran luchador. La gente siempre termina convirtiéndose en lo que cree ser.

LXVI

Amor, ¿recuerdas cuando nos conocimos? A menudo vuelvo a ese momento, a la casilla de salida, cuando la vida se embala o tengo que pasar a limpio quién soy, en quién me estoy convirtiendo o lo que nos está pasando. ¿Recuerdas cómo éramos entonces, cuando el mundo nos pertenecía porque lo teníamos todo a nuestro alcance? Nos sentíamos nuevos, inéditos, afortunados, porque nos habíamos encontrado con aquel amor tan aparatoso y extravagante que no había dónde esconderlo. El amor nos transforma y da claridad y temblor a todo lo que nos rodea, alma a los objetos inanimados, que parece que en cualquier momento se van a poner a cantar. Llevaba años viviendo en Madrid, pero no pude amarla hasta que tú me la enseñaste. La ciudad parecía un decorado hecho a medida para nuestra historia. Tenías esa extraña habilidad de hacer que todo girara a nuestro alrededor. La vida te obedecía como si tú la hubieras creado. Eras tan clásico y tan poco convencional. Había algo discordante en ti, un enigma que me empeñé en resolver. Eras un verano de colores tostados, un invierno luminoso, no sé, tenías una intensidad confusa y atrayente. Llenaste los días de misterio y de encanto. Días de vino y hortensias. Fue casi como si tú me hubieras descubierto, como si yo hubiese estado oculta y borrosa hasta que tú me viste y tus ojos me dieron nitidez. Había deambulado durante años, había vivido por inercia. Amor. Eso es. Vivir por inercia. No tropezarse con un amor aparatoso y extravagante es vivir por inercia. Nos conocimos y no pudimos separarnos. Para mí fue un flechazo fulminante, una corriente eléctrica que me despertó de mi mundo mate, de mi vida por inercia. Nos sentíamos indestructibles con aquel hallazgo insólito. Tú y yo. Solamente nosotros. Lo teníamos todo en tres breves palabras.

Pensábamos que éramos indestructibles y, sin embargo, ahora lo sabemos con certeza. He descubierto mi umbral del dolor y he perdido el miedo a pasearme por los acantilados de mi propia geografía. Me he ahogado en mis propias profundidades y he vuelto a la superficie. Me he reconstruido tantas veces que no temo romperme ni caerme al pozo. Nunca hemos sido tan fuertes. Lo que antes intuíamos ahora sabemos que es verdad. Nosotros, que siempre intentamos escapar de la vulgaridad de la vida, de su mediocridad, hemos visto que no tiene más misterio que nuestro propio hijo. Todo es profano, menos ellos. Amor, conozco mi reverso, tú también has visto el tuyo. No tenemos límites.

Era tan joven y maleable, dúctil, sin otro sueño ni ambición que tener la voz de Francisco Umbral. Un día leí una novela suya y pensé que aquella dicción me iba bien, me representaba. Aquella prosa era de mi talla. Aquel texto también hablaba de mí, con su látigo y su rosa, con sus excesos y su verdad, su brutalidad y lirismo. Porque solo la verdad me mueve y me conmueve. Quise ser él antes incluso de saber que pretendía ser dandi, maldito, sublime sin excepción. Después escuché tu voz, tan grave, tan profunda, tan soberbia, una voz que también escondía un látigo, una rosa y un acertijo. Es imposible resistirse a la voz que te llama y no ir a donde crees

que te esperan. Y decidimos crear nuestro propio universo. Dos flechazos más, primero cuando nació Otto, después cuando nació Alejo. El mundo se hizo insoportablemente bello y vulnerable. Vivir en los superlativos, con el corazón a la intemperie. Siempre inflamable.

Hemos luchado tanto por romper el hechizo de nuestro hijo hechizado. Estamos unidos más lejos que el amor, la familia, la costumbre o la sangre. Más lejos que la complicidad o la lucha, más lejos de donde se pierde la vista y el paisaje parece un lienzo. Pensábamos que no éramos como los demás y, sin embargo, ahora lo sabemos con certeza. Por Otto hemos sido más grandes y más pequeños, hemos ido más lejos y más cerca, le hemos visto el truco a la vida, y las entrañas.

Yo lo he visto todo y, sin embargo, jamás te he visto llorar, ni quejarte, ni hablar de mala suerte. No te he visto compararle con otro ni consigo mismo. Amor. Tu fortaleza es inagotable. ¿Era este tu enigma? ¿Es este tu superpoder? No te conté que me llamó la mamá de A. También él tuvo que irse del colegio Areteia, pero no le aceptaron en Dionisia Plaza. Ahora está en un colegio de educación especial. Su madre ya se ha resignado al diagnóstico de autismo, pero habla con serenidad, incluso cuando dice que su hijo todavía necesita llevar pañal de día. ¿Recuerdas todos los tratamientos alternativos que hizo? Ha salido del armario, como yo, del mundo sumergido de las madres desesperadas con hijos imperfectos. Ya no es un pez abisal. Ya ha aproximado a su hijo a nuestra orilla del mundo. Terminó su duelo por el hijo que no tuvo.

¿Y yo? ¿Cuántas mujeres he sido y cuántas más puedo ser? «La mujer es un hombre mutilado», dijo Umbral refiriéndose a nuestra fisonomía, y yo creo que acertó, no con los cuerpos, sino con las mentes. La mujer es un hombre mutilado por la cultura, por la biología, por la sociedad, por el papel que desempeña cada uno en la vida y, sobre todo, en el amor. Igualmente el hombre es una mujer mutilada. Feminidad y masculinidad simplificadas como contrarios, como opuestos. Sacrificamos una corriente para desarrollar la otra ignorando que son complementarias y que se potencian entre sí. Todo está en nuestra mente, la virilidad y la feminidad. No en los genitales. Yo soy una mujer completa porque también soy un hombre y una mujer completa puede ser muchas mujeres. Puedo ser padre y madre. Como tú, que eres un hombre completo y también muchos hombres. En tu complejidad reside tu versatilidad. Nosotros trascendemos el género y somos complementarios, nos fortalecemos. Yo puedo ser tu espalda y tú puedes ser mis manos. Somos intercambiables. Como las estrellas de mar, juntos podemos regenerarnos y por eso no tenemos límites. Ottiño los ha borrado con su dedo índice.

Antes lo intuíamos. Ahora sabemos que es verdad. Nosotros somos verdad. Y has aprendido a quererme con mis garras y con mi furia, cuando estoy herida, a verme cristalina, si la tristeza me emborrona, porque alguien se queja de su hijo y tengo que ser comprensiva con los levísimos dramas ajenos. O cuando la alegría me explota ruidosa por cualquier motivo como un petardo de histeria o no dejo de hablar, incansable, sobre cualquier tema, monopolizando las conversaciones, como huyendo de alguna cosa, vomitándome a mí misma, empachada de no sé qué. Pero contigo soy tierra fértil, cuando me abrazas y me besas, cuando me escuchas y me comprendes, tierra estéril, sin embargo, si no te siento cerca.

Amor, ahora somos cierto y te quiero más que nunca.

LXVII

En las semanas que esperamos los resultados de los escáneres cerebrales la vida fluyó con total normalidad bajo la luz domesticada de las bombillas o bajo la luz salvaje del sol; no hubo, en cualquier caso, auroras boreales ni australes. Continuamos trabajando, haciendo deporte, saliendo a cenar. Otto viajó a Brasil, nosotros fuimos a Barcelona, ni siquiera hablamos de ello. Hasta la noche previa a la cita con el neurólogo. Otra vez la maldita fortaleza de obsolescencia programada. Esta vez se me adelantó veinticuatro horas. Nos fuimos a dormir, dimos el día por terminado y entonces aquel dolor pospuesto, aquel sufrimiento en espera se apoderó de mí con toda la inquina acumulada en tantos días, en tantos años. Comenzó con un trémulo escalofrío de angustia y enseguida se transformó en una tempestad de ira, en un huracán de furia.

—¿Qué te pasa? —me preguntó el papá de Otto cuando me sintió llorar.

—Mañana podrían darnos su sentencia de muerte. ¿Y si tiene un tumor cerebral? ¿Y si se muere? —respondí a gritos.

Sentía tristeza, pero sobre todo sentía odio. Odio hacia la vida por ser tan estúpida, por aniquilarse a sí misma. Odio hacia el destino, el azar, lo que fuese, porque yo podría superarlo todo, cualquier cosa, cualquier tragedia, menos esa. Odio hacia la humanidad entera, cómplice del sufrimiento de tantos niños abandonados, maltratados, desnutridos, ahogados. Odio hacia las personas que no habían querido a Ottiño. Imperdonable, atroz. Pensé en ese familiar que siempre intenta sentarse lejos de él en la mesa a la hora de comer, el que intenta quitárselo de encima cuando el niño se le acerca, siempre cariñoso, el familiar que se olvida de invitarle al cumpleaños de su hijo: «Total, no os vendría bien venir», y también de asistir al suyo: «No vamos porque es un lío». Pensé en que sí asistirían al entierro, así de huracanada tenía la cabeza, en que dirían, como siempre dicen: «Qué lástima, qué pena más grande», como si mi niño fuera una maldición, en que no podría soportar tanto cinismo e hipocresía. Sentí un odio abrasador, una ira cegadora que eclipsó hasta a la tristeza. Ni siquiera tenía un dios al que bramar. No había en mí ningún hueco en el que esconderme de tanto rencor, de tanta rabia. Estaba completamente borracha de odio, inconsciente. Me quedé dormida bien entrada la madrugada y tuve pesadillas.

Teníamos cita con el neurólogo por la mañana temprano. Fuimos como tantas otras veces al Hospital Niño Jesús. Como siempre, las salas de espera estaban llenas. Miré a los niños como los hubieran visto mis hijos, aunque yo no tuviese la mirada cultivada para encontrar la belleza allí donde estaba, y en mí no fuese innato. Hice submarinismo entre el dolor profundo de los otros padres que no era más que el reflejo acuático de mi propio dolor, vi caballitos y estrellas de mar, perlas de verdad y de belleza. Pensé en P., el niño nuevo de la clase de Otto que había conocido en la merienda. Me dio las gracias varias veces por haberle invitado al cumpleaños de mi hijo, era la primera vez que le invitaban a una fiesta. Tenía diez años y su uso del lenguaje era correcto, equiparable al de cualquier niño de su edad. Imaginé que tenía Asperger, lo que se conoce como

autismo de alto rendimiento, el trastorno que más se ha representado en el cine y en la literatura por ser el más fotogénico. Un niño listo y encantador, con cualidades extraordinarias. Quise saber cuáles.

—¿A ti qué te gusta, P.? —le pregunté con genuina curiosidad.

—¡La música clásica! —exclamó radiante.

Entonces le preguntó a mi marido si conocía a varios compositores, y se puso muy contento cuando descubrió que sí, que podía hablar de su tema favorito. Después le preguntó si iría a su cumpleaños.

—¡Claro que sí, P., si me invitas voy encantado! —respondió jovial.

Su madre me había contado que le cambió de colegio porque en el anterior, uno ordinario con apoyo, le ignoraban. Ni siquiera le examinaban. P. estudiaba mucho y volvía frustrado porque no le habían dado la oportunidad de hacer el examen. Le ponían buenas notas y ni se molestaban en mandarles deberes. Pensé en lo mucho que debían haber sufrido, también sentí admiración de aquel niño brillante, risueño, que deseaba ser director de orquesta de TVE, que madrugaba para ver los conciertos de La 2, que hablaba de sinfonías y compositores y siempre pedía música por Navidad.

—¿Vendrás a verme dirigir cuando sea director de orquesta? —me preguntó de pronto.

—Claro que iremos, P., y aplaudiremos muy fuerte e intentaremos estar en primera fila.

El niño comenzó a simular pletórico que dirigía una orquesta.

—Lo conseguirá porque le apasiona —le dije a su madre totalmente convencida.

—No podrá, tiene distrofia muscular, no puede siquiera tocar un instrumento musical, que es su gran sueño —me explicó cuando los demás no estaban escuchando.

También me acordé del papá de Sindo, de cuando me contó que un niño le había preguntado cómo su hijo se había vuelto loco. Y de Almudena, relatándome cómo la policía les había echado de una playa en Samil, a petición de otro bañista que los había llamado para dar quejas de un niño que molestaba a la gente. Y de la mamá de S., a la que me encontré recientemente en una asociación de niños con problemas de lenguaje. Había cambiado a S. de colegio, ahora iría a educación especial, para ganar autonomía, después de años de quelaciones, terapias de oxígeno, ejercicios impuestos por el médico de Barcelona y un larguísimo etcétera. Tantos niños, tantos padres, tantas historias. Todos tenemos nuestra lucha diaria y personal, contra los demás y contra nosotros mismos.

Cuando nos hicieron pasar a consulta nos alegró ver de nuevo al doctor P. Nos habían dicho que ya no trabajaba en este hospital, pero allí estaba, amable y acogedor, exactamente como le recordábamos. Él también se alegró de ver a Otto. Le encontró muy mayor y más tranquilo. Nos pidió que nos sentásemos y mirando los resultados de las pruebas en la pantalla de su ordenador nos dijo:

—Podéis estar tranquilos, todo está bien, no tiene ningún tumor cerebral.

Fue una frase directa, sencilla, breve y comprensible. Sin rodeos ni preámbulos. Directo al grano. Nos hizo muchas preguntas sobre Corazón de Cachelo y, como era habitual, tomó notas: «¿Las alucinaciones que tiene son luces o ve imágenes?», «¿Se asusta cuando le pasa?», «¿Con qué frecuencia le ocurre?», «¿Le notáis alterado o con las pupilas dilatadas?». Al final concluye tranquilizador:

—Las alucinaciones a veces son un síntoma más del Trastorno del Espectro Autista, no debéis preocuparos, no veo nada en los TAC que pueda haberlas producido; a veces ocurren. Se

le pasarán.

Salimos los tres de la consulta, como tantas otras veces, a incorporarnos a nuestra rutina, porque la existencia fluye imparable, insoportablemente hermosa y frágil, para todos. Caminamos aparentemente intrascendentes, ligeros, despreocupados, quizás profundamente transformados. Con toda la vida por delante, con su misterio y su incertidumbre. Como diría Alejo, somos Superman, Catwoman y Robin, aunque estemos vestidos con ropa de calle, disfrazados de nosotros mismos.

¿Qué pasó después? No lo sé, estamos en ello, pero como dice siempre Otto cuando terminamos una historia, fueron felices y comieron espaguetis.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Viviana Fernández García, 2019

© La Esfera de los Libros, S.L., 2019

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): febrero de 2019

ISBN: 978-84-9164-532-0 (mobi) Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.